

¿QUÉ PASÓ CUANDO
SE TERMINARON LAS
PERDICES?

Gema Tacón

Multiverso 



¿QUÉ PASÓ CUANDO
SE TERMINARON LAS
PERDICES?

Gema Tacón

Multiverso 



¿QUÉ PASÓ CUANDO SE TERMINARON LAS PERDICES?

G.G. Tacón



¿Qué pasó cuando se terminaron las perdices?

© G.G. Tacón

© Grupo Editorial Omniverso

© Multiverso Editorial, 2016

© Ilustración de la portada: Miguel Ángel Pérez Muñoz

© Iordani

Dirección editorial: Miguel Ángel Pérez Muñoz

ISBN: 978-84-945584-6-7

Depósito legal: CA 266-2016

Printed in Spain

Primera edición: Agosto, 2016

www.multiversoeditorial.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la

mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o

procedimiento.

Este libro me gustaría dedicarlo a la perseverancia y a todas esas personas que necesitan poner una

sonrisa en sus vidas.

Prólogo

¿Qué pasó cuando se terminaron las perdices?

¿Quién no se ha preguntado lo que sucede tras un final feliz? ¿Quién no ha deseado conocer la vida

de la pareja protagonista de cualquier historia tras acabar juntos? Creo que todos. Pero vamos a ir

más lejos, a nuestra niñez.

Disney nos hizo creer en amores imposibles y en finales felices, en hadas y en magia, pero, ya nos

somos niños, y la realidad nos golpeó con fuerza aturdiéndonos, demostrándonos que Disney nos

engañó. Que nadie nos preparó para la vida real, y que los príncipes azules no existen. ¿Por qué

entonces no devolverles la moneda con una buena dosis de realidad? Si algo he aprendido en la vida

es que lo que más importan son “los después”. Qué lo difícil no es seducir, ni enamorar, lo difícil es

conservar y convivir.

Es ahí donde se demuestra el amor, donde se lucha, en el día a día, en los avatares y en las trabas.

No obstante, la vida siempre da segundas oportunidades. Cuando esa persona no es la que creíamos,

cuando la relación no sobrevivió a la rutina, cuando creemos que ya no volveremos a amar, la vida

nos sorprende. Pues esto justamente les pasa a las singulares protagonistas de esta original novela,

que esas vidas rosas de cuento se vuelven grises, que ya no hay hadas, ni carruajes, ni magia, ni

príncipes, que se acabaron las perdices de la felicidad. Y quince años después se reúnen tan

cambiadas por la cruda realidad que apenas se reconocen. Y como el destino es caprichoso, cruzan

sus vidas con intrigas, amor y desencuentros. Pero también con mucho humor,

con esa chipa que solo

Gema es capaz de imprimir a sus historias. Pero no todo es humor, pues tras situaciones disparatadas

y momentos divertidos subyace un mensaje de lucha, de tenacidad y de nuevos principios. Porque la

vida está llena de ellos. La vida no es más que un caleidoscopio de experiencias que gira sin cesar

cambiando de color. No obstante, y aunque pensemos que en tal caso, no tenemos control alguno

sobre lo que nos sucede, estamos equivocados, pues cada decisión tomada es la que gira la rueda en

una dirección u otra. También tenemos otra baza a nuestro favor, y es ponernos las gafas del

optimismo, de la esperanza y de la paciencia cuando nos toca vivir un color amargo. Es nuestra

actitud frente a la vida lo que determinará la forma que elegimos de vivir diferentes situaciones.

Tener una sonrisa siempre preparada, un pensamiento positivo, una clave de humor que suavice un

momento tenso y muchas buenas intenciones, ayuda a pasar el trago con más ligereza. Pero lo que

jamás debe faltar para un nuevo principio, para un cambio de etapa, es una gran dosis de esperanza.

No debemos tener miedo a equivocarnos. Mucha gente lo tiene tras una gran decepción o la suma de

ellas. Muchos son los que se recluyen en su ostracismo para protegerse del

dolor. Se retraen en su

hermetismo y se refugian en su desconfianza temerosos de volver a exponerse.
Y eso, eso es un grave

error. Pues cómo bien dice el refrán quien no arriesga no gana. Quién se
esconde no vive. No importa

cuánto nos golpeen, siempre hay que levantarse, más fortalecido, más sabio y
más decidido. Pues si

el miedo te domina, te privará de vivir. Nuestra singular protagonista de
cabellos rojos, afilada

lengua y vestida de desilusión, decide salir al mundo y vivirlo con valentía.
Ella es la heroína de esta

historia. Y aunque parece atraer toda una suerte de infortunios, se esmera por
enmendarlos

provocando toda una red de embrollos que os sacarán más de una carcajada.
Vivid sin miedo, con

humor y valentía. Dejad que la vida os sorprenda, os zarandee y os rete. Que
os despeine y os gire,

no os resistáis, bailad con ella, aunque os pise o la piséis, no importa,
acabaréis por aprender los

pasos. Sólo hay un truco para ser feliz y es dejarnos llevar por la locura y el
amor. Perderos entre las

páginas de esta historia y disfrutaréis de ambos. No me queda más que resaltar
una cita que me

encanta... *Siempre hay algo de locura en el amor, pero también hay siempre
una cierta razón en la*

locura. (Friedrich Nietzsche)

Enloquezcamos y vibremos de la mano de esta polifacética y chispeante autora, me rindo a tus

pies, Gema. Has conseguido vestir de realidad un cuento, cambiar mentiras por verdades, sustituir la

magia por realidad, y aún así envolvernos en tu hechizo.

Disfrutad del viaje queridos lectores, será accidentado, divertido y romántico, pero sobretodo

original.

Lola P. Nieva

Capítulo uno

El señor B

Érase una vez en un lugar muy lejano...

Ya hace más de diez años desde nuestro último encuentro. He inventado mil excusas para no

asistir y evitarme el mal trago. La anterior vez que estuvimos todas juntas fue en la maravillosa boda

de Bella en su espectacular mansión, aquella noche la tengo un poco borrosa. Y no podía haber sido

otra que ella la promotora de esta quedada nostálgica, para recordar viejos tiempos y echarme en

cara lo perfectas que son sus mierdas de vidas.

Tengo tirado encima de la cama más de la mitad de todo mi vestuario y estoy intentando escoger

qué ponerme. El único problema es que hace bastante tiempo que no me entra

nada de lo que tengo y

juro que lo he probado con vaselina, mantequilla baja en sal y hasta polvos de talco sin obtener

resultado alguno, más que el de inventar una nueva categoría de juego olímpico de salto.

Estaba totalmente segura de que todas llevaban los seis meses que hacía que sabíamos de este

encuentro gastándose un pastizal en cirujanos plásticos, baños de color y mariconadas varias. Y allí

estaba yo, en pie frente a un mugriento espejo, intentando que o bien la ropa de otra época agrandase

o que mi culo encogiese como por arte de magia en cuestión de minutos, con cara de estúpida, en la

habitación de uno de los moteles más cutres y baratos de la ciudad, ambicionando superar a los

mismísimos hermanos Grimm inventándome una vida ficticia por la que todas esas putas zorras se

murieran de envidia.

Finalmente me di por vencida y opté por lo menos ridículo que podía ponerme y pensé argumentar

que como habían quedado a las ocho de la tarde no tenía muy claro qué protocolo de vestimenta

seguir. Resumiendo, mi indumentaria se componía de unos vaqueros apretados, una blusa azul marino

escotada, el único collar de perlas que aún no había empeñado, recuerdo de mi queridísimo y

poderosísimo padre. Me hice una coleta alta que hacía que mis tirabuzones cayeran a ambos lados de

la cabeza, al menos así se fijarían en mi preciosa melena roja y no en mis puñeteras caderas. Mi pelo

es lo único que todavía me siento orgullosa de lucir hoy en día.

Llamé a un taxi para que me recogiera, «la limusina estaba estropeada», a sabiendas de que por el

derroche me iba a llevar más de un mes comiendo algas y huevos de gaviota, pero aunque hubiera

querido ir andando los vertiginosos tacones que me había embutido no me permitirían caminar más

de dos manzanas. Me pregunto cuándo puñetas dejarán de crecerme los pies.

El sitio pactado no podía ser otro que el carísimo Chip's coffee, regentado por Chip, el indeseable

hijo de la señora Potts, quien en estos años había ganado peso y perdido cobardía. Se rumoreaba que

el chico tenía el café como tapadera para ocultar sus vicios y su reputación dudosa, la joyita también

tenía fama de esclavizar a su madre en la cocina y de escapársele la mano de vez en cuando con sus

empleadas e incluso de querer pagarles en alguna ocasión con carne en barra y no me refiero

precisamente a embutidos... Pero claro, toda la alta alcurnia iba asiduamente a su local, así que esas

pijas pedorras hacían la vista gorda siempre y cuando se las tratase como si estuviesen a punto de

romperse. Si me paraba a pensar, mi vida actual tampoco distaba demasiado de cuando era como

esas estiradas que llevaban la nariz levantada como si olieran a mierda todo el santo día, e iban con

el culo hacia atrás esperando que algún abejorro les picase justo en la diana.

El sonido de un claxon me devolvió a la realidad, el reloj de la gran torre dio las ocho en punto y

me di cuenta de que no llegaría a tiempo, para variar. Tardamos relativamente poco en llegar, aunque

lo hubiéramos hecho mucho antes si el sinvergüenza del conductor no me estuviera tomando por

estúpida y no hubiese dado dos vueltas a la manzana. Cuando paró, el gordito me sonrió y me dijo:

—Son veintiocho monedas, bella dama. —Sus palabras hicieron que sacase la bestia que llevo

dentro y le contestase como se merecía.

—¡Veintiocho puñetazos en la cabeza te voy a dar yo, por listo! —y dicho eso, con total

tranquilidad, salí del vehículo sin darle absolutamente nada. Siempre le estaré agradecida al mar por

enseñarme la importantísima lección de que no hay mayor defensa que un buen ataque. Gracias al

ladronzuelo podría tomarme otros dos cubatas con o sin la chupi pandi. Caminé orgullosa por mi

hazaña, sintiéndome algo más segura de mí misma que hacía tan solo unos minutos. El centro de esta

gran ciudad parecía perfecto, los setos eran obras de arte, todas las ventanas y fachadas que me

rodeaban estaban en perfecta armonía. El café de Chip disponía de una preciosa terraza enmarcada

por un toldo blanco y unas monísimas vallitas de madera. Una gigantesca cristalera mostraba el

interior del amplio local y, como suponía, todas menos yo habían llegado tan puntuales como

siempre. Mi renovado optimismo volvió a decaer y decidí esconderme en una calle colindante a

meterme una dosis de nicotina para intentar calmar mis nervios, aunque mucho me temía que ni con

media tabacalera lograría tal cosa. Apuré la última calada del cigarro, me eché perfume para ocultar

el olor a humo, me coloqué frente a la puerta, puse mi mejor sonrisa y recé para que ni mi careta, ni

mi interpretación cayeran antes que el telón.

—¡Arieeeeel! —gritaron todas al unísono en cuanto me vieron entrar, a la vez que daban pequeños

y ridículos saltitos, como gallinas cluecas en busca de un buen gallo que las pise. Yo por mi parte,

tragué saliva e imité el mismo pánfilo baile, fui incluso más allá y añadí de mi repertorio un montón

de palmaditas para darle más dramatismo y credibilidad al asunto.

Estaba gratamente sorprendida, lo cierto es que las chicas que tenía frente a mí no eran ni mucho

menos lo que había imaginado que me encontraría, bueno, a excepción de Bella, ella parecía que

hubiese hecho un pacto con el diablo para que no se le notase ni una condenada arruga. Blanca había

engordado bastante, ahora llevaba el pelo corto al estilo chico, pasado de moda, y su indumentaria

dejaba aún más que desear que la mía. Pero seguía manteniendo esa sonrisa tan especial que la

caracterizaba. Jasmine, al contrario, estaba más delgada que nunca, eso hacía que su nariz pareciese

más grande que antes, llevaba una camisa de seda blanca con tirantes que dejaban al descubierto

todos los músculos de sus brazos, esta chica era pura fibra. Aurora sin embargo seguía tan delicada

como siempre, usaba una falda larga discretísima color salmón y un suéter beige de hilo que le cubría

casi hasta las pestañas y Bella, a esa sí que la odiaba, pelo perfecto, ropa perfecta, zapatos perfectos,

maquillaje. Um... cómo lo diría, perfecto, todo en ella era puñeteramente ideal, daba igual dónde

fuera, ella parecía sacada de una revista de modelos. Creo que de anciana hará anuncios de sillas de

ruedas y todos los viejos del asilo se enamorarán de ella, mientras yo seguramente me tenga que

conformar con tirarle migajas de pan a las palomas, sola y olvidada en un banco de un parque.

Nos sentamos en un reservado lejos del resto de los clientes, pero no de las miradas, todo el

mundo estaba cuchicheando a nuestras espaldas e incluso algunos tenían la desfachatez de señalarmos

con el dedo de una en una. Éramos un espectáculo digno de ver, después de todo, no a diario se tenía

la oportunidad de ver a seis princesas juntas. Y entonces me di cuenta de algo.

—¿Y Mérida? —les pregunté. De todas ellas era con la que más me identificaba, sabía que

todavía no se había casado y que llevaba una vida de fiesta y de sexo desenfrenada o, al menos, eso

era lo que anunciaba la prensa rosa día sí y día también.

—Me ha dicho que se retrasará por motivos de trabajo, que empecemos sin ella y que llegará lo

antes posible —me respondió Bella sonriente. (¡Cómo no iba a saber ella todo lo que ocurría en el

mundo! ¿He dicho que la odio?). Le devolví la sonrisa y justo en ese momento incómodo en el que mi

mandíbula estaba a punto de perder el duelo de a ver quién enseña durante más tiempo los dientes

mientras sonrío llegó Chip y nos dio amablemente la carta mientras se fijaba en nuestro escote, con

mirada depravada. Blanca fue la que sufrió por más tiempo su acoso visual, no tengo muy claro si

porque sus senos eran los más protuberantes de las cinco o porque la pobre era la que más cara de

tonta tenía. El caso es que ya empezó a tocarme las narices tanto mirar, e intenté decirle de manera

educada que se fuera yendo a la mierda un ratito.

—Gracias, Chip, quitando el detalle de que has crecido más a lo ancho que a lo alto, sigues siendo

tan atento como siempre. Ahora te avisamos cuando nos decidamos. —Y le lancé una mirada de

tiburón de las mías que le hizo captar la indirecta a la primera, ruborizándolo tanto a él como al resto

de las comensales. Blanca estaba bebiendo agua y casi se ahoga cuando me escuchó despacharlo.

Prometo que acababa de intentar ser lo más cordial posible, pero el grado de alcohol en mi sangre no

era suficiente como para lograr que fingiera tan bien.

Todas pidieron un té con sacarina. En serio, ya eran casi las nueve de la noche, al menos una coca

cola zero. ¡Por Dios! La conversación fue pasando desde cómo están tus hijos, hasta dónde te

compraste lo que llevabas en X revista, para terminar con el interesantísimo tema de: mi jardinero no

me cuida bien las macetas. Si seguían así por mucho tiempo juro que iba a vomitar encima de las

putas pastas de jengibre sin azúcar. Me levanté y me excusé por tener que ir al baño. Si alguna de

ellas se ofrecía a acompañarme me pondría a gritar hasta quedar sin aliento, pero, al parecer, tenían

las mismas ganas de estar conmigo que yo con ellas.

El escusado de mujeres era una sala gigantesca, pintada de blanco con remates dorados y unos

pequeños querubines debidamente colocados sobre los lavamanos, cuando abrí el grifo casi me caigo

de culo, ¡el puñetero Chip había puesto angelitos meándose en las manos de toda aquella desgraciada

que le diera por asearse antes de comer! Casi me dio miedo entrar al servicio y ver qué tenía

preparado para el trono real, por suerte solo había venido a vaciar mi petaca de un sorbo, no sé por

qué pero antes de salir del motel me figuré que necesitaría un trago de algo fuerte durante la

gratificante velada. Cuando hube dado buena cuenta de todo el líquido clandestino y noté cómo los

grados recorrían mi cuerpo regresé al infierno deseando que las señoras educadas tuvieran hora para

acostarse y así poder darme una vuelta por un bar de mala muerte en condiciones, de esos de los que

te quedas pegada a la barra y terminas follándote al primer capullo que te invite a beber.

Para mi sorpresa, cuando volví una gran mata de pelo naranja me llamó desde lejos y entre eso y

el alcohol que acababa de ingerir, hasta sonreí de verdad cuando vi a mi querida Mérida, quien se

levantó y me dio un fuerte abrazo y no una pijada de dos besitos de lejos como

hacían las otras. Ella

me estrechó como si fuese un camionero de los de verdad. Por supuesto me senté a su lado en la

mesa, al menos ahora tendría una aliada y la conversación comenzaría a estar más igualada.

—Siento el retraso, llevo un mal día —dijo Mérida disculpándose. Una camarera se nos acercó a

tomar nota al nuevo cliente, creo que el ego de Chip había quedado lo suficientemente dañado como

para dejar de molestarnos por un rato. Mérida echó una ojeada a las consumiciones de las demás,

incluida la mía, movió la cabeza de un lado a otro y agregó.

—Una cerveza de las grandes y seis chupitos de tequila, por favor.

—No bebo —se ruborizó Blanca.

—Yo tampoco, pero un día es un día. No sabemos cuándo nos volveremos a encontrar —mentí

como una bellaca. Pero mi interpretación resultó exitosa, la camarera llegó con la bandeja a rebosar

de chupitos transparentes y limones debidamente cortados a cada lado de su correspondiente vaso.

Mérida cogió el suyo y les acercó uno a todas. Blanca lo pilló como el que está agarrando una bomba

nuclear, Jasmine lo agarró perfectamente sin poder disimular la costumbre, Aurora levantó el dedo

meñique como si estuviera tomando café y la dulce Bella declinó la invitación

alegando que estaba

tomando medicamentos para su migraña... Mérida les pidió a todas que pusieran una mano en el

centro les dio a cada una un sonoro lametón y les echó sal, la cara de asco de Aurora no tenía precio,

aquello empezaba a prometer, cogieron el limón con la mano no babeada e imitaron a la maestra

chupitera. Blanca empezó a toser y vi cómo le salía tequila por la nariz, Jasmine cogió el vaso que

sobraba en la mesa y lo vació de un buche sin vacilar, Aurora intentó disimular su cara de

repugnancia y yo comencé a reírme a carcajadas mientras Bella, visiblemente incómoda, seguía con

su sonrisa protocolaria.

—¡Qué calor! —dijo Blanca a la vez que se abanicaba con la gigantesca carta de menús.

—Hace una noche preciosa, ¿por qué no salimos a la terraza a tomar un poco de aire fresco? —

pregunté, con un mono de nicotina increíble. Aceptaron y nos fuimos a la calle. Agarré a Blanca del

brazo rezando para que no se cayese contra el suelo. La camarera volvió a atendernos.

—Cinco cervezas y lo que quiera Bella —me adelanté a decir mientras me encendí un muy

merecido cigarro. Ella volvió a negarse a tomar nada. No recordaba que fuera tan sumamente insulsa.

—Bueno, ¿qué me he perdido? ¿Ya habéis sacado algún trapo sucio? — preguntó Mérida poniendo

los codos sobre la mesa y sosteniéndose la cara con las manos.

—Pues lo más divertido que ha pasado en toda la tarde ha sido ver cómo le salía tequila a Blanca

de la nariz —alegó Jasmine. Esta vez fui yo la que casi se atora con la cerveza. ¡La señora estirada

se estaba animando! Blanca cogió la copa y se bebió la mitad de un trago bajo nuestra atónita mirada.

—¡Mi vida es una mierda! —dijo a la vez que se puso a gimotear. «¡No, ahora tocaba sesión

penita por culpa del alcohol!», pensé. Aurora, que era quien estaba a su lado, la abrazó, Blanca le

puso la cabeza sobre el hombro y continuó diciendo:

—Mi marido es un bestia, sin querer ofenderte, Bella. —Aquello fue buenísimo, la cara de Bella

no tenía desperdicio— Estoy todo el día en casa con los niños, los quiero mucho, criaturitas, pero no

tengo tiempo ni de tirarme un pedo. Cuando llega a casa de hacer Dios sabe qué, ni me mira o me

habla mal o me grita. ¡No puedo más! —concluyó, llorando como una magdalena. Realmente me

estoy empezando a sentir mal por alegrarme de que estuviese como un tonel. Jasmine, la mujer de

hielo, ni siquiera la miró, pero sí que le respondió.

—A ver, Blanca, todos sabemos qué hace tu maridito cuando no está en tu casa. Lo que pasa es

que prefieres tener la cabeza metida en pañales llenos de caca que afrontar la realidad. —Aquello

estuvo muy mal por su parte, la pobre mujer no se merecía esa respuesta y mucho menos decírselo

con público, Jasmine era una puta arpía y decidí intervenir, pero justo antes de que me diera tiempo

de hablar Bella se me adelantó.

—Jasmine, cada una tenemos nuestra cruz y no por eso debemos regodearnos en el dolor ajeno —

le reprimió e hizo que esta se disculpase. He comentado ya que la odio, ¿verdad?

—Lo siento, Blanquita, digamos que mi vida tampoco es un camino de rosas, tiene razón Bella.

Opino que deberíamos tomarnos otro tequila —le sonrió y se levantó dirigiéndose directa a la barra.

Blanca se sonó ruidosamente la nariz y se secó las lágrimas.

—Mi marido me engaña y lo he largado de casa —Aurora soltó esa bomba sin siquiera pestañear.

Bella abrió tanto los ojos que por un momento pensé que se le saldrían de las cuencas. En ese

momento llegó Jasmine con la camarera y la nueva ronda. Levantó el vaso y brindó.

—¡Por nuestras vidas de mierda! ¡Salud! —Todas nos reímos y continuamos con el brindis.

Cuando Jasmine se volvió a sentar nos miró y agregó.

—Os gano, seguro, mi marido es gay. —No me lo podía creer, al final la más normal de todas iba

a resultar ser yo...

—Veo tus cartas y sumo compañera. Soy lesbiana —reveló Mérida.

—¡Oh, venga ya, eso no vale, ya lo sabíamos! —le recriminé mientras me reía.

—Perdona por no tener noticias nuevas. A ver, señorita, y usted qué —me preguntó.

—Yo, —no tenía muy claro qué decir primero— estoy separada, trabajo como columnista

sentimental en un asqueroso diario de pueblo, vivo en un faro sola y no tengo un puto duro —contesté

finalmente. Creo que para empezar estaba bien. Todas nos volvimos y miramos a Bella esperando

que dijese algo, pero esta simplemente se encogió de hombros.

—Bueno, como consejera sentimental que soy, si me contáis más de vuestras vidas prometo

ayudaros —dije de buenas a primeras sin siquiera pensarlo demasiado.

—Me parece bien. Tú necesitas dinero, trabajo y un sitio donde vivir y nosotras requerimos

urgentemente de una profesional que no revele nuestros trapos sucios a la prensa —explicó Aurora.

Ella siempre fue la más sensata de todas y definitivamente me acababa de dejar trastornada con esa

observación tan paranoica.

—Yo primero —dijo Blanca sin dejarme contestar.

—A ver, a ver, lo echamos a suertes —se quejó Mérida.

—¿Puedo saber qué estáis tramando exactamente? —pregunté asustada.

—Es fácil, te vendrás una semana con cada una de nosotras a vivir y a intentar arreglar nuestra

vida. —Dijo Jasmine. «O a cargármela del todo», pensé.

—Vale, ¿qué os parece que quedemos todos los domingos aquí en la terraza para que Ariel pueda

hacer el relevo y comentarnos sus conjeturas? —les preguntó Mérida, para mi pesar todas estuvieron

de acuerdo con las reglas del nuevo improvisado «programa de ayuda a las princesas».

—Bueno, no os puedo prometer que pueda conseguir ayudaros, no es lo mismo dar consejos a

desconocidas que meterme directamente en vuestras vidas, pero intentaré ser de ayuda. Lo que sí os

advierto es que seré totalmente sincera con todas y cada una de vosotras aunque os duela.

¿Entendido? —les advertí. Obtuvieron cuatro palitos, los cortaron a diferentes medidas y todas

cogieron uno y lo enseñaron a las demás.

—Blanca, Mérida, Jasmine y Aurora —les dije a la vez que observaba el orden de los palitos.

Entonces Bella me agarró de la mano y dijo.

—Amo a mi marido con locura, pero necesitamos ayuda. —Todas nos quedamos estupefactas ante

tal revelación. —Yo seré la quinta si no te parece mal —concluyó. No podía imaginar que la todo

poderosa Bella necesitase de mis consejos.

—Pero empezamos mañana, que me tengo que preparar y recoger la ropa de la suite —mentí.

Todas estuvieron de acuerdo, se despidieron y se marcharon a sus lujosas casas. Mientras que yo

hice como la que esperaba a un taxi para hacer tiempo hasta que se perdieran de mi vista y me fui en

busca del tan ansiado antro de la ciudad.

Caminé durante más de veinte minutos descalza con los zapatos en la mano hasta que me topé con

una escalera que daba a un bar subterráneo, el cual me pareció tan malo como otro cualquiera para

pasar las horas que todavía me quedaban de noche. Al abrir la puerta, una humareda y un olor a

tabaco y a alcohol abofetearon mi sentido del olfato haciéndome sentir como en casa. Me coloqué en

un taburete alto en la barra y lancé una rápida visual a aquel nuevo lugar. Las paredes estaban llenas

de posters de mujeres con poca ropa, un billar ocupaba casi todo el recinto, tanto el suelo como la

barra estaban hechos de madera. Unos hombretones demostraban su valía intentado meter las bolitas

en los boquetes, los tíos grandullones nunca fueron lo mío. El camarero era guapito pero tampoco

terminaba de llamarme la atención. Creo que esta noche dormiría sola. Pedí un cubata doble de

ginebra con tónica y esperé emborracharme lo suficiente como para empezar a ver guapo a algún

lumbreras de los que allí había.

—¿Está ocupado este asiento? —me giré y vi a un caballero que me resultaba familiar, era

corpulento, alto, castañito, tenía unos preciosos hoyuelos a ambos lados de la cara y unos penetrantes

ojos color miel, iba vestido con una camisa blanca con los dos primeros botones sueltos y una

americana gris colgando del brazo. Le sonreí con cara de estúpida y negué con la cabeza para que no

escuchase la voz de camionero que seguramente tenía en esos momentos. Este realmente era un

H.Q.F. (Hombre que me follaría).

—Una chica tan bonita como tú no debería beber tanto —me aconsejó, y me tocó la moral

envalentonándome.

—Y a los curas no deberían dejarlos salir de la iglesia sin sotana —le respondí, le guiñé un ojo y

le di la espalda malhumorada. El guapísimo caballero andante se levantó y volvió a ponerse delante

de mí, me agarró el mentón con la mano, me agachó la cabeza y me besó en la frente. —No tenía ni

idea de lo que estaba intentando pero desde luego si pensaba meterse en mis bragas lo estaba

haciendo como el puto culo. Pasé de él, me volví al camarero y le pedí otra copa.

—Que sean dos de lo mismo, yo los pago —le ordenó al chaval de la barra.

—Ahora sí nos vamos entendiendo. ¿Qué hace un caballero tan distinguido como usted en un antro

como este a estas horas de la noche? —le pregunté.

—Pues creo que podría hacerle esa misma pregunta, señorita —me respondió apurando el último

trago de su copa. Si algo sabía era que no tenía que darle a un desconocido más información de la

estrictamente necesaria, por muy buenorro que estuviese.

—Estaba haciendo tiempo a ver si venías. —Solté el sedal para que cayese el pez.

—Te invito a desayunar —me dijo, se agachó y me colocó suavemente los dolorosísimos zapatos

como si yo fuese la mismísima Cenicienta, pero con butifarras en vez de dedos en los pies.

Me monté con él en un coche con los cristales tintados en negro, parecíamos agentes secretos, el

interior olía a cuero y a perfume de vainilla, agarraba el volante con fuerza y seguridad, me fijé más

detenidamente en sus manos, eran enormes, llevaba las uñas perfectamente recortaditas y limpietas.

Había triunfado, era la primera vez que ligaba en condiciones en un sitio como ese. Entramos en el

aparcamiento de un lujoso hotel de la zona, subimos en el ascensor, este tenía un divertido hilo

musical y más luz de la que tanto a mis ojos como a mi maquillaje le apetecía soportar a estas horas.

Contemplé callada cómo las luces de los botoncitos de las plantas se fueron encendiendo hasta llegar

al piso número catorce, cuando las puertas se abrieron me descubrieron un gigantesco loft con el

suelo de parqué, cubierto por una hermosa alfombra blanca impoluta, me quité los sucios zapatos y

los arrojé a un extremo de la sala.

—Ponte cómoda. —Sonrió.

Delante de mis narices había una monumental cristalera a modo de paredes que me mostraban

absolutamente todos los edificios de alrededor, estaba a punto de amanecer, por un momento, me

volví a sentir como una princesa de verdad, aquello se parecía mucho a mi ciudad natal. Se me pasó

la borrachera de golpe al recordar mi infancia, yo siempre decía una cosa: «De mayor, quiero ser

pequeña». Al fondo había una cocina americana con un frigorífico de aluminio de dos metros y a la

derecha unas escaleras que supongo que conducían a la habitación. Un sofá de al menos ocho plazas

en forma de ele me llamó a gritos y no me hice de rogar, me tumbé descaradamente sobre él, miré a

mi anfitrión y le intenté poner cara de niña desvalida.

—¿Sería el señor desconocido tan amable de servirle algo de beber a esta pobre damisela en

apuros?

Se llevó las manos al corazón como si le hubiese lanzado una flecha, sonrió y a los pocos

segundos regresó de la cocina con dos copas y una botella de vino bajo el brazo.

—Este desayuno es un poco inusual, pero bueno, si es lo que quieres no me puedo negar —me

respondió mientras me daba una de los vasos y me lo llenaba. El aroma del vino era afrutado y dulce

como nunca en mi vida había olido, me enjuagué los labios con él y comprobé que su sabor superaba

todas mis expectativas. Se sentó a mi lado y comenzó a acariciarme el pelo con delicadeza.

—Bueno, ahora sí, ¿dónde está la trampa? —le pregunté sentándome a su lado procurando estar lo

suficientemente cerca como para rozarlo.

—No creo que hayas venido hasta aquí para escuchar mis problemas —me respondió.

—Pues mira, de pronto me acaba de salir trabajo de consejera privada, así que te regalo la

primera sesión de toda mi carrera a cambio del desayuno —le contesté. Él sonrió, tenía una sonrisa

noble y sincera, me recordaba mucho a mi ex marido, los ojos de este desconocido irradiaban luz,

ternura y bondad, así que por una vez dejé de ser una egoísta alcohólica de mierda y me centré en

escucharlo.

—Mi vida debería ser perfecta, tengo una mujer encantadora que siempre ha estado a mi lado y

por la que me he desvivido desde el primer día que la vi. Digamos que soy una persona bastante

reconocida en esta ciudad. Siempre he intentado darle absolutamente todo lo que me ha pedido, le

gustaba leer en voz alta y me podía pasar noches en vela escuchándola simplemente por el placer de

tenerla cerca.

—¿Pero...?

—Todo comenzó cuando se quedó embarazada de nuestro único hijo, debería haber sido un

momento bonito para nosotros y unirnos aún más de lo que ya estábamos pero en vez de eso, ella se

volvió distante y fría, dejó de leer y se volcó en aparentar frente a los demás que no nos sucedía

nada. Después de algún tiempo le propuse que tuviéramos un hermanito para nuestro hijo y se negó

rotundamente desde el principio. —Se levantó, cogió un gran sobre de la encimera de la cocina y me

lo entregó, en el exterior había un sello estampado que ponía: «CONFIDENCIAL». Me instó a que lo

abriese y lo leyera y así lo hice.

Resultados del espermograma: anomalías en el esperma.

· Azoospermia: ausencia de espermatozoides en el [líquido seminal](#) eyaculado.

—Fui rápidamente a hablar con mi médico de confianza y a que me explicase bien los resultados.

—¿Y? —La historia me tenía súper enganchada, era como si de pronto fuese a salir un anuncio y

un cartelito odioso de esos que ponen: «Continuará».

—El médico me explicó que siempre he sido estéril y que es totalmente imposible que nuestro hijo

sea mío. Nadie me va a decir si soy su padre o no, porque lo amo más que a nada en este mundo,

pero eso quiere decir que ella me ha sido infiel o que lo sigue siendo. Desde que salí de la consulta

he estado aquí solo pensando hasta que te encontré a ti. Y esa es la triste historia de este pobre

hombre. —No hubo terminado de hablar cuando ya me había sentado a

horcajadas sobre él y le

estaba besando como hacía mucho que no besaba a nadie. Se puso en pie sin dificultad levantándome

con él y subiendo las escaleras sin tropezarse y sin dejar de besarme. Eran unos besos cálidos,

feroces y sedientos de mí, en esos momentos lo deseaba más que a nada. Me tumbó sobre una cama

perfectamente hecha, me miró y me dijo:

—Permíteme ir al servicio un segundo. —Asentí y en cuanto hubo cerrado la puerta intenté

quitarme los vaqueros. Primero saqué como pude el culo del apretado pantalón y luego jalé de ellos

dándoles la vuelta a las patas como si fuesen calcetines, pero la tela se negó a pasar más allá de mis

gemelos. Escuché el sonido de la cisterna y vi cómo giraba lentamente el pomo de la puerta, no iba a

consentir que este adonis personificado me viera de esta guisa, así que tiré con todas mis fuerzas de

las piernas del pantalón y allí fui detrás de él a dar de bruces contra el suelo, mientras los pantalones

volaban a una velocidad vertiginosa por la habitación. Me quedé donde estaba durante al menos un

minuto con miedo a levantarme, cuando por fin asomé la cabeza por encima del colchón, descubrí

que la pista de aterrizaje de estos no había sido otra que la cabeza de mi apuesto príncipe, que seguía

en pie pantalones incluidos encima. No pude evitar tener un ataque de risa y volverme a tirar en el

suelo como si fuese una cucarachilla, con las manos puestas en la barriga, la que ya comenzaba a

dolerme. De pronto los pantalones cayeron a mi lado y la cara del galán surgió de la nada mirándome

desde arriba con una gran sonrisa. Me ayudó a levantarme e intenté tranquilizarme sentada a su lado

sobre el colchón, él me miró y me dijo:

—Hacía muchos años que no me lo pasaba tan bien, señorita Ariel, siempre fuiste una persona

muy peculiar. —Aquello sí que no me lo esperaba y me cortó el subidón en seco.

—¿Nos conocemos de antes? —le pregunté estupefacta.

—Hace muchos años que no nos vemos, no te culpo por no acordarte. —Me volvió a besar, nos

tumbamos en la cama, apoyé la cabeza sobre su pecho y me quedé profundamente dormida, hacía

mucho, mucho tiempo que no me sentía segura con alguien y lo peor de todo era que ni tan siquiera

sabía su nombre.

Cuando me desperté estaba sola en la cama, a mi lado había una mesita auxiliar con una bandeja

de plata tapada y una nota al lado apoyada, la cogí y la leí en voz alta.

Querida Ariel:

Necesitaba una noche con alguien como tú. Muchas gracias por volver a hacerme sonreír. Eres una mujer muy especial, solo espero que te des cuenta de ello. He tenido que regresar temprano por motivos laborales, no creo que pueda volver en un tiempo, te he dejado una copia de las llaves del loft junto a tu bolso para que lo utilices a tu antojo.

Gracias por existir.



¿Sería verdad que los cuentos de hadas existían después de todo? Me di una vuelta por el

apartamento, realmente era magnífico, me regalé un largo baño, desayuné y llamé a un taxi para

regresar a la mierda de motel en el que me hospedaba. Al llegar hice las maletas y llamé a Blanca

para instalarme en su casa durante una semana entera, si no moría en el intento, claro está.

Capítulo dos

La vida de Blanca

No podía eliminar la sonrisa del señor B de mi cabeza, intentaba que mis jodidas neuronas

recordasen de qué nos conocíamos, no me podía creer que no lo recordase, pero a decir verdad, si es

tal y como él dice y hace ya muchos años, fue cuando estaba locamente enamorada de Erik y bebía

los vientos por él, sin fijarme en nadie más. A veces me pregunto si no dejé escapar el amor de mi

vida por culpa de mis adicciones y de mi destructiva autocompasión. Yo siempre deseé ser algo más

en la vida, me encantaba escribir y realmente lo hacía bien, pero mis fantasmas comenzaron a

aparecer y yo simplemente les dejé entrar.

Al fin llegué a un lujosísimo barrio de las afueras de la ciudad y busqué el número siete que era el

que pertenecía a la vivienda de la pobre Blanca. Los niños nunca fueron mi fuerte y eso de tener que

pasar toda una semana con tres monstruitos mal criados no era lo que se dice el sueño de mi vida,

pero bueno, tampoco es que tuviese nada mejor que hacer, podía mandar las columnas del diario

desde cualquier sitio que tuviera conexión a internet. La casa estaba rodeada por una valla de más de

dos metros de altura y de ella sobresalían unos frondosos árboles, lo que le otorgaba una imagen de

castillo fortificado, solo le faltaba el foso de los cocodrilos. Llamé al telefonillo y me abrió una

sonriente mujer ataviada con un delantal y una cofia en la cabeza que

amablemente me acompañó

hasta un amplio vestíbulo. Todo el camino hasta llegar a la casa estaba cubierto de césped y al fondo

pude divisar una magnífica piscina. Puede ser que no fuese a estar tan mal después de todo.

A los pocos minutos llegó Blanca tan sonriente como siempre y me dio un grandísimo abrazo.

—Los niños están en el colegio y no volverán hasta las cinco y mi marido no llega de trabajar

hasta la noche. ¿Te apetece que tengamos un día de chicas? —me preguntó dando saltitos como solía

hacer cuando se ponía nerviosa.

—Vale, siempre que dentro de tus planes estén incluidas las palabras cóctel, piscina y sol. —

Blanca me caía bien, pero tenía que aprovechar bien estas vacaciones a costa de todas mis antiguas

amigas, me lo tomé como un adelanto por mis servicios para no sentirme mala persona.

Me acompañó al dormitorio de invitados, este era más grande que toda mi maldita casa, tenía un

cuarto de baño con jacuzzi en su interior, una cama cubierta con cortinitas para evitar que entrasen

los mosquitos y un balcón con vistas a la piscina. Sí, realmente aquello iba a ser todo un suplicio...

En cuanto me puse el bañador me fui directa a la piscina, el agua estaba buenísima, hacía un día

formidable. No comprendo cómo Blanca puede quejarse de su vida, yo le cambiaría la mía sin

pensarlo. Al rato se me unió en el jardín, ella prefirió quedarse en una hamaca en el borde de la

piscina.

Estaba muerta de cansancio, si bien no bebí como acostumbraba a hacerlo en mis salidas

nocturnas, no había dormido casi nada, y la edad estaba empezando a pasarme factura. Hubiera dado

la mitad de mi dinero por unas gafas de sol de las que te pones y parece que tienes los ojos abiertos,

pero había venido a trabajar y aunque no tuviera ni pajolera idea de cómo hacer milagros, al menos

intentaría portarme bien.

—Creo que mi marido me engaña con otra, Ariel —me contó Blanca sin tapujo ninguno.

—¿Pero tienes alguna prueba de eso?

—Cuando sale de la oficina llega dos horas mínimo más tarde y siempre viene oliendo a incienso

o a vainilla y yo odio esos dos aromas. Cuando entra en casa es como una bestia, no mira a los niños

y a mí me trata con la punta del pie. Como puedes ver, el negocio de las minas no va mal, y aún así le

tengo que quitar el dinero de la cartera a escondidas o irme a limpiar casas sin que él se entere para

poder comprarme algo. Te juro que no puedo más. —Me dio una pena horrible verla en esa

situación, no es que hubiese tratado mucho con su marido cuando éramos más jóvenes, pero nunca

imaginé que se convertiría en ese tipo de individuo. Realmente tenía que hacer algo para ayudarla y

más le vale irse preparando, porque las personas más peligrosas que existen son las que son como

yo, las que no tenemos nada que perder. Antes de que pudiera responderle o animarla o no sé qué era

lo que le iba a decir, tres cosas de distinto tamaño surgieron de la nada y saltaron al interior de la

piscina sin consideración ninguna, tirándome del flotador en el que estaba tranquilamente tumbada.

Cuando emergí a la superficie vi que se trataba de las tres fieras que Blanca tenía por hijos. Ella me

ayudó a salir del agua y se disculpó unas cien veces, la verdad es que yo me hubiera quedado en el

agua y les hubiese dado más de una ahogadilla a esos gamberros, pero creo que Blanca ya tenía

bastante con lo que lidiar, así que me fui a mi dormitorio y le rogué que me despertase para la cena

cuando sus «angelitos» ya estuviesen dormidos.

Un grito y un portazo me sacaron de los brazos de mi querido amor platónico de la otra noche, me

vestí rápido y bajé a la cocina a ver qué sucedía.

—¡Estoy harto de decirte que no quiero ver por aquí a las aprovechadas de tus amigas y mucho

menos para que se queden una semana bajo mi mismo techo gorroneando mi dinero! —El tipo era

todo tacto y ternura...

—Buenas noches, se muestra la gorrana ante el capitán del barco —me presenté. —Creo que en

esa frase que acabas de decir hay varias cosas erróneas. Primero, no es tu techo, es vuestro techo y

por supuesto no es tu dinero, es su dinero, las minas son herencia de Blanca y a no ser que las leyes

hayan cambiado mucho, las herencia no son bienes gananciales, así que más te vale tener un poco de

respeto. —Me arrepentí de cada palabra en el momento en que acabé de decirlas. A Blanca se le iba

a desencajar la mandíbula si la abría un poco más. El señor Encantador se vino hacía mí con el puño

levantado, así que decidí jugármela, en vez de agachar la cabeza que era a lo que este neandertal

estaba acostumbrado. La levanté y le miré desafiante directamente a los ojos, este agachó la mano y

se fue dando un portazo que casi desmonta el marco de la puerta y tira un trozo de pared. Blanca se

vino corriendo hasta mí y se me abrazó sollozando.

—Te juro que voy a demostrar que te engaña y se va ir a la mismísima mierda con lo puesto. —

Estaba decidida a descubrir qué mosca le picaba a aquel tiparraco.

A la mañana siguiente le pedí a Blanca que me prestase la moto para seguir al individuo al salir

del trabajo. Estuve todo el día sentada en una terraza de un bar que colindaba con la puerta de las

oficinas vigilando que no se me escapase. El camarero pensó en dos ocasiones que intentaba ligar

con él y cuando le pedí el cuarto vaso de agua me lo dio junto a un ticket con su número de teléfono.

Justo antes de que tuviera que partirle la cara al chaval, Encantador salió rápido del edificio y se

metió en su coche, corrí con la moto tras él para que no se me perdiese, no tengo muy claro si me

había descubierto o si siempre conducía como si le estuvieran pisando el culo, pero el caso es que

me estaba costando la misma vida y más de un punto del carnet alcanzar al sinvergüenza. Dobló en

una curva cerrada sin poner el puto intermitente y para cuando me fui a dar cuenta y quise hacer lo

mismo un carrito de perritos calientes salió de la nada y me lancé como el calvo del anuncio del

Pronto, acojonando al dependiente de dichos aperitivos, aterrizando sobre él y mandando a tomar por

culo todos los tarros de salsas que existían en el mercado. Después de disculparme unas treinta veces

y darle todo el dinero que tenía encima para que no avisara a la policía

regresé a la mansión de

blanca, lechuga en la oreja incluida.

—¿Se puede saber qué te ha pasado? —Le puse la mano en la boca como hacen las enfermeras

cuando se habla en voz alta en un hospital y subí las escaleras medio abatida directa a la bañera. No

tenía muy claro si llenarla de agua o de pan de molde, la verdad. Pero una derrota no significaba el

fin de una batalla, mañana volvería a intentarlo. Me acosté esperanzada y deseando retomar mi sueño

de la noche anterior.

Antes de que cantase el gallo ya estaba preparada para el segundo intento, me había vestido entera

de negro, tan solo me faltó pintarme las rayas debajo de los ojos, pero me pareció un poco excesivo.

Fui al bar del día anterior y para mi suerte el coñazo de camarero no trabajaba hoy, en su lugar había

una chica a la que mi presencia en su terraza se la traía floja.

Cuando Encantador salió con su coche ya estaba preparada esperándolo lista para la acción. De

pronto reconocí el automóvil de mi amor desconocido, por un segundo, me vi tentada a seguirlo, pero

si lo hacía se me escaparía el mal nacido de Encantador, me decidí y finalmente, le lancé un beso y

me centré en el coche del abusón, con todo el dolor de mi corazón, prometo

que esta noche me pasaré

por el loft para intentar terminar lo que empezamos.

El indeseable circuló a demasiada velocidad incluso para él. Tras media hora de rally, llegamos a

una gran casa de las afueras que tenía un cartel que ponía: «CASA DE MASAJES». Me bajé de la

moto y me dirigí a las ventanas a averiguar de qué tipo de casa de masajes se trataba, todos los

cristales estaban tintados en negro y no podía verse absolutamente nada a través de ellos. Pisé una

manguera y me caí de culo en el césped que bordeaba la vivienda haciendo más ruido del que me

hubiese gustado, al levantar la vista un enorme gorila, demasiado armado como para vigilar una

simple casa de masajes, estaba delante de mí mirándome entre intrigado y enfadado, me dio la mano

y me ayudó a levantarme.

—¿Qué haces aún aquí fuera y así vestida? ¡Entra inmediatamente! —me gritó. Agaché la cabeza y

obedecí como la niña buena que era.

Una vez en el interior me condujo a un dormitorio lleno de taquillas que supongo era el cambiador

de las masajistas, una de las taquillas estaba abierta y tomé prestado uno de los monos que tenía en

las perchas. Para continuar con mi buena racha, la dueña de dicho armario

debía de ser un tapón de

alberca, porque una vez que me hube cambiado de ropa y mirado al espejo lo que menos se veía en

mí era tela. Entré en todas las decenas de habitaciones buscando al señorito sin encontrarlo, estaba a

punto de darme por vencida, seguramente se me escapó mientras me ponía este mini modelito

japonés. Me apoyé en la pared un poco desanimada ante mi gran fracaso detectivesco, en ese instante

la pared cedió y casi me caigo por unas escaleras que estaban inmediatamente a continuación de la

falsa pared, todo estaba oscuro a excepción de unas luces rojas que provenían de abajo del todo, las

seguí intentando no volverme a accidentar, porque como siguiese así no llegaba al segundo caso con

vida. Oí unas voces y me agaché para no ser descubierta, pero seguía sin ver un pimiento, ya tengo

claro que en mis honorarios voy a incluir un set de espía de los chulos. Me estaba empezando a

asustar un poco, una cosa era seguir a un tío y otra muy distinta era que presentasen cargos por

allanamiento. Concluí que ya que había llegado hasta aquí no podía retroceder, además se acababa

de activar mi modo femenino gatuno y necesitaba ver qué era ese sonido que estaba escuchando y que

no lograba descifrar. Me tumbé en el suelo como todo un soldado y repté hasta

detrás de un biombo

cambiador similar a los que usan los actores en el teatro. Allí a mi lado había un baúl entreabierto

lleno de trastos raros, cogí un mango que sobresalía y casi me da un infarto cuando descubrí que era

un consolador para yeguas con sus pelillos muelles incluidos y todo. ¡Qué asco más grande! Solté el

arma mortal en su sitio y me prometí no contárselo a nadie jamás.

Miré por una rendija que había entre las maderas de la mampara y descubrí a una mujer delgada

vestida entera de cuero negro con una máscara que hacía que fuese imposible reconocerla. En una

mano llevaba la fusta de un caballo y en otra un gran látigo con varias puntas, a sus pies estaba ni

más ni menos que el señor Encantador a cuatro patas, con las manos atadas a su espalda y un bocado

como el de los potrillos, con una pelota en el interior de su extremadamente abierta boca, recibiendo

una muy señora paliza por parte de la mujer de negro. «¡A encantador le va la marcha!», pensé. Casi

suelto una carcajada. El voyerismo no era lo mío, pero no puedo negar que tenía la adrenalina a mil,

era una mezcla entre miedo a ser pillada y excitación por ese mismo motivo, es difícil de explicar,

esta es una sensación nueva para mí. Saqué mi móvil e hice un montón de fotos del energúmeno

guarro que tenía frente a mí y salí con mucho cuidado de no ser descubierta.
Cuando estuve de nuevo

en el pasillo superior, me dirigí rápidamente a la salida, vestida de estúpida,
rezando para que nadie

me viese, pero cómo no, el señor gorila venía directo hacía mí con cara de
pocos amigos.

—¡Entra en esta sala, el cliente lleva un rato esperando por alguna de ustedes!
—Me agarró del

brazo y de manera poco sutil me metió en el cuarto y cerró la puerta.

En la camilla había un hombre tumbado boca abajo, llevando por ropa solo
una toalla que le

tapaba el culete. Me acerqué a él y le toqué con dos dedos con un asco
horrible, lo miré más

detenidamente y me fijé en su espalda, era una espalda de hombre preciosa,
ancha y musculada, tenía

unos preciosos lunares que le dibujaban los hombros, tenía el pelo de un color
castaño familiar. Me

agaché un poco para ver la parte de su cara que sobresalía por el boquete de
la camilla, y era él. Era

el hombre del que me había enamorado de la manera más tonta que se pueda
imaginar. No podía

consentir que me viera así vestida y en este extraño lugar, aunque lo cierto es
que él también estaba

aquí, pero bueno, a lo mejor, solo quería un masaje de verdad y no que una
loca le pegase. Me eché

una crema en las manos y comencé a acariciarle la espalda, entonces él

empezó a hablar.

—Es la primera vez que vengo a darme un masaje, pero necesitaba relajarme. Desde el otro día

que la conocí no logro quitármela de la cabeza, esa mujer tiene la habilidad de volverme

completamente loco. Es tierna y dulce. —«No puedo creer que esté hablando de mí»— Pero a la vez

es excéntrica, despistada y testaruda. —«Eso ya no me estaba haciendo tanta gracia»— Me gustaría

volver a verla, pero no sé si esta vez podré resistirme y no hacer el amor con ella durante horas —

concluyó.

Casi me caigo de espaldas al oírlo, pero, ¿qué hago? En ese instante entró el matón en el cuarto,

con una mini chinita al lado, quien presumo era la dueña de mi estrafalaria indumentaria. Les di a

ambos un empujón y salí corriendo de la casa. Me monté rápidamente en la moto para irme echando

leches de allí, antes de que alguien me usase para comprobar la resistencia de las fustas. Eché una

última ojeada y vi a mi príncipe en la puerta llevando tan solo esa diminuta toalla, sonriendo y

moviendo la cabeza de un lado a otro, estoy casi segura de que por verme vestida de china menguada,

subida en una moto y huyendo de un guarda espaldas bastante encabronado. Estoy convencida que

después de esto se enamora de mí...

En esta ocasión, Blanca, cuando me vio llegar, en vez de preguntarme, simplemente se sentó en el

porche y se echó a reír hasta el punto de llorar, yo me resigné y me alegré de verla por fin feliz, así

que me coloqué a su lado y me uní al ataque de risa. Cuando logramos tranquilizarnos me puse más

seria y le dije:

—Tengo que enseñarte una cosa. No quiero hacerte daño ni que lo pases mal, pero creo que tienes

que ver lo que he descubierto. Saqué mi móvil y le mostré las ridículas fotos de su querido marido.

Me asustaba su reacción, no sé si le dará un soponcio o si se pondrá a llorar o si...

—Jajajajajaja. ¡No me lo puedo creer! ¡Está acabado! ¡Te quierooooo! —O si le dará un ataque de

risa dejándome totalmente desconcertada.

—¿Estás bien? —le pregunté preocupada.

—Estaré mejor cuando me ayudes a tirar las maletas de este capullo en medio de la carretera —

me respondió a la vez que salió corriendo escaleras arriba cantando como una loca.

Cuando llegué a su dormitorio, después de quitarme el disfraz, me topé con dos camas separadas

en lugar de una de matrimonio como sería lo normal, pero casi preferí no

hacer preguntas en esos

momentos. Comenzó a meter toda la ropa que Encantador tenía en su armario en maletas y en bolsas

de basura a puñados. Cogió el teléfono e hizo una llamada, ni idea de a quién.

—Te pago cien monedas si te quedas con mis hijos dos días, es un asunto de vida o muerte. Bien,

muchas gracias. —Colgó y se puso a saltar de alegría.

—Esta noche nos vamos de fiesta —me aseguró. Tirándome por tierra todos mis planes. «¡Ea, a

tomar por culo encontrarme con mi príncipe! Realmente ese hombre va a pensar que me he escapado

de un manicomio o algo peor», pensé.

La ayudé a sacar todas las cosas del imbécil a la calle y me dijo que esperase tras la puerta no

fuera a aparecer, ella se fue corriendo a hacer algo muy importante, pero sin aclararme nada de nada.

«Me temo que he creado un monstruo».

A los tres minutos volvió con una hoja de papel hecha un turulo debajo el brazo, sonriendo como

si le hubiese tocado la lotería. Las dos nos sentamos en la entrada de la finca a esperar que se

iniciase la tormenta. Después de cuatro cigarros y un montón de planes de fiesta para la noche, llegó

la criaturita sin sospechar nada de lo que estaba ocurriendo en su vida. Se bajó del coche hecho un

energúmeno y comenzó a gritar y a encararse con Blanca, quien por su parte se puso en pie sonriendo

y empezó a balancearse sobre sus talones adelante y atrás. Aquella situación estaba empezando a

darme mucho cague, en estos momentos no sé muy bien cuál de los dos me asustaba más. Me puse

detrás de ella por si necesitase refuerzos. En el instante en el que ese idiota diese un paso más

pensaba reventarle las pelotas de una patada. Cuando Encantador dejó de gritar, ella lo miró,

desplegó el papel que tenía en la mano, se lo puso en la cara y le dijo.

—Si no quieres ver empapelada la ciudad con esto más te vale desaparecer de nuestras vidas para

siempre.

La expresión de ese nombre no tenía precio, desde donde yo estaba no veía lo que le enseñaba,

solo sé que Encantador se lo arrancó de las manos, lo rompió, metió en el maletero las bolsas y

maletas tiradas por el suelo y se marchó de allí derrapando el coche a su velocidad habitual. Me

agaché y recogí los pedazos de papel rotos del suelo, en uno de ellos pude distinguir la pelota que

tenía en la boca Encantador hacía tan solo unas horas y empecé a reírme. Cuando entramos en la casa

Blanca se dejó caer en la puerta y suspiró profundamente.

—Has sido muy valiente —le felicité.

—Sin ti, nunca me hubiera atrevido a echarlo. Sabía que me engañaba pero jamás pensé que fuese

de esta manera. ¡Gracias, Ariel! —me abrazó y comenzó a llorar de felicidad. «¿A esta mujer nunca

se le acababan las lágrimas?»

—¿Qué nos ponemos?

—Lo que quieras, tengo su tarjeta de crédito, hoy pago yo. —Esas palabras me encantaron.

Subimos a su dormitorio y desempolvamos la ropa de cuando era feliz pero desdichadamente

también estaba la mitad de regordeta que ahora, cosa que a ella pareció importarle una mierda en

estos momentos, me regaló todo su vestuario y alegó que ya se compraría más ahora que podía. Nos

arreglamos y nos fuimos a cenar a un costosísimo restaurante de la zona.

Sobre la mesa se nos estaban empezando a acumular las botellas de vino vacías, pero ninguno era

como el de mi príncipe, ni borracha podía dejar de pensar en él, esto empezaba a ser preocupante.

—¿Qué te pasa, Ariel? —me preguntó Blanca. Y no sé muy bien si por el alcohol o por necesidad

comencé a contarle todo lo que me había sucedido en estos últimos días, realmente necesitaba una

amiga.

—¿Y qué hacemos que no vamos a buscarlo? —me respondió rápidamente.

—No quiero ir al hotel en su busca o se pensará que soy lo más fácil del mundo. A ver, que sí que

lo soy y que le comería los huevos con pelos incluidos.

—¡Arieeeeeeeeeeel!

—Eso lo he dicho en voz alta, ¿verdad? —Nos reímos como dos crías, sin problemas, sin

preocupaciones. Era bonito vivir una vida así de sencilla.

—En serio, Ariel, vamos al bar donde lo viste por primera vez, a unas malas podemos ligar con

algún que otro hombretón de esos de los que dices que había allí. ¡Por fa, por fa, por fa, por fa!

Llamamos un taxi y cuando nos montamos distinguí la calva del señor estafador, le di unos

golpecitos en la espalda y al girarse y verme exclamó:

—¿No hay más taxistas en esta ciudad?

—Va a ser que no y como me intentes dar coba ya sabes lo que ocurrirá. — Blanca me miró con

incredulidad, yo simplemente me encogí de hombros y le susurré que habrá debido de confundirme

con otra. Nos llevó rápidamente a la dirección que le dije y esta vez sí que le pagamos e incluso le di

una monedita de propina. La misma que según la cara que puso creo que no le faltaron ganas de

tirármela a la cabeza.

Blanca y yo nos sentamos en la barra, saludé al camarero y le pedí dos copas. Cuando mi amiga se

hubo tomado la mitad, estaba encima de la mesa de billar morreándose con uno de los tipos del otro

día. No me fiaba mucho de su euforia y menos aún de los muchachotes que la miraban con cara de

hambre, así que por segunda vez en esta noche mi querida Blanca me cortó todo el rollo, le pedí al

camarero una tónica para dejar de beber y estar en mis cinco sentidos por si tenía que partirle las

piernas a alguien.

—¿Así vas de mal que estás pidiendo tónica?

A mi lado se sentó mi querido desconocido, me cogió la mano y me la besó. «¿He dicho que amo a

este hombre?»

—¿Sabes? Llevo todo el día dándole vueltas a la cabeza, he intentado buscar una explicación de

por qué estabas en un salón de masaje disfrazada de china huyendo del portero, pero te prometo que

nada de lo que he pensado tenía lógica alguna —me dijo.

—Es una larga historia, digamos que ha sido pura casualidad. No es que te estuviese siguiendo así

en plan acosadora ni nada de eso, de verdad, estaba trabajando. —En esos momentos quería que se

abriese la tierra y que me tragase.

Blanca pegó un grito y yo me di la vuelta rápidamente. Uno de los jugadores se había equivocado

de boquete al querer meter el palo, salté del taburete, cogí un taco de billar y se lo estampé en el

coco dejándolo medio inconsciente en el suelo, jalé de Blanca y la coloqué tras de mí. El amigo del

espabilado vino a defenderlo, estaba preparada para darle a este otro golpetazo con lo que me

quedaba del palo cuando mi príncipe se me adelantó y le dio un señor puñetazo en todos los morros

haciéndolo sangrar a borbotones. Nos cogió de la mano a Blanca y a mí, salimos del bar y nos

alejamos de allí en su coche.

—¿Blanca, estás bien? —le pregunté preocupada— ¿Blanca? —Un ronquido me dijo que estaba

de puta madre, pero que mañana tendría una resaca del quince. Le indiqué al improvisado chófer la

dirección y nos llevó encantado.

Al llegar, como todo un caballero, me ayudó a meter a Blanca en la cama.

—Gracias por el refuerzo, pero lo tenía todo controlado —le mentí.

—Un placer salvar a dos hombretones en apuros, me dio miedo que les extirparas un ojo con el

palo o algo peor —se burló. Le di un pequeño golpe en el pecho y me agarró la mano antes de que

podiera retirarla sosteniéndola contra su corazón. Creo que el mío se me iba a salir de la boca en

breve.

—Ariel, eres una mujer atípica y particular.

—Ahora mismo no sé si acordarme de tus castas o darte las gracias, la verdad —le contesté

confusa. Me agarró la cabeza con la otra mano y me acercó lentamente hasta su boca, nos besamos

como si no hubiera un mañana, me besó de la manera más dulce y tierna que jamás hubiera

imaginado, casi pude sentir su alma con ese beso. Cuando nos separamos me ayudó a levantarme y se

despidió.

—Tengo que regresar ya. Pero estoy seguro de que volveremos a vernos, mi pequeña loquita

alborotadora.

Mientras veía cómo el amor de mi vida se alejaba me entraron ganas de pegarme cabezazos contra

el árbol más cercano. Definitivamente soy carajota. ¿Cómo diantres se llamaba? Entonces escuché el

ruido de unos cristales rotos y subí corriendo las escaleras.

Blanca estaba de pie tambaleándose, la frente le sangraba y delante de ella se hallaba Encantador

con un bate de béisbol en la mano. No me vio llegar, así que cogí lo primero que vi y se lo estampé

en la cabeza tumbándolo de un solo golpe. Los restos de cristales rotos del jarrón que había usado

como arma se me clavaron en las manos y me hicieron cortes bastante profundos, pero mi dolor me

importaba una mierda en estos instantes, tan solo quería sacar a Blanca de allí y llevarla lo más lejos

posible de aquella alimaña.

La monté en el coche como pude y arranqué el vehículo a toda prisa, los segundos que tardó la reja

en abrirse se me hicieron interminables, tenía tanto las ventanas como los pestillos de las puertas

cerrados, estaba muerta de miedo. En todas mis juergas nunca me había visto metida en un embrollo

de tal magnitud. De pronto Encantador apareció lleno de sangre como si fuese un *zombie* y se me

echó sobre el capot del coche pegándole puñetazos a la luna delantera y gritándome. Instintivamente

di marcha atrás, pero él nos siguió. Blanca no paraba de gritar, la cabeza me iba a explotar, no sabía

qué cojones hacer y, sin pensármelo dos veces, aceleré y pasé con el coche por encima de ese

malnacido. Dimos dos saltitos como cuando coges un badén en una carretera de velocidad reducida.

Frené en seco y me mantuve unos segundos con el motor encendido esperando que el monstruo se

levantase de nuevo. Blanca tenía un ataque de nervios y no sabía si reír, si

llorar o si gritar y yo

estaba empezando a desesperarme. Me giré hacia ella y le di un sonoro
guantazo que la tranquilizó en

seco y tras eso tan solo le rodaban las lágrimas por las mejillas en un llanto
silencioso que me hizo

sentir un montón de culpable, creo que o le atizaba o le iba a dar un infarto y a
ver entonces cómo

coño explicaba yo lo que acababa de suceder. Me bajé del coche temblando,
Encantador estaba

tumbado en el suelo sobre un gran charco de sangre boca arriba, tenía los ojos
en blanco, me agaché

y le intenté tomar el pulso en el cuello, pero para entonces su asqueroso
corazón había dejado de

latir.

No sabía qué hacer, así que recurrí a la persona más fría y calculadora que
conocía, cogí el

teléfono e hice una llamada.

—¿Bella? Necesito que vengas urgentemente a casa de Blanca, ha pasado
algo.

Cuando Bella llegó yo ya le había dado a Blanca un tranquilizante de caballo
de los míos y la

había tumbado en el sofá para que cuando apareciese la policía no la
encontrase tan alterada.

Quienes surgieron de la nada justo detrás ella.

—¿Qué ha pasado, Ariel? —me preguntó Bella con total tranquilidad como si

trabajase en la

morgue y viese cadáveres continuamente.

—Ha intentado matarnos y lo he atropellado con el coche —respondí serena.

La policía me tomaba declaración mientras Bella intentaba apaciguar a Blanca. Vinieron los que

se encargan los cuerpos en la televisión, lo metieron en una de esas bolsas negras con cremallera y se

lo llevaron de allí. La policía me dijo que tendríamos que acompañarlos a testificar, pero que antes

pasásemos por el hospital para que nos dieran el parte de lesiones y toda esa mierda que se hace en

estos casos. Bella se ofreció a acompañarnos, no obstante, también avisé a Mérida, quien tenía línea

directa con las altas esferas de la ciudad.

En urgencias estuvimos más de dos horas para que le hicieran a Blanca todas las pruebas y me

vendasen a mí las manos.

Para cuando llegamos a comisaría Mérida ya estaba en la puerta esperándonos con un montón de

colillas a sus pies, y nada más verme me hizo un acoso y derribo.

—¿Se puede saber qué habéis hecho? —me preguntó sobresaltada.

—He matado a Encantador con el coche —le respondí casi sin pensármelo dos veces. Bella me

apartó y le contó más detalladamente lo sucedido a la pobre Mérida, que

estaba al borde de un
ataque de nervios.

Mérida usó sus contactos para que aquel calvario terminase lo más rápido posible y a la hora nos

mandaron de vuelta a casa. Bella se ofreció para llevarnos a la suya, pero Blanca dijo que tenía que

limpiar, le dio la paranoia por ahí. Mérida nos acompañó hasta la mansión, me ayudó a acostar a

Blanca en mi habitación y se bajó conmigo al sofá a dar buena cuenta de la bodega del difunto, quien,

todo hay que decirlo, tenía unos gustos exquisitos para el whisky. Le enseñé a mi amiga lo que había

descubierto del marido de Blanca y se echó las manos a la cabeza. Se puso a mirar las fotos y frunció

el ceño.

—¿Pasa algo?

—¿Tienes un ordenador donde descargarlas? —me preguntó.

—No, pero en el despacho del guarro he visto uno, si no tiene clave podemos usarlo.

Mérida se sentó en el gigantesco sillón del escritorio y encendió el pc.

—¡Mierda! Tiene contraseña.

—Déjame intentarlo —le pedí.

—Ariel, hay millones de combinaciones posibles, es totalmente imposible que...

—Listo —le dije orgullosa de mí misma interrumpiendo su discurso.

—¿Qué dices? ¿Cuál era? —me preguntó sorprendida.

—Pues mira, llevo tres días viviendo con este cacho de trozo de carne con ojos y si hay algo que

me haya quedado claro es que solo se quería a él mismo. La contraseña es «ENCANTADOR», hay

que ser capullo, torpe y egocentrista para poner tu propio nombre.

—Sí, pero a nosotras nos va a venir de muerte. ¡Uy, perdón! —Conectó el móvil al ordenador,

descargó las fotos y las agrandó e imprimió una por una. No tenía ni zorra idea de lo que estaba

buscando.

—¿Sé puede saber qué haces?

—Fíjate en la tipa con el traje de cuero. ¿No te resulta familiar? —por mucho que la miré y la

remiré por mi madre que seguía sin entender nada. Mérida suspiró como si estuviese hablando con un

bebé, y agregó:

—¡Ariel, por favor, no seas torpe! Mírale los brazos, el tono de piel, la musculatura, ¿en serio que

no te recuerda a nadie que conozcamos?

—¡¡¡Jasmineee!!! —Esos brazos y esos músculos eran inconfundibles, eran incluso más fiable que

si hubiese llevado un tatuaje.

—¡Joder, qué fuerte! Y la tía se queja de su vida, vaya tela. ¿Qué hacemos? — pregunté. Mi

cabeza había recibido demasiados sobresaltos por una noche y ya no daba para más, sinceramente.

—Mañana será el funeral y vendrán todas, entonces descubriremos algo más, pero hasta ese

momento seremos como una tumba, ¿entendido? —Asentí con la cabeza y nos pusimos manos a la

obra para que la casa estuviese decente para el sepelio y ya de paso que la pobre de Blanca no se

encontrase todo lleno de sangre cuando se levantase.

Capítulo dos y medio

El funeral

Los de la científica se dieron realmente prisa en abrir y cerrar al miserable de Encantador. La

policía nos dijo que había sido homicidio involuntario y que tras analizar todo lo sucedido

quedaríamos en libertad sin cargos, lo que me faltaba también era que me metieran en la cárcel...

Por la mañana Blanca, Mérida y yo preparamos toda la casa para el velatorio, no sé por qué pero

Blanca estaba reaccionando como si su asqueroso marido la hubiese palmado de muerte natural y no

volvió a mencionar nada ni de las fotos ni de lo ocurrido la noche anterior. Creo que su cabeza tenía

mucho que asimilar y preferí no añadir más leña al fuego, así que, le seguimos la corriente e hicimos

todo lo que nos fue diciendo: encargamos las flores y el catering, llamamos al cura, avisamos a todos

los amigos íntimos y familiares cercanos y para las doce del mediodía todo estaba dispuesto para la

pantomima. Las tres nos vestimos del típico negro riguroso como manda el protocolo e incluso os

juro que vi a Blanca tener en más de una ocasión expresión de tristeza. Los invitados fueron

apareciendo, las primeras en presentarse como si de un *reality* se tratase fueron las tres restantes,

Jasmine incluida. Me las llevé a la piscina y les conté todo lo que había pasado en los últimos días,

omitiendo, claro está, la parte de mi príncipe azul. Cuando la señora sadomasoquista escuchó el

trozo en el que me colé en la casa de masajes tomó su copa y se la bebió de un trago.

—¿Te pasa algo, Jasmine? —le preguntó Mérida de forma perspicaz.

—No, pero todo esto me parece muy *heavy*, a lo mejor deberíamos suspender la ayuda a domicilio

de Ariel, no vaya a ser que la próxima vez le dé por secuestrar personas en vez de matarlas —

respondió la grandísima zorra. Las aletillas de la nariz comenzaron a hinchárseme y el ojo izquierdo

se me cerraba y abría solo. Si no le respondía, se me pondría la tensión por

las nubes y a mi edad eso

ya no es recomendable.

—¿Tienes algo que ocultar, Jasmine? —fui todo lo sutil que pude. Creo que tras mi pregunta a

quien le iba a dar la apoplejía era a Mérida. En ese momento, Blanca se acercó a nosotras con cara

de muerta y a la canija musculosa la salvó la campana.

—No me encuentro bien, necesito descansar. ¿Podéis encargáros de la gente? La cabeza me va a

estallar en breve —confesó la viuda.

La llevamos al dormitorio de invitados y bajamos a entablar conversación con el resto de

asistentes.

—¡Mierda! —dijo Aurora sorprendiéndome, ¿desde cuándo decía palabrotas? Un chico bastante

apuesto, rubio, de ojos verdes, mandíbula pronunciada, manos enormes y sonrisa de anuncio de

dentífrico se acercó a nosotras sonriente. Le dio un beso en la mejilla a Aurora y nos saludó a las

demás.

—Chicas, estáis tan maravillosas como siempre.

—Felipe, no podías resistir la tentación de meter las narices en mis asuntos, ¿verdad? —le

increpó Aurora.

—Querida, he venido a presentar mi pésame a la familia tras esta drástica muerte. Nadie se

hubiese esperado que Encantador, con lo joven que era, muriese de un derrame cerebral. Blanca tiene

que estar destrozada, no quería que creyese que porque ya no estamos juntos no tengo educación. —Y

se dio la vuelta y siguió saludando cortésmente dejando a mi amiga allí como una colilla.

—Lo odio, no sé cómo me pude enamorar de esa víbora, descarada y embustera.

—Relájate, que te estás empezando a poner de colores — la tranquilicé. Parecía que la historia

del derrame estaba funcionando a las mil maravillas, no había por qué ponernos en el punto de mira

de todos, sin necesidad.

—¿Y el resto de vuestros maridos? —pregunté a Bella y a Jasmine intentado desviar la atención

de Aurora.

—Mi esposo me ha pedido que me disculpe con Blanca porque le es imposible asistir, está liado

con unos temas burocráticos ineludibles —contestó Bella.

—El mío no sé si está en Arabia, en Sudáfrica o en el Congo, y la verdad es que me importa un

pimiento —respondió Jasmine aburrida.

Cada una nos pusimos en un lado de la mansión a hacer las tareas de

anfitriona, me puse a hablar

con unos amigos que hacía años que no veía y de repente perdí de vista a las demás. Algo empezaba

a oler más a mierda de lo habitual, así que fui en su busca. Mérida estaba entretenida en la cocina

dando buena cuenta de la nevera de Blanca.

—¿Qué haces?

—Estoy nerviosa, con el estómago lleno pienso mejor y los canapés que has encargado son una

porquería muy pija, demasiado chicos y saben a pies —me respondió con la boca llena de tarta de

chocolate con galletas.

—¡Deja eso! Se han perdido todas, vamos a ver qué traman —le ordené.

—¡Se podían estar quietecitas un rato!

Salimos a la parte delantera de la casa y vimos a Aurora espiando a alguien tras un árbol. Nos

acercamos a ella a escondidas y descubrimos que a quien vigilaba no era a otra que a Bella, estaba

hablando con Felipe a una distancia que sobrepasaba la línea permitida entre amigos, él le tenía

cogida la mano y ella parecía que estaba como llorando.

—¡Qué susto! ¿Qué hacéis aquí? —Aurora nos había pillado observándola.

—Os buscábamos por si necesitabais ayuda —Mintió Mérida rápidamente.

—Yo no, pero a lo mejor Bella precisa que le indiquen el camino para llegar a la bragueta de mi

marido. —No me sonó como si Felipe ya no le importase, la verdad.

—La estará tranquilizando, mujer, no te rayes —juro que es la primera excusa que se me ocurrió.

—¿Se conocen mucho? —le preguntó Mérida.

—Pues que yo sepa hace más de diez años que no se ven, pero sinceramente estoy empezando a

dudarlo —susurró sonando cada vez más enfadada. Aquello no iba a acabar bien y lo sabía, Aurora

estaba a punto de ir a partirle la cara a Bella cuando Jasmine entró en escena y se agregó a la pareja

cortándoles lo que fuera que estuviesen haciendo. No creo que Bella esté interesada en Felipe,

seguramente se estaba haciendo la mártir o algo así, la verdad es que esos dos no me pegan ni con

cola. Volvimos todos dentro, escuchamos el responso y el día fue transcurriendo con total

normalidad. Blanca había bajado a hacer su teatro de viuda desvalida y aguantó como una campeona

que todo el mundo le diese el pésame por la muerte del señor grano en el culo. Cuando todos se

fueron Blanca y yo nos quedamos tranquilas en el sofá tomando alcohol en cantidades industriales

para celebrar lo bien que nos había salido la jugada.

—¡Mierda! —exclamé.

—¿Qué te pasa ahora? —me preguntó Blanca.

—¡Me han robado el bolso! Uno de tus invitados era un puto chorizo y me ha quitado el bolso con

el móvil, las tarjetas, la cartera y las llaves —dije llevándome las manos a la cabeza.

—Mañana te compro otro, no te preocupes.

—Blanca, el móvil tenía las fotos del difunto haciendo el guarro y las llaves eran las del loft que

me dio B. Prefiero ir a la cárcel antes de que piense que no quiero volver a verlo —sollocé.

—¿No borraste las fotos? —me preguntó levantándose de un salto.

—¿Crees que me he acordado si quiera de las puñeteras fotos después del día que llevamos?

—Bloquéalo por internet ahora mismo antes de que nadie más las vea.

Fuimos al despacho de Encantador a intentar borrar el contenido del móvil a distancia, ser ama de

casa da mucho tiempo libre para aprender tonterías, yo no tenía ni idea de que eso se pudiese hacer.

Encendí el ordenador pero algo raro pasaba.

—Blanca, ahora no me pide la clave y anoche cuando descargué las fotos para verlas mejor sí.

¿Has tocado algo?

—No, déjame ver.

Blanca se llevó un rato hurgando en el cacharro y a los pocos minutos le dio un sonoro

puñetazo al teclado.

—Alguien ha formateado el disco duro.

—¿Qué dices? ¿Cuándo?

—Aquí pone la hora, ha sido justo antes de empezar el velatorio. Lo que no comprendo es por qué.

Yo sabía exactamente quién había sido y por qué, pero la verdad es que todavía no vi

oportuno contarle la verdad. Ahora, esa me iba a devolver las llaves como que me llamo Ariel. Nos

fuimos a la cama a intentar descansar un poco, al día siguiente me tocaba irme a vivir una semana con

Mérida a arreglarle no sé muy bien qué, porque ella sí que no creo que tenga arreglo alguno.

Capítulo tres

La vida de Mérida

Me daba pena despedirme de Blanca, estos días con ella habían sido bastante intensos, una no

mata a los maridos de sus amigas habitualmente. Al menos me iba con la tranquilidad de que ese mal

nacido no volvería a ponerle una mano encima. Mérida estaba en la puerta de la mansión

esperándome con unas gafas de sol puestas y un flamante descapotable rojo, con la música puesta a

toda pastilla. Me monté con ella y recé para que llegásemos vivas por lo menos a la esquina de la

calle.

Al rato casi aterrizamos con el coche, en vez de parar, en una zona urbana que estaba cerca del

loft, al que no podía regresar a no ser que me transformase en *spiderwoman* y trepase por la pared

hasta el puto ático. Cuando coja a Jasmine van a quitársele las ganas de robar nada más.

Mérida vivía en un piso de dimensiones colosales, creo que ha tenido que comprar cuatro y unirlos

porque es imposible que a nadie se le ocurra hacer una casa de estas magnitudes queriendo. Todo

estaba colocado milimétricamente, dos jarrones alineados, tres piedrecitas en el mueble de la

entrada, cojines a juego en el sofá, hasta los ambientadores eléctricos tenían sincronizado el tiempo

de lanzar los olores. Reconozco que el orden nunca fue mi punto fuerte, mucho me temo que esta

semana sería peor de lo que en un principio imaginé. El pisito también disponía, cómo no, de una

gran terraza con una hamaca cogida por dos pies de hierro. Amo esas cosas, siempre deseé dormir

bajo las estrellas tumbada en una de ellas. Mérida me enseñó mi nuevo aposento y me dejó que

colocara la ropa y me pusiera cómoda antes de irnos a no sé dónde. Gracias a

Blanca mi fondo de

armario había aumentado considerablemente. Eso de colocar ropa para volver a descolocarla en

unos días me daba una pereza horrible, así que simplemente puse la maleta encima de la cama y me

quité los zapatos para jugar con los dedos de los pies en la mullida alfombra de pelitos. Después

de estar haciendo un rato el tonto regresé al salón y me tumbé en el comodísimo sofá bajo la atenta

mirada de mi anfitriona.

—¿Y bien? ¿Qué hay de malo en tu vida? ¿A quién matamos? —bromeé. Ella se sentó a mi lado y

me bajó los pies del sofá de un manotazo.

—Ariel, te agradezco que intentes ayudarme, pero, sinceramente, no me pasa absolutamente nada,

soy feliz con mi existencia, en serio.

—¿Y por eso no hay una puñetera foto familiar en esta casa de revista? Venga ya, Mérida, llevo

unos días bastante jodidos, si me dices que todo anda bien, perfecto, me tomo una semana de

vacaciones contigo y listo.

—Por mí de acuerdo. Pero no te pongas cómoda, esta noche cenamos en casa de mis adorables

padres, uno de mis hermanos va a llevar a su prometida a cenar para ser un buen hijo, casarse y tener

un montón de niños pelirrojos. Ponte algo elegante, por favor. —No me hacía ilusión gastar mi

tiempo en comidas familiares, pero desde que había perdido las llaves del paraíso lo cierto es que

no tenía nada mejor que hacer. Me fui a mi cuarto y me puse a escudriñar en la maleta algo que fuese

acorde a la estirada familia de Mérida. Después de sacar absolutamente todo su contenido, ahora

esparcido entre la cama y el suelo, opté por un vestido rojo largo, con dos aberturas a ambos lados

de las caderas por los que casi se me veían las bragas sobaqueras. Mi vida amorosa en los últimos

años no es que hubiese sido demasiado *cool* y a los borrachos con lo que me acostaba últimamente se

la sudaba un poco todo el tema de la lencería. Me acababa de dar cuenta de que tenía que ir a

comprar ropa interior por si volvía a tener a tiro al señor B. Lo que le faltaba al hombre era verme

en bragas con boquetillos para que saliera corriendo hasta el infinito y más allá...Pero como esta

noche no iba a ser esa me daba un poco igual el tema de la ropa interior. Me dejé el pelo suelto y lo

ondulé, lo justo para no parecer una loca. He leído en las revistas que está de moda eso de serio pero

informal. Me pinté y salí dispuesta a pasar una noche de mierda pero, eso sí, monísima de la muerte.

Al llegar a casa de los padres de Mérida nos recibió un mayordomo como los de las películas

inglesas, con guantes blancos y todo, y nos condujo a una gran sala en la que había una mesa con algo

para picar y dos camareras con bandejas llenas de copas. La madre de Mérida era una señora alta y

seria, llevaba un recogido tan estirado que me dediqué un rato a observarla para ver si era capaz de

parpadear. El padre era un hombre robusto con cara de bonachón. Mérida tenía tres hermanos pero

dos estaban en el extranjero por temas de trabajo y no podían venir. Al momento apareció Robin, el

hijo menor y el futuro desgraciado que estaba a punto de casarse y arruinar su vida, con una morenaza

de casi dos metros con un cuerpo despampanante. Todos estuvieron conversando mientras yo ponía

cara de estúpida, asentía y sonreía, que eran las instrucciones que me dio mi amiga justo antes de

entrar para que no metiese la pata con la alta sociedad. Realmente necesitaba un cigarro y un whisky

doble o una ginebra o lo que fuese que tuviese muchos grados, o iba a empezar a plantearme

seriamente lo de cortarme las venas en directo para darle algo de emoción a la cosa. El padre del

chico lo llamó a su despacho para terminar unos papeles de negocios antes de cenar y la madre se

disculpó alegando que tenía que ir a la cocina a revisar que todo estuviese en orden, así que

aproveché y me escapé al jardín a fumarme tres cigarros de una calada y a dar buena cuenta de mi

querida petaca clandestina. A la vuelta me perdí en esa enorme casa con tantas puertas iguales, por

qué no le ponían unas flechitas en los pasillos como en los hospitales. Finalmente encontré la que

daba al salón en el que estaba o eso creí, porque cuando entré me di cuenta de que era una habitación

un poco más pequeña, llena de libros por todas partes y una gran mesa de escritorio colocada en el

centro. Me salió la vena periodística y me puse a figonear un poco entre los papeles, hasta que

escuché a alguien a punto de entrar y me escondí debajo de la mesa para no tener que dar

explicaciones. Oí unas risas de mujer y una especie de besuqueos sonoros. Me asomé un poquito y

allí estaban, Mérida con la súper modelo dándose el lote del siglo, mano por dentro de las bragas

incluida. Me morí de la vergüenza y me dio un poquillo de morbo, nunca me había liado con una tía

pero creo que estaban tan sumamente cachondas que me lo estaban empezando a contagiar. A los

cinco minutos escuché la puerta cerrarse y salí rápido creyendo que ya no había peligro.

—¿Qué hacías debajo de la mesa? —La morena con cara de guarra acababa de trincarme.

—¿Si te digo que estaba buscando el pendiente te lo crees? —Sí, de acuerdo, las tontas son las

rubias, pero esta a lo mejor era teñida. Se acercó hasta mí, me pegó un empujón y me tumbó encima

del gran escritorio tirando todo lo que había encima.

—Te prometo que no he visto como os magreabais ni nada de eso —«¿En serio me acababa de

delatar sola?»

Ella se lanzó tiro encima de mí como un león sobre su presa sin darme tiempo a reaccionar, para

cuando fui a defenderme me zampó un beso en la boca metiéndome la lengua hasta la campanilla y me

cogió las tetas con esas enormes manos dejándome un complejo significativo. En ese momento se

encendieron las luces y la señora estirada entró por la puerta cayéndose de espaldas al vernos, con

medio ictus en el cuerpo. Me quité como pude al bicho salido de encima y fui a intentar ayudarla.

Cuando esa mujer abrió los ojos y me vio tumbada sobre ella quitándole los botones de la camisa me

dio un señor guantazo con el que casi toco las palmas con las orejas y comenzó a gritar como si la

estuviese violando, mientras la puta de la morena salía corriendo despavorida del cuarto y de la

casa. Al oír los gritos acudieron más de una decena de personas que trabajaban en la vivienda a

auxiliar a su señora y se la encontraron con el sujetador a la vista, despeinada, colorada y a mí a

unos metros de ella con la cara como un tomate con los cinco dedos marcados, anillo incluido.

—¡¡Estaba abusando de la prometida de Robin y cuando la he pillado ha intentado propasarse

también conmigo!! —gritó en modo tenor la muy simpática. Todos me miraron horrorizados, Mérida

tenía la cara descompuesta y no supo qué decir, yo solo deseé que el mundo se parase para poder

bajarme. Definitivamente, el tabaco iba a acabar conmigo.

Me levanté como pude e hice lo mismo que la mamona de la morena, salir corriendo a más no

poder con un montón de gente persiguiéndome, ahora sé lo que debió sentir Quasimodo. Cuando

llevaba andado más de media hora en dirección a ninguna parte, el coche de Mérida paró a mi lado.

—Sube —me pidió con cara de buena.

—¡Y una mierda!

—Ariel, estamos en el culo del mundo, lo tuyo no es andar y no va a pasar nadie para que te lleve,

si lo que estás pensando es hacer autostop. Sube, por favor. —Puse cara de pocos amigos y me monté

en el coche sin articular palabra. Cuando ya llevábamos un rato en la carretera Mérida empezó a

reírse a carcajadas.

—¿Te parece gracioso liarte con la prometida de tu hermano en tu casa y después hacerme cargar

con la culpa?! —le grité.

—Eh, que la que estaba en un cuarto oscuro con ella eras tú y la que casi desnuda a mi santa madre

tampoco he sido yo que digamos —dijo sin parar de reírse.

—¿A tu puñetera madre le estaba dando un ataque y yo intentaba quitarle presión del pecho, y a la

que casi violan esta noche es a mí! —le aclaré. Paró a un lado de la carretera, se bajó del coche y

abrió el maletero. Por un momento pensé que tenía una pala e iba a enterrarme allí mismo, pero no,

del maletero salió la acosadora y se montó en el asiento de atrás sonriendo.

—¿En serio?! —exclamé.

—Elsa, prométele a mi amiga que no volverás a meterle mano —le ordenó Mérida a la garrapata.

—Perdona, Ariel, creí que estabas allí para estar conmigo a solas —se disculpó.

—¿Y exactamente qué parte de mi cuerpo te dio a entender eso? Necesito una copa —dije

llevándome las manos a la cabeza.

—Vale, como recompensa vamos donde tú digas —me alentó Mérida.

—No, de eso nada. Id a hacer lo que os dé la real gana y dame dinero para cogerla mortal y poder

regresar luego a tu casa cuando hayáis acabado —le exigí. Mérida sacó un fajo de billetes y me los

dio sin rechistar. Me dejaron en unos bares que había cerca de su casa y se fueron a terminar lo que

habían empezado. Ya tenía claro que Robin no iba a poder pasar bajo una puerta sin chocarse.

Caminé hasta estar debajo del edificio donde tenía el loft mi querido príncipe, eché una ojeada

hasta casi romperme el cuello pero las luces continuaban apagadas. «Me encanta mi suerte». Justo

enfrente escuché música en un pub y entré a terminar mi cometido. Me dirigí a la barra sin mirar a mi

alrededor, me senté y le pedí al camarero un whisky doble sin hielo. Supongo que se extrañó, pero

era de esos bares que tenían las luces lilas en los que no se ve nada y no podía distinguir bien su

expresión, y tampoco me importaba en absoluto. Cuando me lo terminé le pedí dos más, estaba

empezando a dejar de notar el paladar y a que me costase trabajo mantener los ojos abiertos o centrar

la vista en algo. No me moví de la silla en todo el rato y había gastado casi al completo mi arsenal de

cigarrillos, el último que me fumé faltó poco para que se lo apagase en la

mano a un capullo que

intentaba molestarme. Para ser sinceros no tenía el chichi para farolillos esa noche y desde que lo

conocí no pensaba en otra bragueta que no fuese la del señor B. Alguien hizo la gracia o la

imprudencia de girar mi taburete demasiado deprisa haciendo que le lanzara hasta la primera papilla

en la entrepierna y en los zapatos. Cuando pude levantar la vista, me limpié los restos de comida de

la boca e intenté enfocarle la cara. Definitivamente creo que había bebido más de lo que mi cuerpo

podía soportar porque por un momento me pareció verlo a él e incluso escuchar su voz hasta que

perdí el conocimiento.

Me desperté con un dolor de cabeza horrible, no podía abrir los ojos, los rayos de sol eran como

puñales en mis pupilas. No tenía ni idea de dónde estaba, ni de cómo había llegado hasta aquí, un

olor empalagoso a vainilla me levantó el estómago y me hizo volver a la realidad. Abrí los ojos de

par en par y me encontré tumbada en la mullida cama de mi querido amor platónico. Me senté de un

salto y miré mejor a todas partes, en la mesita de noche junto con un vaso de agua y dos pastillas

había una de sus notas.

Querida Ariel:

La próxima vez que te de por emborracharte apunta más a un lado.

Me enteré de lo del marido de Blanca, supongo que estarás bastante afectada. Descansa.

Ya nos veremos.

PD: Hasta roncando estás atractiva.



Entonces no fue un sueño, más bien una pesadilla, le había vomitado encima al futuro padre de mis

hijos. ¡Dios! Ahora no sé si podré mirarlo de nuevo a la cara. Me tomé las pastillas que amablemente

me dejó junto a medio cubo de agua y decidí escribirle algo yo también en un cuaderno que encontré

en la encimera de la cocina.



Cuando llegué a casa de Mérida la cabeza seguía dándome vueltas y me molestaban todos los

ruidos por muy insignificantes que fuesen. Allí todo parecía estar en silencio, ella y su amiguita ya se

debían de haber ido a aparentar que eran de lo más normal y heteras del mundo. Me metí en mi

dormitorio deseando descansar catorce horas más e intentar olvidar la noche pasada. La cama era

cómoda y blandita, me di una ducha para quitarme el olor a vómitos, me puse un pijama de Blanca y

me acurruqué entre las sábanas. A los cinco minutos oí unos golpes constantes en la puerta que me

despertaron de muy mala leche. Me levanté acordándome de las castas del karma y abrí con la

intención de matar a quien fuese que estuviera llamando.

—Buenos días, tenemos que hablar. —Jasmine pasó como una locomotora a mi lado casi

tirándome al suelo al caminar y se sentó en el sofá a esperar a que yo reaccionara o a que le partiera

la cara, no lo tengo claro. Mi ánimo no estaba para muchas fiestas, así que decidí que hablase ella

primero.

—Dejémonos de tonterías. Sé que lo sabes —me dijo casi sin pestañear.

—¿Qué se supone que sé? —le respondí haciéndome la tonta. Entonces sacó mi bolso de una

maleta que llevaba y me lo lanzó.

—Sé que me reconociste con el marido de Blanca y no te culpo por juzgarme, pero no sabes

absolutamente nada de mí, hace muchos años que no nos vemos y mi vida ha cambiado. Solo quería

devolverte eso, no soy ninguna ladrona. Cuando estés conmigo entenderás por qué lo hago. — Se

levantó y se fue igual de rápido que entró, dejándome con cara de capulla y

unas ojeras de muerte.

Regresé a la cama y dormí teniendo unas pesadillas horribles en donde la protagonista no era otra

que Jasmine pegándose con un látigo.

—Bella durmiente, ¿tienes pensado levantarte o te vas a quedar a vivir en la cama? —La

desagradable voz de Mérida me hizo regresar al mundo de los vivos.

Me fui al sofá y le conté lo que había pasado con Jasmine.

—¡Joder, qué fuerte! Ha reconocido que era ella la mujer de cuero y que te robó y borró las fotos.

¿Y ahora qué hacemos? —me preguntó ansiosa.

—Nada de nada, mi prioridad ahora es averiguar por qué te acuestas con la prometida de tu

hermano en vez de avisarlo de que es una arpía salida.

—Ariel, me gustan las mujeres, ya lo sabes.

—¿Y no había ninguna otra a la que hincarle el diente?

—Sí, sé que no está bien, pero le has mirado las piernas, las tetas, los labios...

—Ya, ya, son demasiadas descripciones para mi estómago ahora mismo, tuve bastante con

examinarle a fondo la tráquea, créeme.

—La verdad es que estuve con una chica no hace mucho y me enamoré locamente de ella —me

confesó Mérida.

—¿Y?

—Y me pidió que fuésemos al cine, a cenar, a bailar, de compras y a la playa.

—¡No sé cómo no la descuartizaste por pedirte esas cosas!

—Ariel, quería que dijese públicamente que éramos pareja, ¿entiendes? No me puedo permitir ese

lujo, si mi queridísima y estiradísima madre se enterase le daría un infarto.

—¿Qué fue de esa chica?

—Pues era mi secretaria y por razones obvias la he tenido que despedir.

—Eres una zorra sin sentimientos, lo sabes, ¿no?

—Piensa lo que quieras pero el mundo no está preparado para que salga del armario.

No estaba de acuerdo con ella, así que empecé a idear un plan. Tenía que volver a casa de los

padres de Mérida a advertir al pobre chaval de que su novia no le convenía y a disculparme por el

malentendido, eso si me dejaban volver a acercarme a más de cien metros de allí. Me vestí y le dije

a mi amiga que quería ir a dar un paseo. Mientras que se duchaba le quité el móvil y busqué el

teléfono de la chica que tenía la alocada idea de mantener una relación formal con ella, y ya de paso

le copié el teléfono del desafortunado hermano.

Primero quedé con Robin en el café de Chip después de darle mucha, mucha caba. El chaval

apareció a los diez minutos, supongo que se pensó hasta el último momento si asistir a la cita con la

violadora. Me senté en la terraza para no tener los ojos del dueño del bar en mi nuca o en mis tetas

todo el tiempo.

—Gracias por venir —le dije cortésmente. Él se sentó y me miró intrigado.

—Si quieres disculparte por lo de la otra noche, no es necesario.

—No quiero pedirte perdón, quería decirte que no tuve nada que ver con el altercado, fui la

víctima. —El móvil comenzó a sonar con número desconocido y le quité el sonido, casi seguro era

de algún banco al que le debía dinero...

—Ariel, te agradezco tus consejos, pero sé de sobra los gustos de mi futura esposa y los respeto.

Es una mujer con poder y dinero, es de la clase que le gusta a mi familia y con eso me basta. —No

podía creer lo que estaba escuchando y el puñetero teléfono no dejaba de vibrar y me estaba

empezando a sacar de quicio.

—Disculpa —le dije— ¿Sí? Mañana haré el ingreso mándeme el número de cuenta por mensaje,

¿Sabe usted que llamar más de tres veces seguidas en cinco minutos está considerado acoso por la

ley? —le informé a mi interlocutor cabreadísima. Después de un largo silencio escuché una pequeña

y familiar risa.

—Y vomitar encima de los pantalones de alguien que va a ayudarla, ¿cómo lo define usted,

señorita? —Bien, otro mini punto para Ariel. Me levanté excusándome con Robin y me fui a un lado

de la terraza donde él no pudiese oírme.

—Lo siento, de verdad, lo siento muchísimo. No fue mi intención, llevaba una mierda de día,

acababa de atropellar a un hombre, me habían robado el bolso, casi me meten presa por acoso y

necesitaba una copa. —En el momento en el que terminé de explicarle mis excusas me arrepentí de

todas ellas.

—Jajajajaja, te vendes muy bien, ¿lo sabes? —me dijo mientras se reía.

—Mejor me callo, ¿verdad? —respondí.

—No, me gusta tu honestidad. Quería preguntarte si te apetece venir a cenar esta noche conmigo.

—Tapé el altavoz del teléfono y comencé a gritar y a dar saltitos y vueltas sobre mí misma bajo la

asombrada mirada de Robin.

—¿Me puedo tomar esas vueltecitas tan graciosas como un sí? —Paré al instante de hacer el tonto

y miré a todas partes, en la acera de enfrente estaba mi querido señor B en el coche con la ventanilla

bajada muriéndose de la risa.

—¿Me está usted espiando, caballero?

—En estos días me he dado cuenta de que te sueles meter en líos bastante a menudo, no te viene

mal que te tenga controlada. ¿Entonces? Nos vemos esta noche en mi loft. Yo cocino, no traigas nada.

Me moría por salir corriendo hacia él, pero Robin seguía flipándolo a tan solo unos pocos metros

de mí. Le dije adiós al señor B con la mano y volví junto al cornudo consentido.

—Perdona, bueno, que yo me entere, ¿sabes que tu esposa es bisexual y que te pone los cuernos

con todo lo que se menea?

—Sí, Ariel, lo sé.

—¿Y eres feliz?

—Digamos que lo admito.

—Bueno, pues entonces no puedo hacer nada más, pero lo que sí te pediría es que vieses la

manera de que tu madre no me ponga una orden de alejamiento. Te deseo lo mejor. —Me despedí de

él y salí corriendo a casa de Mérida a ver qué me ponía. No se puede ayudar a quien no quiere,

contra eso por mucho esfuerzo que ponga no tengo nada que hacer.

—Hola, ¿dónde has estado? —Casi me choco con Mérida cuando entré en su casa.

—Con tu hermano —le dije mientras corría a mi cuarto.

—¿Con mi hermano? —me dijo persiguiéndome.

—Sí, te resumo, sabe que su novia es una zorra, pero lo acepta porque le gusta a tu mamá. En

serio, tenéis que hablar con ella en plan comuna hippie, fumando marihuana y todo eso, y contarle lo

que os pasa o no comeréis perdices en vuestra vida —le respondí mientras sacaba la ropa de las

bolsas y la tiraba al suelo o a donde cayese.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? Me estás asustando —me preguntó Mérida nerviosa.

—¡Tengo una cita con el amor de mi vida, no hay nada que ponerme, mis bragas son anti eróticas y

me he dado cuenta de que tengo pelos en sitios donde no sabía que se pudiesen tener! —le grité.

—¡Para el carro! Te llevo de compras y a un salón de estética para compensarte por el mal trago

de anoche. ¿Trato? —Me lancé a ella y la abracé asintiendo con la cabeza.

Nos fuimos a un salón en los que nada más entrar te ponen una copa de cava en la mano, el sueño

de toda mujer. Comencé a probarme traje tras traje, pero no había ninguno que me convenciese, uno

me hacía muy gorda, otro muy bajita, otro me hacía parecer el muñequito Michelin. Estaba

empezando a desesperarme cuando Mérida entró en el cambiador con un vestido negro de tirantes,

con la espalda al descubierto, y una raja descomunal en la entrepierna. El escote era de esos de los

que caen por su peso formando unas graciosas arruguitas en la tela e insinúan el canalillo, me

quedaba como anillo al dedo.

—¿Tiene bragas a juego? —le pregunté al dependiente y Mérida casi se echa a llorar.

Después fuimos a la pesadilla de toda mujer... El gabinete de belleza olía a flores y a aceites

esenciales de romero y lavanda, había unas velitas encendidas en cada mesa para amenizar el

calvario. Nos metieron a ambas en una habitación aparte y entró una mujer de unos ciento veinte

kilogramos a darme, según ella, el masaje de mi vida. A Mérida le tocó una chavalita de tres cuartas

partes el peso de la mía. Esa mastodonte comenzó a clavar los codos en mi espalda y a amasar mis

kilos de más como si tuviera pensado hacer pizza con mis grasas. Lo peor vino luego. Las mismas

mujeres que nos daban el masaje relajante se ocupaban también de depilarnos. Lilo, que era como se

llamaba la que me estaba dando la paliza del año, cogió un cacharro con cera

caliente y me la estiró

por toda la pierna sin consideración ninguna. Prometo que cuando jaló creí que me estaba arrancando

también la piel a tiras. Cuando creí que lo peor ya había pasado, me sonrió y me dijo que me abriese

de piernas. «Adiós, mundo cruel, no volvería a tener un orgasmo en la vida tras esto». Una vez que se

hubo ensañado conmigo y con mi clítoris como si le hubiese robado el marido o algo peor, se fue

más feliz que una perdiz, canturreando la muy sádica.

—Mérida.

—¿Sí?

—Mírame el toto, por favor. ¿Sigue estando en su sitio? —le pregunté preocupada.

—¿Me estás tirando los trastos, Ariel?

—¡Vete a la mierda! —A continuación nos tocó el momento peluquería, pedí que me hicieran un

recogido alto y que me dejaran unos tirabuzones a ambos lados de la cara. Luego se llevaron más de

una hora dándome una mano de chapa y pintura. Cuando me miré al espejo lo primero que pensé fue

que ni mi madre me reconocería si me viera, me encantaba el resultado. Mérida me dejó en la puerta

del ascensor del loft y me deseó suerte. Conociéndome la iba a necesitar...

El recorrido del ascensor se me hizo eterno, las puertas se abrieron y un olor a dulce, a vino y a

flores llenó mis sentidos. B se acercó a mí, me dio un beso en la mejilla y me acompañó a la cocina.

—Estás preciosa, pero bueno, tú siempre lo estás.

«¡Me lo comooooo!».

Tuve que contener las ganas de desnudarlo, pero creo que después de

nuestro último encuentro me tenía que comportar medianamente bien. Me puso una copa de ese vino

que tanto me gustaba y nos sentamos en el sofá.

—No me parece justo que sepas quiénes son mis amigas, cuándo mato a alguien y dónde estoy en

cada momento y que yo me tenga que conformar con saber tan solo una inicial tuya —le reñí.

—Vamos a jugar a una cosa, una pregunta por otra, ¿te parece? —«Si el que se equivoque se quita

la ropa, acepto», pensé. Me conformé con decirlo para mí misma.

—Las damas primero, por favor.

Me quedé totalmente en blanco, solo podía mirar sus labios, esos jugosos labios que me hablaban

y esos maravillosos ojos que me miraban.

—Me gusta lo de señor B, prefiero seguir llamándote así. ¿Sigues enamorado de tu mujer? —me

arriesgué a romper todo el romanticismo pero tenía que saberlo.

—La he amado con locura, pero desde que te vi por primera vez mis sentimientos comenzaron a

cambiar de tal manera que ahora tan solo quiero estar a tu lado. —Me cogió la mano y me la besó,

acercándome un poco más.

—¿Qué hay de ti? ¿Sigues enamorada de tu libertad? —Esa pregunta sí que no me la esperaba.

—No entiendo a qué te refieres, todos debemos amar la libertad, es lo que nos hace personas, pero

si lo que me preguntas es si dejaría las fiestas por estar con alguien como tú mi respuesta es sí. —Y

esta vez fui yo la que se acercó más a él hasta ponerme a horcajadas haciendo que las costuras de mi

nuevo y carísimo vestido crujiesen. Me miró a los ojos, me agarró la barbilla y me dijo

derritiéndome como un flan:

—Quiero hacer el amor con usted, señorita Ariel.

Se levantó conmigo encima como la última vez que estuvimos en este mismo lugar, pero en esta

ocasión, me puso en pie y me besó. Sus labios jugosos, tiernos y sedosos se unieron con los míos, me

agarró la cabeza y jugueteó con los dedos introduciéndolos en mi pelo. Metió su lengua en mi boca y

al sacarla me mordisqueó el labio inferior. Me sentó en el sofá y se puso de rodillas frente a mí. Con

una habilidad espeluznante bajó la cremallera de mi vestido casi sin que me diese cuenta, acercó su

boca a mi cuello y con los dientes deslizó poco a poco el mini tirante de mi traje hasta dejar los

hombros al descubierto. Me besó cada milímetro de piel que se iba encontrando hasta llegar de

nuevo a mis labios, en esta ocasión el beso fue más ardiente y severo, me gustó el cambio. Se tumbó

encima de mí haciéndome abrir las piernas, apretándose contra mi cuerpo procurando que notase lo

que me deseaba. Me senté y le arranqué la camisa casi a pedazos, necesitaba tocarle, sentirle, olerle,

quería que cada parte de su cuerpo fuese mía, le besé y le mordí el pecho y los hombros, esos

mismos que tanto me había imaginado desde que los vi desnudos en la casa de masajes. Me levantó

con una fuerza sobrehumana y me condujo hasta la habitación colocándome en la cama con cuidado,

como si a estas alturas me fuese a romper. Levanté los brazos y me sacó el vestido tirándolo al suelo,

se quitó el botón de los pantalones y se los bajó lentamente. Usaba unos bóxer negros ajustados que

le marcaban la entrepierna de manera considerable, anunciándome que aquello iba a doler. Me

incorporé para volver a besarlo y él aprovechó para quitar los broches de mi sujetador. Cuando mi

pecho rozó el suyo, sentí como mi vagina comenzó a doler de la presión, rogando que me penetrase

de una vez, nunca en mi vida me había sentido tan excitada. Lamió uno de mis pezones puntiagudos

mientras me miraba y jugueteaba con el otro con los dedos, me sentí como una muñeca de trapo con

la que podía hacer todo lo que quisiese, y yo me iba a dejar hacer sin rechistar. Bajó su mano

lentamente por mi cintura hasta llegar a mis bragas, a continuación la deslizó con sumo cuidado por

el interior de ellas introduciendo dos de sus enormes dedos dentro de mí. Fue la primera vez que

sentí vergüenza por estar tan húmeda, pero no podía evitarlo, él conseguía que mi cuerpo entero se

estremeciese solo con su roce. Con la mano que le quedaba libre me tumbó y jugueteó un poco más

en mi interior haciéndome gemir de placer. Se agachó y me quitó la única ropa que me quedaba

puesta, miré un segundo hacía él y vi cómo ponía su cabeza entre mis muslos. Con sus dedos abría un

poco más los labios de mi sexo, me salivó en el clítoris para lamerlo suavemente con la lengua y

empezó a moverlo rápidamente de un lado a otro. Volvió a introducirme los dedos y a comerse y

juguetear con la pequeña protuberancia de mi sexo hasta que perdí la cuenta de los orgasmos a los

que llegué. Se quitó los calzoncillos y se tumbó encima de mí besándome con fiereza, su boca sabía a

mí sexo y se la comí con ansías, deseaba devorarlo, todo él olía a mi éxtasis. Sin avisarme introdujo

su pene dentro de mí y pude notar sorprendida que el grado de excitación que él tenía era casi mayor

al mío. Aguanté su cintura con las piernas mientras se movía ágilmente hacía delante y hacía atrás

arremetiendo contra mí con todas sus fuerzas, me aguantó las manos a ambos lados de la cama y me

mordió el cuello para silenciar su gemido de placer. Sentí cómo su pene explotaba dentro de mí y

cómo me llenaba de su ser. Nos quedamos un rato en la misma posición, me besaba y me miraba. Yo

por mi parte no podía dejar de observarlo, había sido de las veces que más había disfrutado en la

cama con alguien, solo deseé que no fuese la última, esto era algo a lo que podía llegar a

acostumbrarme. Se recostó boca arriba y me dormí con la cabeza sobre su pecho sosteniendo su

mano.

Capítulo tres y medio

La despedida

Encima de una silla había una cajita de regalos, la abrí y dentro encontré un conjunto de dormir de

seda con la parte de arriba en rosa con bordados negros y el pantalón cortito gris con los mismos

calados, creo que con eso podría pagar dos meses de alquiler. Me lo probé y me quedaba como un

guante. Al principio de la escalera había unas zapatillas con un dibujo de la sirenita graciosísimas,

no pegaban para nada con el resto del vestuario, pero le concedí el capricho y me las puse. Todos los

escalones estaban cubiertos con pétalos de rosas rojas. Cuando llegué a la planta baja el señor B me

esperaba sentado en el sofá con la mesa puesta.

—Buenos días, princesa, ya creí que tendría que ir a besarte para que te despertaras —Se levantó,

me agarró por la cintura y me dio un largo beso en los labios que hizo que me estremeciese de nuevo.

—¿Te quedan bien el pijama y las zapatillas? —me dijo mirándome de arriba a abajo con tono de

guasa.

—Sí, ni yo lo hubiera escogido mejor. Que sepas que me pienso llevar las zapatillas a casa para

darle envidia a Mérida —le contesté. Le miré a los ojos y no pude contenerme, esta vez fui yo quien

le besé, metí mis manos por debajo de su camiseta y toqueteé los músculos de su abdomen,

intentando no volverme loca mientras lo hacía. Me sentó en el sofá y quitó con cuidado los lazos que

aguantaban las tirantas de la parte superior de mi nuevo pijama. Cuando ya pensé que el desayuno lo

comeríamos frío, el teléfono empezó a sonar de manera insistente.

—Lo siento, tengo que cogerlo, es el tono de casa —se disculpó a la vez que se ponía al aparato.

—¿Cuándo? ¿Cómo ha sido? Voy inmediatamente. —Dijo alterado, colgó el móvil y se sentó a mi

lado cogiéndome la mano.

—Tengo que dejarte, era mi esposa, me ha dicho que mi hijo ha empeorado y tengo que estar junto

a él, Ariel. —La angustia llenaba todo el loft.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Si eres buena detective, encuentra al padre biológico de mi hijo y así podremos salvarlo. Mi

mujer sigue viviendo en su engaño y no quiere reconocer que el niño no es mío. Solo un órgano

compatible con él puede salvarlo y, como ya sabes, los míos no le sirven. Lo que pasa es que ella

preferiría que mi pequeño se muriese antes de reconocer que vivimos un teatro desde hace mucho

tiempo. Iré e intentaré hacerla entrar en razón. Por favor, no te metas en líos, esta vez no estaré cerca

para ayudarte. ¿Me lo prometes? —Me cogió las manos y me miró fijamente mientras me lo decía.

«Ya estaba sufriendo bastante como para tenerse que preocupar también por

mí», pensé.

—Te prometo que no probaré una gota de alcohol sin que tú estés y que no mataré a nadie más.

Lláname en cuanto sepas algo. Si quieres que indague, lo haré —le prometí.

—Si veo que la cosa se pone muy fea, te llamo, pero mientras tanto no hagas nada. Muchas

gracias, Ariel.

—¿Por qué?

—Por devolver la ilusión a mi vida con tu sonrisa.

Regresé a casa de Mérida con mis preciadas zapatillas en una bolsa como la que lleva unos

zapatos de cristal y temiese que se fueran a romper y la cara de tres metros de largo.

—¿Problemas en el paraíso? —preguntó Mérida cuando me vio entrar.

—Se ha tenido que ausentar un tiempo, su hijo está gravemente enfermo y quiere estar con él por lo

que pueda suceder... —le respondí. Me senté en el sofá, abracé las zapatillas de la sirenita y me

quedé todo el día allí con el móvil al lado viendo series estúpidas en la tele, esperando una llamada

que nunca llegó. Al día siguiente Mérida me obligó a separarme del sofá y me hizo soltar mis

preciosas zapatillas del pez payaso.

—He pedido el día en la oficina, soy toda tuya.

—No me apetece hacer nada, en serio, Mérida, diviértete tú.

—Pues sí que te ha llegado hondo el señor desconocido ese. Oye, tengo una pregunta, ¿no será un

acosador de esos raros? ¿Te has parado a pensar cómo sabe dónde estás en cada momento y quiénes

somos tus amigas y todo lo demás?

La verdad es que estos últimos días había hecho algo que nunca hacía, guiarme por mi corazón.

Sus palabras me hicieron recapacitar por un momento. ¿Realmente qué sabía de él? Aparte de que

era el mejor amante que haya existido, que era atento, cariñoso, que se preocupaba por mi bienestar,

era rico, guapo, educado y, si me paraba más tiempo a pensar, podría seguir así durante horas.

—Tengo una idea —me dijo Mérida sacándome de mis pensamientos.

—No pienso espiarle ni nada parecido.

—Vale, prometo que no nos acercaremos a él ni a sus cosas. Vístete, vamos a ver a una amiga mía

y si no sirve de nada al menos habré conseguido que quites esa cara de acelga.

Le hice caso para no tener que seguir escuchándola. Después de una hora de viaje llegamos a un

pueblecito de costa, me encantaba el olor a la sal del mar, me traía buenos recuerdos. Una vez en las

afueras del pequeño poblado dimos con una casita de madera rodeada por una valla bajita a modo de

frontera entre el lugar y el resto del territorio. Aparcamos y antes de entrar en la propiedad Mérida

me paró poniéndome la mano en el pecho.

—¿Crees en las brujas?

—¿En qué tipo de brujas, en las de Blanca Nieves o en las de Salem, Mérida?

—Mmm, digamos que en una mezcla de ambas. De las que tienen fama de convertir a las personas

en osos. Bueno, no importa, tú abre la mente y no la lées, por favor.

Mi peculiar amiga llamó a la arcaica puerta que teníamos ante nosotras y esta para mi sorpresa se

abrió sola. Entramos en silencio, aquello estaba empezando a acojonarme. Sentada en un butacón

antiguo había una mujer de más de ochenta años con la mirada perdida que no tuvo reacción alguna al

vernós entrar, ni siquiera nos miró. Mérida me tiró de la mano e hizo que me sentase frente a ella en

una silla más baja que la de la señora.

—Madame, hemos venido a preguntarle —comenzó a decir Mérida con voz temblorosa. Ahora era

cuando yo debería recordar qué cojones estaba haciendo allí.

—No hace falta que me digas nada, acompáñame a la mesa, pequeña Ariel — la vieja se levantó

con dificultad y alargó la mano huesuda para que se la sujetase y la acompañase a otro lugar. Al final

del salón había un pequeño pasillo oscuro, entramos y justo detrás de mí la puerta se cerró de golpe

dejando a mi amiga al otro lado y a mí a solas con la abuela de Drácula. Accedimos a un dormitorio

pequeño con una mesa de camilla redonda vestida con un mantel negro y una bola de cristal encima.

La señora se sentó y me hizo señas para que hiciese lo mismo al otro lado. Chasqueó los dedos y se

encendieron unas velitas alrededor de nosotras. Estaba alucinando, sabía de sobra que aquello era un

truco, pero era uno realmente muy bueno, desde luego.

—Estás enamorada y te da miedo esa sensación, ¿no es así?

—Eso no es raro en una mujer —bromeé.

—Él no es malo, pero te esconde un gran secreto, un secreto que hará que pases los peores días de

tu vida y que pierdas la fe en el resto de personas que te rodean. Ten cuidado, debes escoger si

seguir adelante o si retirarte ahora que todavía estás a tiempo. —La vieja de los cojones me estaba

dando pavor. Puso los ojos en blanco mientras yo me quedé embobada mirando fijamente la bolita de

los huevos. La señora estaba medidísima en su papel de médium, que no terminaba de creerme del

todo, aunque sí que era cierto que hasta ahora estaba acertando todo lo que me decía, ni Sherlock

Holmes hubiera sacado tanta información solo con verme. La bolita me llamaba, era esa clase de

cosas que necesitas tocar y saber si es fría o caliente. Acerqué el dedo lentamente, le di un chipilín

con el dedo índice y salió una especie de destello de su interior. La vieja no se dio cuenta, ella

seguía con su cantinela de: «Ten cuidado, te romperá el corazón» y cosas similares. La paciencia

nunca fue mi fuerte, pero la curiosidad sí que lo era, volví a acercar la mano a la circunferencia e

intenté levantarla de la mesa. Estaba como pegada, o era por la mierda que tenía el lugar o porque

había alguna especie de dispositivo adherido a ella debajo de la mesa. Me incorporé un poco, la

agarré y tiré con fuerza de ella hasta que me traje la pelota de cristal de las narices hacía mí. Me

senté de culo al soltarse lo que la sujetaba, la destartada silla, los años que tenía y mi peso no

ayudaron en nada y al dejar caer mi peso sobre ella se descuajaringó, haciéndome caer al suelo bola

en mano incluida. Por lo visto estaba unida a una especie de cables que volaron en mi dirección en

forma de látigos y uno de ellos fue a golpear a la anciana en la cabeza dejándola inconsciente y tirada

en el suelo. Salí corriendo en busca de ayuda.

—¡¡Mérida, por tu madre, ven, corre!! —le grité. Ella llegó a los pocos

segundos y se encontró a

la mujer tendida con un pequeño charco de sangre junto a su cabeza y a mí con el arma homicida en

las manos.

—¿Qué cojones has hecho?

—¡Nada, nada, lo juro, llama a una ambulancia! Ha sido un accidente. Yo quería descubrir el truco

del cacharro este y, sin querer, me traje los cables que debían de estar anclados al suelo. Al soltarse

uno de ellos le atizó en el coco —Intenté explicarme, pero hasta a mí me resultaba increíble.

—Cógela por los hombros, vamos a llevarla al coche, una ambulancia puede tardar horas en

llegar.

—Yo por las piernas, que me da miedo la cabeza —le pedí.

—¿Quién ha sido la que se la ha cargado?

—No la he matado y si tú no me hubieses traído a hacer el tonto yo no lo hubiese hecho —susurré.

—¿Por qué hablas bajito? Está casi muerta, no dormida. A ver, quita, yo la cojo por los hombros.

—Me pegó un empujón y sostuvo la cabeza de la pobre mujer mientras yo la sujetaba por las piernas.

La pusimos como pudimos en el asiento trasero recostada, Mérida se montó rápidamente y arrancó el

coche. Yo di un portazo fuerte, pero me di cuenta tarde de que las piernas de la mujer continuaban

por fuera del vehículo y que se las había pillado con el portazo.

—¡Mi madre, perdón, señora, perdón!

—¿En serio, quieres descuartizarla a golpes? ¡Coño, ten cuidado!

—Estoy nerviosa, ¡¿vale?! —le doblé las amoratadas piernas y cerré, ahora sí, con delicadeza la

puerta. Volamos hasta el hospital más cercano y metimos a la mujer por urgencias. A las dos horas y

un paquete de cigarrros después, un médico se apiadó de nosotras y nos llamó para informarnos.

—¿Son las familiares? —Mérida dijo que sí y yo que no a la vez, dejando con cara de estúpido al

doctor.

—Estábamos con ella cuando se desmayó, es lo que queremos decir —explicó mi amiga, porque

lo que era yo casi no podía articular palabra.

—Pues ha tenido suerte de que estuvierais con ella, ha sufrido un infarto.

—¿Y el golpe en la cabeza y la sangre? —pregunté boquiabierta.

—Supongo que se lo hizo al caer al suelo. Pero, no os preocupéis, se recuperará. —Suspiré

aliviada, me iba a costar trabajo justificar dos asesinatos en una semana y media. Nos largamos

corriendo de allí y cuando nos montamos en el coche Mérida me miró y me

preguntó.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—¿Qué te ha dicho la vieja, es de fiar?

—¡Vete a la mismísima mierda! —le grité.

—¡Joder, qué susceptible, tampoco ha sido para tanto! —Entonces oímos a humo y algo

chisporroteó en el asiento de atrás. Nos miramos y giramos la cabeza, la bola debía de tener una

batería adicional y al mezclarse con la sangre había comenzado a arder.

—¿Para qué coño te has traído eso?

—¡Yo qué sé, la llevaba en el sobaco, no me dio tiempo a soltarla! — le volví a chillar. E hice lo

único que se me ocurrió en ese instante para que las llamas se apagaran, me quité la camiseta y

comencé a darle golpes al sillón, creando más oxígeno y ayudando al fuego a extenderse por el resto

del asiento hasta llegar a nosotras. Nos bajamos rápidamente del vehículo y nos alejamos unos

metros, hasta que me choqué con algo. Me di la vuelta en sujetador y llena de hollín y allí estaba

delante de mí mirándome incrédulo mientras el coche ardía frente a nosotros.

—No sé si prefiero no preguntar qué os ha pasado —Suspiré profundamente, Mérida estaba

mirando fijamente cómo su flamante descapotable rojo se veía consumido por las llamas sin poder

hacer absolutamente nada. El señor B se quitó la chaqueta y me la puso por los hombros. Lo abracé y

comencé a lloriquear como una niña chica.

—Te prometo que no he bebido ni una gota de alcohol. Había una vidente que tenía una bola,

intenté quitarla de la mesa, los cables le dieron en la cabeza, se cayó al suelo, la trajimos aquí, le dio

un infarto y la bola comenzó a arder y... —Me tapó la boca con sus dedos y me llevó hasta su pecho

para intentar calmarme.

—¡Ariel, eres una catástrofe personificada! —me gritó Mérida, que tenía el teléfono en la oreja y

estaba llamando a los bomberos para que apagaran lo que quedaba de coche, mientras tosía. Cuando

llegó a mi lado se percató de la presencia del señor B y se quedó un poco bloqueada.

—¿Y tú eres? No, no me lo digas, el culpable de todo esto, ¿verdad? —Él sonrió y asintió con la

cabeza.

—Quédate con la chaqueta, ¿estáis bien?

—Sí, todo lo bien que se puede estar —contestó Mérida por las dos. Él se agachó y me dio un

pequeño y discreto beso en los labios, las sirenas se escuchaban cerca.

—Tengo una cita con el médico de mi hijo. Luego te llamo, no te metas en más líos. Mérida —la

llamó—. Intenta mantenerla con vida por mí. —le guiñó un ojo y se fue corriendo al interior del

hospital.

—Si me gustasen los hombres deberías estar preocupada porque te lo quitase. ¡Está que te cagas!

Los bomberos apagaron el incendio, pero toda la carrocería quedó calcinada. Mérida llamó a una

amiga que tardó unos cinco minutos en llegar a recogernos. En el camino de vuelta a su casa ninguna

de las tres dijimos nada. Yo estaba feliz por tener encima una prenda de mi amado que me embargaba

de su aroma. Y Mérida y la desconocida permanecieron misteriosamente calladas. Una vez en la casa

las tres nos quedamos sentadas en el salón mirándonos las unas a las otras.

—¿Es por ella, verdad? —terminó diciendo nuestra improvisada taxista.

—Venga ya, por favor. ¡Ahora no!

—Claro, no es el momento, para ti nunca es un buen instante. ¿Tú eres la mujer por la que me ha

dejado? —me preguntó irritada mirándome de arriba abajo. «A ver, ella estaba bastante bien de

físico y eso, casi mejor que yo, pero yo era más mona, ¿eh?».

—No, a ella no le gustan las mujeres Anna, es solo una amiga, ¿puedes entender ese concepto?

—Hola, me llamo Ariel y tú debes de ser la secretaria de la que está enamorada la burra esta. —

La cara de sorpresa de Anna y a la vez de sorpresa de Mérida no tuvieron desperdicio.

—Ariel, esto no es cosa tuya, no te metas —me advirtió Mérida, quien estaba comenzando a

enfadarse.

—Sí, por favor, métete, Ariel —me pidió la pobre muchacha.

—Anna, Mérida tiene una madre que es tonta del culo y está consiguiendo que sus hijos sean

ejemplos a seguir si quieres ser una infeliz profunda. Aquí mi querida y capulla amiga está locamente

enamorada de ti, es solo que le faltan huevos para decírselo al mundo —le expliqué y me quedé un

montón de a gusto.

—¿Es eso verdad? —Anna la miró a los ojos y Mérida intentó desviarlos, pero ella se puso a su

lado, le cogió la barbilla y volvió a preguntarle.— Mérida, ¿me quieres?

—Claro que te quiero, estúpida. —Y entonces Anna la besó lenta y profundamente, ese beso fue

una indirecta para que me encerrase en mi dormitorio y pusiera la música de mi móvil alta si no

quería escuchar cosas indebidas. Me quedé dormida con el teléfono en la mano, las zapatillas en la

cabeza a modo de almohada y la chaqueta puesta como si fuese un pijama.

Capítulo cuatro

La vida de Jasmine

Me daba un poco de miedo meterme en el mundo de Jasmine, pero la curiosidad podía conmigo.

Mérida me repitió un centenar de veces que no tenía firmado ningún contrato, que era un pacto hecho

por seis borrachas en un bar y que ante la ley quedaba anulado. Lo cierto es que me lo pensé durante

toda la noche, la misma que me pasé enterita escuchando gemidos y grititos de reconciliación.

A las doce, como habíamos estipulado, Jasmine estaba en la puerta de Mérida en una limusina

negra esperando a que bajase. Una cosa estaba clara, si quería impresionarme, lo había conseguido y

con creces. Me subí con miedo, los cristales eran tintados y no sabía muy bien qué me encontraría

dentro.

—¿Preparada para vivir una semana en mi vida? —Jasmine estaba en el interior vestida con una

gabardina negra y una coleta alta, era tan morena y tan delgada que casi se mimetizaba con el asiento.

Asentí y preferí no decir nada hasta ver primero a qué me atenía.

Llegamos a una mansión parecida a la de Blanca, la rodeaban unos muros altos y grises, todo

estaba lleno de jardines con esculturas y césped. Justo al lado de donde

aparcamos había una enorme

fuelle con una estatua de una mujer desnuda que se asemejaba muchísimo a Jasmine, esta en la mano

llevaba una especie de jarrón y de él salía el agua que llenaba la fuente, podría medir más de un

metro y medio de alto. La parte alta de la casa estaba cubierta por unas bóvedas en vez de por un

tejado convencional y las ventanas eran o medias lunas o semicírculos. La vista era asombrosa, eso

era indudable. Una vez en el interior mi boca casi llegó al suelo cuando vi todos los suelos de

mármol blanco reluciente, si hubiese llevado falda cualquiera podría haberme visto las bragas

reflejadas en él. Una gran escalinata dividía la planta baja en dos partes, nosotras nos fuimos a la

parte de la derecha y entramos en un gran salón presidido por una chimenea adornada por una

vidriera de azulejos azules. Los sillones no tenían patas, eran pufs puestos en el suelo de manera

ordenada. Todo el lugar olía a sándalo y a romero, mezclado con otras hierbas aromáticas que no

podía distinguir.

—¿Quieres que te muestre tu dormitorio antes de irnos a trabajar? —me preguntó Jasmine. Lo de

irnos a trabajar me tenía cagadita de miedo.

—Sí, perfecto —respondí.

—Un criado subió mi maleta y me abrió la puerta de un dormitorio en la segunda planta. Casi me

desmayo al entrar. Tenía una cama redonda, con un espejo en el techo, ¡como las de las películas

porno! A pocos metros de esta a ras de suelo había un jacuzzi lleno de agua y de pétalos de rosas.

«¿Dónde tenía que firmar para quedarme a vivir aquí?». Pegado a una pared había un frigorífico con

la puerta acristalada lleno de bebidas y de champagne. Creí que había muerto y aquello era el

infierno, porque en el cielo no se podía vivir tan bien, de eso estaba segura.

—Ponte cómoda y en una hora salimos, ahora pediré que te traigan la ropa —
Me dijo Jasmine. Yo

todavía tenía la boca abierta de par en par, así que tan solo pude asentir como una estúpida. Una vez

que se hubo marchado del cuarto, salí corriendo al jacuzzi y le di a un botón que encontré a un lado,

de pronto, se encendieron unas luces en su interior y aquello comenzó a soltar chorritos y el agua

empezó a calentarse. Me quité la ropa rápido y me metí dentro, no sin antes desvalijar el frigo y

echarme una copa de cava. Sé que prometí que no iba a volver probar el alcohol si B no estaba

conmigo, pero mis nervios necesitaban serenarse sí o sí. Me encendí un cigarro y me quedé allí

metida hasta que los dedos de mis manos y mis pies comenzaron a parecer garbancitos y mis huellas

dactilares casi no se veían. Entonces alguien llamó a la puerta.

—Señorita, le traigo su ropa. —Una mujer entró, sin mirarme colocó cosas encima de la cama y se

fue sin levantar la vista del suelo.

Me puse una toalla que tenía al lado y fui a ver de qué me tocaba disfrazarme esta vez. Cuando

extendí la ropa sobre la cama no di crédito a lo que veían mis ojos. Era un mono de cuero enterizo

sin mangas, espero que esto trajese vaselina o se lo iba a meter Pepito grillo. Las bragas eran un mini

tanga y por lo visto el sujetador lo habían olvidado. Todo esto iba a juego con unas botas de tacón de

aguja de las que hace falta bastón para poder caminar unos pasos con ellas. Suspiré y me coloqué

aquel ridículo atuendo, era la una de la tarde, dónde pretendía esta mujer ir conmigo así vestida

exactamente. Me miré en el espejo y comprobé que no me quedaba nada mal. Esta tela escondía los

michelines de escándalo y me hacía parecer mucho más delgada, el problema sería cuando me lo

quitase...

—¿Estás vestida? —Jasmine entró en el cuarto y me miró— Siéntate que te peine yo mejor, tú eres

una calamidad —Me hizo un moño en menos de un minuto con una gomilla y tres palillos chinos, sin

que se me moviese ni un pelo.

—¿Dónde vamos? —le pregunté un poco asustada.

—Pues hoy me toca ir al pub clandestino que regento, está en otra ciudad, diremos que eres mi

nueva pareja y así nadie te molestará, no te preocupes. —«¡Ah, nada, entonces perfecto, si me hacía

pasar por lesbiana ya era cascarón de huevo, me estaba empezando a arrepentir de haber aceptado

venir!».

Entramos en un polígono industrial lleno de naves cerradas. En un rincón escondida había una con

un gorila enorme en la puerta, en la oreja llevaba un pinganillo de comunicación y gafas de sol al más

puro estilo *Men in black*, que la diferenciaba de las demás naves. El hombre se acercó corriendo al

lujoso coche y cuando Jasmine salió la agarró del brazo y nos condujo al interior. Antes de entrar, el

mastodonte me pidió amablemente que le dejara el teléfono, asegurándome que me lo devolvería al

salir.

Me costó que mis pupilas se habituaran al cambio de luz, menos mal que tenían una tele gigante en

la pared de enfrente que emitía una película porno con los colores bastante

claritos. Debajo de la

pantallita, estaba el mostrador de lo que a primera vista parecía un bar, con las típicas estanterías

llenas de bebidas alcohólicas. Los ojos se me pusieron como platos al ver la parte del bourbon,

necesitaba urgentemente un chupito, aunque tan solo fuese uno. No estaba preparada para seguir

viendo pitos en tamaño xxl sobre mi cabeza, ni escuchar gemidos con sonido envolvente sin siquiera

un café en el estómago. A mi derecha había una enorme cristalera que separaba el sitio en dos, la otra

parte a donde yo me encontraba estaba llena de hombres de todas las edades, había el típico chavalín

con granitos en el rostro y cara de salido, unos hombres maduros jugando a los dardos, otros cuantos

estaban sentados en unos sofás bebiendo y fumando, en total habría unos quince hombres allí

reunidos como los que están en la sala del médico. La barra continuaba hasta esa zona y en ella

atendía una muchacha con poca ropa y unas orejas de conejita puestas en la cabeza. Aproximé la

nariz al cristal y me di cuenta de que era de esos espejos como los de las salas de interrogaciones de

las comisarias, de los que tú ves para el otro lado pero ellos simplemente contemplan su reflejo.

Me acerqué a la barra, encendí un cigarro y le pedí al camarero de mi lado una

copa. Cuando me

miró me derritió, no llevaba camiseta, su única ropa era una minúscula pajarita roja con purpurina y

unos pantalones de cuero negro, demasiado ajustados para que este pobre pudiese tener

descendencia. Prefiero no imaginarme donde tenía escondidos los huevos. Los músculos de su pecho

te llamaban para que los tocases y en su abdomen podría lavar todos los vaqueros de mi armario

mejor incluso que en la lavadora. «¡¡Dios mío, cómo estaba el muchacho!!». Me sirvió la copa, me

rozó la mano con dos dedos, me sonrió y me guiñó un ojo. Creo seriamente que he muerto en el

incendio del coche, en serio...

Me aparté de él copa en mano, para no cometer ninguna locura y me situé al lado de Jasmine, quien

estaba hablando con otras chicas, con vestimentas similares a las nuestras con la diferencia de que

estas usaban máscaras. No comprendo lo de ocultar la cara, tampoco es que nadie haya visto en su

vida una peli porno.

—¿Quieres que te enseñe el resto del bar? —me preguntó Jasmine.

—Claro, por qué no. —No creo que haya nada más fuerte que lo que ya estaba viendo, no vi

problema alguno por ver las instalaciones.

Entre la pared y la cristalera había una cortina negra que daba a un pasillito, entramos y el cambio

de luz hizo que otra vez no viera un pimiento, todo estaba oscuro, la única iluminación que tenía

aquel estrecho pasillo era una bombillita roja en el techo a más de dos metros de altura. Fui tocando

las paredes para no caerme con esos dichosos tacones, cuando de repente algo blandito y pegajoso

me rozó la mano dándome un asco increíble. Me agaché un poco para ver de qué se trataba e intenté

agudizar algo más la vista, la pared negra estaba llena de boquetitos redondos separados entre sí por

un metro y medio de distancia más o menos, me quedé un poco bloqueada, ¿para qué puñetas serían

esas cosas? Anduve un poco más y vi que algo se movía en el interior del segundo orificio. Me

incliné y miré dentro pero justo entonces una cosa rosita que parecía un gusano salió y me dio en todo

el ojo, del susto se me cayó el vaso al suelo haciéndose añicos, me caí hacia atrás y me quedé

sentada de culo. Jasmine se giró al escuchar el ruido y me ayudó a levantarme. El ojo me escocía y

me dolía a rabiar. Jasmine me sacó de allí rápidamente y me llevó al servicio para que me limpiase

con agua.

—¿Qué coño era eso? —le grité mientras me echaba bastante agua en mi ojito.

Jasmine tenía un

ataque de risa y no podía contestarme. Cuando logré abrirlo con mucho cuidado lo veía todo nublado.

Ella estaba en el suelo del servicio sentada, desternillándose a mi costa. Se levantó como pudo

agarrándose al lavabo con una mano y aguantándose la barriga con la otra. ¡Yo por mi madre que no

entendía absolutamente nada!

—Un pene acaba de hacerte diana en el ojo equivocado —me dijo tan pancha y siguió llorando de

la risa. Mi cara se puso de colores y regresé a inundarme el globo ocular hasta que se ahogase. Al

rato salí empapada del baño y regresé a la barra en busca del camarero macizo. Todos los allí

presentes me miraban el ojo colorado y sonreían, por lo visto en el infierno las noticias también

vuelan.

—Un burbon doble —le ordené al chico, que esta vez no se atrevió a rozarme.

—Ariel, nunca has estado en un bar de intercambio, ¿verdad? —me preguntó Jasmine mucho más

relajada, para su suerte, porque juro que si se volvía a reír le iba a estampar el vaso en la cabeza.

—¿De intercambio de qué?

—De intercambio de parejas. Te acabaré de enseñar el lugar, pero esta vez sígueme y no metas las

narices en ningún hueco, jajajaja. —«Juro que la mato».

Continuamos en la primera planta, la seguí por otro pasillo, este bastante más iluminado que el

anterior y, gracias al cielo, sin orificios. Contaba con bastantes puertas a ambos lados. Abrió una y vi

que dentro había un montón de colchones tirados en el suelo formando una hilera, en otra había una

barra de las de *striptease* y una silla, en otra un tapiz en el suelo y un baúl abierto lleno de cosas

como las que me encontré en el sótano de la casa de masajes. Salimos a un patio con arbolitos,

césped y en medio una gran piscina de agua caliente con chorritos como la de mi dormitorio.

—¿Te apetece un baño? —me preguntó.

—¿Y quedarme embarazada al meter el dedo chico del pie? Gracias, pero paso.

Tocó un timbre y apareció el apuesto camarero con dos copas más. Nos sentamos en unas

tumbonas y estuvimos un rato calladas mirando el cielo.

—¿Qué haces aquí, Jasmine? —me atreví finalmente a preguntarle.

—Ayudar a la gente que no tiene pareja o que posee gustos estrafalarios y no quieren que el mundo

lo sepa. Aquí guardamos los secretos de nuestros clientes y, en definitiva, gana pasta.

—No me refiero a eso y lo sabes.

—Todas no tenemos la suerte de ser alcohólicas o de tener un marido que nos pegue, ¿sabes? El

mío se pasa los meses viajando en busca de antigüedades, no recuerdo cuándo fue la última vez que

me tocó, creo que siempre he sabido que no le gustan las mujeres y que se casó conmigo simplemente

por mi dinero, pero es algo que he aceptado hace años. Ahora me divierto a mi manera y encima me

sigo haciendo más rica.

—Jasmine, hay personas que son tan pobres que tan solo tienen dinero. —Me dio mucha pena

escucharla, pero en esta ocasión no sabía que otra cosa hacer. Un grupo de hombres y de mujeres se

desnudaron delante de mis narices, se metieron en el jacuzzi y comenzaron a comerse los unos a otros

sin hacer distinción de sexos.

—Vayamos a la zona vip. —Miedo me daba ver esa zona...

Subimos unas escaleras y dimos a una especie de balcón gigante desde el que se divisaba todo el

bar desde arriba. Cada vez había más hombres en la parte izquierda y un montón de mujeres

escogiendo su presa a la derecha mirando a través del cristal. Realmente aquello era una locura. En

medio de donde nos encontrábamos había una gran cama redonda envuelta por una mosquitera

descomunal que la cubría permitiendo ver su interior. Me giré y me apoyé de nuevo en la

balaustrada. ¡No podía creer lo que veía! Chip estaba en la barra coqueteando con la pobre

camarera, que comenzaba a tener cara de nutria, de la lata que le estaba dando el coñazo baboso.

—Ariel, tengo que ir a trabajar un rato y a hacer de relaciones públicas. Estás soltera, no tienes

que rendirle cuentas a nadie, ánimo a probar. —Me dejó allí sola mirando el panorama, vestida de

catwoman, con un ojo medio a la virulé.

Estaba cansada y me encontraba totalmente fuera de lugar en ese sitio, me sentía incómoda cada

vez que alguien pasaba por mi lado. No sé exactamente qué diantres hacía allí. Fui a buscar a

Jasmine. Al fin la encontré en la sala de sadomasoquismo atareadísima pegándole un señor repaso a

un gordo con cara de salido. En serio, no sé cómo puede hacer esto todos los días. Me volví a la

barra y me senté cruzándome de brazos y mirando fijamente a las botellas, para no centrarme en

nadie y que se creyese que quería tema...

—¿Aburrida? —El señor pajarita intentaba entablar conversación.

—Un poco. ¿Crees que le queda mucho a Jasmine?

—Acaba de empezar y tiene una lista de espera de cuatro tipos más. Estimo

que hasta la noche,

casi seguro.

—¡Qué guay! ¿No tienes la de la Casa de la Pradera? Creo que estoy teniendo un *deja vú* con esta

película y la anterior, lo único que cambian son las caras —bromeé y él me sonrió, el chico tenía una

bonita sonrisa.

—Me llamo Jim. Me toca salir a comer un rato, ¿quieres que te lleve a alguna parte? —me

preguntó amablemente.

—Hola, soy Ariel —me presenté—. La verdad es que me gustaría estar en cualquier sitio, menos

aquí.

—Dame cinco minutos que me cambie, creo que así lo mismo llamo un poquito la atención fuera

de aquí —Regresó a los pocos minutos con unos vaqueros y una camiseta de algodón, las mangas

casi no soportaban la presión de sus bíceps. Hasta vestido estaba para mojar pan y encima era

simpático. «Señor B, esta no te la perdono, como no merezcas la pena lo busco y me lo como con

pajarita y todo».

Le pedí mi móvil al grandullón y le dejé encargado que avisase a Jasmine de que regresaba a la

casa. El guapito me dio un casco negro de los quita multas y se subió en una moto de carreras

enorme, casi tengo que pedirle al portero que me ayudase a subir. Una vez encima me vi en la tesitura

de dónde sujetarme, estaba nerviosa e incómoda de nuevo, me daba que esta semana sería así al

completo.

—Agárrate fuerte a mi cintura, no tengo mucho tiempo y la casa de la señora Jasmine está bastante

lejos de aquí —me aconsejó. Me aferré a él aprovechándome un poquitín de las circunstancias,

después de todo el señor B estaba casado y no tenía ni idea de si me estaba siendo fiel o no. Bien, de

acuerdo, estaba casi segura de que no hacía nada malo, pero ni se iba a enterar nadie, ni yo estaba

cometiendo ningún delito al fantasear con Jim.

El chico estaba duro como una piedra, en otras circunstancias no se me hubiera escapado, pero no

podía dejar de sentirme culpable y como una completa zorra con tan solo tener furtivos pensamientos

eróticos con él. Estaba demasiado absorta en mi debate interno y no me di cuenta de que nos

detuvimos en un semáforo en rojo. Llevaba la cabeza apoyada contra su espalda, la camiseta había

estado ondeado en el trayecto debido al viento y mis manos ahora se agarraban directamente a su

piel, mi cuerpo se excitó al imaginarme a ese adonis encima de mí penetrándome. Abrí los ojos y

justo en el coche de al lado estaba el oportuno señor B con cara de asesino, mirando al morenazo y a

mí, con esas pintas, metiéndole mano al guapito, con cara de satisfacción. Me solté rápidamente

cuando lo vi, él giró la vista de nuevo al frente y aceleró derrapando un segundo antes de que el

semáforo se pusiese en verde. Mi conductor arrancó también la moto de improviso e hizo que

perdiera el equilibrio y me caí al suelo de lado casi con la moto parada, con la mala suerte de que el

dichoso tacón se me quedó enganchado en el cinturón de sus vaqueros y fuimos los dos a darle un

besito al asfalto.

La moto rodó chocándose contra el acerado y se quedó a unos pocos metros de nosotros volcada.

Mi pie estaba aún asido al pantalón del pobre desgraciado que me estaba haciendo de taxi y de

pronto noté un dolor horrible en el tobillo. Jim se quitó el cinturón e intentó ayudarme a levantarme.

—¿Estás bien, te has hecho daño? —me preguntó el muchacho preocupado. La verdad es que sí,

pero en mi orgullo más que nada y en el desasosiego de que el señor B no volviese a llamarme

jamás. Jim me sostuvo por el brazo y me levantó, pero cuando fui a dar un

paso y apoyé el pie

dolorido casi me vuelvo a caer de narices.

—¡Lo siento muchísimo, se me olvidó decirte que estabas llevando a la persona con más mala

suerte y más torpe del planeta! —me disculpé.

—No pasa nada, no te angusties, la moto está asegurada a todo riesgo, pero mucho me temo que tú

no. No puedes andar, te has doblado en tobillo. Siéntate aquí un momento. —
Me dejó en el bordillo,

puso la moto en pie, volvió a recogerme y me subió de nuevo.

—Esta vez, recuerda que me has conocido en un bar de intercambio de parejas y agárrate fuerte,

me estaban empezando a gustar tus cosquillas disimuladas en mi barriga. —
Menos mal que el chaval

no me estaba mirando porque podía notar como en ese instante mi cara comenzaba a parecerse

bastante a la de un Gusiluz. Me sujeté tal y como me dijo pero en esta ocasión procuré que mis

hormonas se estuviesen quietecitas.

Cuando llegamos a la gran mansión Jim me ayudó a llegar cojeando hasta el salón y me sentó en

uno de esos incomodísimos pufs del suelo. Llamé a Jasmine para contarle lo ocurrido y ella me pidió

que le pasase el teléfono a Jim, quien asintió a todo lo que le dijo mientras me sonreía.

—Bueno, me has alegrado la tarde —me dijo divertido—. Me han nombrado cuidador oficial de

la señorita patosa. Quítate ese mono, a ver qué tan malo es lo que te has hecho.

—No es necesario, en serio, puedo estar sola sin quemar la casa ni nada de eso hasta que Jasmine

regrese, te lo prometo —le contesté e intenté ponerme en pie y demostrarle que estaba bien, pero

entonces perdí el equilibrio y si no hubiera sido porque me detuvo la mesita de cristales que estaba

delante de mí habría ido a darme contra el suelo de nuevo. Me miró y sin pensárselo dos veces me

levantó en peso y me cogió en brazos como quien acuna a un bebé. Creo que ahora sí que grana es

poco para definir el tono de mis mejillas.

—¿Me indica la señorita dónde están sus aposentos o voy a tener que adivinarlo solito puerta por

puerta? —me preguntó. Le indiqué que subiera los escalones y una vez en mi cuarto me sentó encima

de la cama redonda y se quedó unos segundos mirándolo todo.

—¿Se puede saber a quién has matado para conseguir esta habitación? —me dijo bromeando, pero

lo que él desconocía es que realmente sí había tenido que matar para estar aquí... Necesitaba una

copa después de esta reflexión y mi vista se dirigió instintivamente hasta el frigorífico de mi derecha.

—¿Te importaría echarme una copa de algo fuerte que haya dentro de esa cosa? —le pedí a Jim,

quien rápidamente sacó una botella de vino rosado, dos copas y se sentó a mi lado.

—Hay personas que toman analgésicos para el dolor, pero supongo que esto es más divertido. —

Me la dio y me la bebí de un trago. Mi móvil comenzó a vibrar avisándome de que me acababa de

llegar un mensaje.



«¡Los hombres son carajotes, eso lo tenía muy claro y ahora más! ¿Osea, que yo tenía que creer

que él era un pobre hombre cornudo consentido y que no rozaba a su esposa ni con un palo, pero yo

no podía montar en moto con un macizorro? ¡Anda y que le den por culo, señor B!».

Le quitó la

botella a Jim de las manos y me bebí casi la mitad de un solo trago, el chico me miró pasmado.

—¿Malas noticias? —me preguntó.

—Los hombres sois tontos de remate y deberíais llevar un puñetero manual de instrucciones

pegado al pito —le respondí con total tranquilidad terminando lo que quedaba en el recipiente.

Intenté levantarme e ir a por la segunda, pero el dolor no me lo permitió y tan solo pude elevar un

poco el culo del colchón y volverlo a poner donde estaba.

—¿Si te traigo otra te olvidarás de ese que te ha escrito y me dejarás mirarte el tobillo? La

señorita Jasmine me ha pedido que te cuide y la verdad es que no me lo estás poniendo nada fácil —

me pidió afectuosamente Jim, que estaba arrodillado frente a mí como si me fuese a pedir

matrimonio. Asentí con la cabeza y alargué la mano para que me diera mi parte del trato. Ahora

tocaba el momento divertido, cómo me quitaba esa cosa de cuero sin parecer estúpida.

—Necesito que salgas un momento para que pueda desnudarme —le pedí.

—Procura no hacerte daño, estaré esperando detrás de la puerta —me rogó a la vez que salía del

dormitorio.

Me puse en pie como pude y me bajé la cremallera del ajustadísimo mono de cuero, la parte de

arriba fue sencilla de bajar pero cuando llegué al culo... aquello era otro cantar. Me senté en el suelo

como pude y dejé la botella al lado, no sin antes darle otro sorbito. El efecto del vino me estaba

comenzando a hacer efecto y me sentí valiente. Recordé a la delicada mujer que me había hecho la

cera e hice lo mismo que ella, tiré con fuerza de las dos partes del tobillo con la intención de que

saliese lo más rápido posible. Confiadísima de que esta vez lo conseguiría, me eché un poco atrás

para coger impulso y allí fui, con los pantalones colgando de los pies, a caer en el apagado y frío

jacuzzi de los cojones, botella incluida. Jim entró al escuchar el chapoteo y me vio metida en el agua,

sentada con cara de resignación con la bebida en la mano, y vino corriendo hasta mí.

—No te preocupes, he salvado la botella y le estoy haciendo el boca a boca, sobrevivirá —dije

dándole un largo trago. Jim se llevó las manos a la cabeza y empezó a reírse a carcajadas.

—¿Siempre eres así o es solo hoy para lucirte frente a mí? —se burló Jim.

—Pues mira, es una larga historia pero podríamos decir que sí, soy así de original e inigualable

las veinticuatro horas del día. ¿Te importaría darle a ese botoncito que tienes a tu lado?

—¿Este?

—Sí. Gracias.

Unas burbujas y unos chorritos calientes empezaron a salir de la bañera mezclados con las luces

de discoteca, que a alguien se le ocurrió que quedarían bien en una cita romántica, y fue entonces

cuando Jim comenzó a llorar de la risa. El chico se puso en pie decidido, bajo mi atenta mirada, se

quitó los pantalones quedándose en unos slips apretados azul marino, de esos de los que no me

parecían para nada eróticos, por cierto, y se deshizo de la estrecha camiseta arrojándola encima de la

cama. Tenía el torso y los abdominales dibujados, con unos pequeños pezones marroncitos. Por

encima de los calzoncillos y justo abajo del ombligo le sobresalía un tatuaje de un sol con cara de

pocos amigos. Se aproximó a mí y se metió en el jacuzzi, conmigo sin sujetador, con un mono

colgando de las piernas y una botella de vino en la mano. Se sentó frente a mí, me terminó de quitar

la ropa con sutileza y me investigó el tobillo dolorido sacándolo del agua.

—Te iba a decir que hay que ponerle hielo pero creo que esto del agua helada también podría

funcionar. —Se colocó a mi lado y me quitó la botella de la mano terminándosela. Gracias a los

chorros y a las burbujitas mis pechos no estaban del todo al descubierto, pero eso no hacía que me

diese menos vergüenza estar en esa situación con un completo desconocido. Me miró a los ojos, me

sostuvo la cara y me besó, fue un beso ardiente y apasionado. Como si yo fuera un muñeco y con la

ayuda de la ingravidez del agua tiró de mí y me situó encima de sus piernas sosteniendo fuertemente

mis nalgas con ambas manos. El minúsculo tanga que llevaba no me ayudaba mucho a disimular

ninguna de las imperfecciones de mi cuerpo, pero a él no parecieron importarle en absoluto. Me

lancé y empecé a tocarlo yo también a él lentamente y con pudor, dibujando con mi dedo cada

músculo de su abdomen y su pecho, seguramente este era el hombre más guapo y más pulido con el

que había estado en toda mi vida y seguramente más joven, y, aun así, no me quitaba de la mente al

capullo del señor B. Me sentía como si le estuviese engañando hasta el momento en el que Jim

mordió mi cuello y me hizo gemir de placer. Odiaba que hiciesen eso, en ese instante y tras beber lo

que había bebido era cuando yo quedaba a total disposición de mi adversario. Noté como me

humedecía incluso debajo del agua. Su miembro comenzó a llamar a la puerta de mi tanga con fiereza

mientras me besaba de manera lujuriosa y me agarraba la cabeza con los dedos metidos en mi pelo.

Tiró de mi melena hacía atrás y volvió a morderme el cuello bajando con sus labios hasta mis

pechos. Me estaba poniendo malísima tan solo de pensar en lo que iba a fardar si lograba hacerle

alguna foto dormido y luego enseñársela a las demás. Estaba como un puñetero tren y me tocaba justo

como yo quería que lo hiciese en ese momento, sin contemplación y sin tonterías. Quería un polvo de

los duros y él lo sabía por mis respuestas físicas. Agarró el elástico de mis bragas y tiró de él

hasta romperlo poniéndome más cachonda todavía. Cuando me penetró fue como la primera vez que

lo hice en mi vida, me dolió debido a la sacudida que me acababa de dar pero me gustó de tal manera

que logró que me corriese en segundos. Su cara y su boca no se despegaban de mis pechos ni de mis

labios, se llevó un rato dándome placer hasta que me susurró al oído:

—Quiero que te des la vuelta y me dejes hacer. —Obedecí de inmediato olvidando cualquier

dolor en el pie o en la vagina y me puse de espaldas a él, quien introdujo sus dedos dentro de mí para

a continuación meter su sexo y cabálgarme como nunca lo habían hecho. Me

agarró con una mano del

pelo y con la otra metió su dedo dentro de mi ano moviéndolo de manera giratoria y haciéndome

gritar de placer. Podía notar perfectamente como él rozaba dentro de mí su dedo contra su miembro

mientras me golpeaba con fuerza contra la pared de la bañera. Cuando estaba a punto de decirle que

se detuviera, que ya no podía soportarlo más, lo sacó y eyaculó encima de mí friccionándolo después

con la mano y dándome la vuelta rápidamente para besarme de nuevo mientras me sujetaba por la

cintura. Este había sido uno de los polvos más placenteros de mi vida, no había amor, no había

sentimientos, pero era justo lo que necesitaba en estos instantes. Me sacó desnuda del agua en

volandas y me llevó hasta la cama.

—¿Tienes el pie mejor?

—¿Qué pie era exactamente? —le respondí aún acelerada y sin respiración. Apagó la luz y se

introdujo conmigo desnudo en la cama sosteniéndome por detrás y acariciándome el pelo hasta que

caí rendida. Esa noche tuve sueños extraños.

A la mañana siguiente, Jim seguía allí, ya estaba despierto y me observaba y me acariciaba la

cara. Abrí los ojos y lo miré tapándome la boca con las sabanas.

—Buenos días.

—Buenos días, señorita desastres. ¿Estás mejor?

—Quitando un leve dolor en mis partes nobles estoy de maravilla. —Me retiró la sabana que

había estado usando como barrera contra la halitosis mañanera y me besó sin importarle, se puso

encima de mí y volvió a morderme el cuello y a acariciarme los senos. Esto era lo que tenía

acostarse con hombres más jóvenes que una, que dos días más así y me desmonta como a los legos.

Pero justo antes de que mi sexo se pusiese en mi contra y comenzase a humedecerse, llamaron a la

puerta y la abrieron sin esperar respuesta. Jasmine se sentó a nuestro lado en la cama, me miró y me

dijo:

—Veo que estás mejor de la caída, me alegro.

—Jasmine, ¿te importaría volver en un rato? —le propuse.

—Me encantaría dejarte seguir acostándote con mi camarero, pero resulta que Aurora está abajo

con medio ataque de nervios y, como tú comprenderás, mi tacto y sutileza no son los más indicados

para relajarla. —Terminó la frase y salió de la habitación dejándome con cara de carajota.

—¿Te ayudo a vestirme? —me preguntó el señor cabalgo de nuevo.

—No hace falta, en serio, te prometo que no me vuelvo a caer. —Me besó, se vistió rápido y antes

de salir del cuarto se giró y me dijo:

—Ariel, me gustaría que nos volviésemos a ver, no quiero que esto se quede en una simple noche.

—«¡Bien, perfecto, que el mundo se pare y que me vengan los ligues de uno en uno, por favor!»

—Sé dónde trabajas, cuando solucione algunas cosas iré a buscarte —le mentí sintiéndome como

una completa puta.

—¿Lo prometes? —Tan solo pude asentir con la cabeza porque engañarlo en voz alta ya era no

tener ningún escrúpulo, y todavía alguno me quedaba.

Capítulo cuatro y medio

El nexa

Me di una ducha rápida y bajé a ver qué bicho le había picado ahora a la señorita mundo ideal.

Aurora estaba en el salón de pie moviéndose de un lado a otro como la que está en un paritorio.

—¡Ariel! —me gritó en cuanto me vio y salió corriendo hasta mí.

—¿Qué te sucede, Aurora? No me toca ir a verte hasta dentro de unos días —le recriminé.

—Es ahora o nunca, se van a ver esta tarde, estoy segura —me contó angustiada.

—Chicas, sintiéndolo mucho, me tengo que ir a tratar unos asuntos de trabajo. Ariel, ve con ella si

quieres, ya te he dicho que me gusta mi vida tal y como es, no necesito que nadie me ayude a nada.

Sin embargo, a la pequeña salvadora de águilas parece que sí le hace falta de tu presencia. ¡Le daré

recuerdos a Jim de tus partes! —Y se fue riendo la muy zorra, pero esto no había acabado aquí, me

debía alguna que otra explicación y estaba decidida a obtenerlas.

—Bueno, al parecer soy toda tuya. Vámonos. —Aurora me cogió del brazo contentísima y nos

montamos en su coche para ir a donde a ella le diese la gana. De todas formas, ya me estaba

empezando a acostumbrar a esto de la vida nómada e incluso me comenzaba a divertir. Hice las

maletas y me fui de allí no sin antes prometerme volver.

Aurora vivía en una finca a las afueras de la ciudad con más de mil hectáreas de terreno en donde

cuidaban especies en peligro de extinción e intentaban que se reprodujeran en cautividad para poder

repoblar los territorios en los que escaseaban dichas especies. Lo cierto es que siempre fue la más

humanitaria y noble de todas nosotras. Ella siempre tenía un bicho escondido para cuidarlo y juro

que en alguna ocasión incluso me pareció oírle hablar con alguno de ellos. Finalmente conoció a su

media naranja, Felipe, un apuesto futuro veterinario que compartía sus mismas inquietudes en lo que

a los animales respecta, y se casaron enamoradísimos. No comprendo muy bien qué fue lo que pasó

entre ellos, porque recuerdo que eran la envidia del resto de nosotros tanto por su complicidad como

por su gran amistad. Hablar de Aurora separada de Felipe era como quitarle al café la leche, sí, está

bueno, pero no es lo mismo.

Entramos con su llamativo y poco lujoso Tata Safari, sin aire acondicionado, por una cabina de

seguridad que había en la entrada de la propiedad. Allí estaba un guarda de mediana edad con cara

de sueño vigilando que nadie entrase a llevarse ningún animalito. Nos vio y abrió la cancela

inmediatamente. Aurora simplemente le saludó con la mano y seguimos unos diez minutos más por un

carril lleno de baches, hasta llegar a una pequeña casita rodeada por módulos auxiliares de color

verde oliva. Aparcó en medio de algo parecido a un patio y me invitó a entrar a su casa. No era como

la había imaginado, nada más dar un paso en su interior te topabas con un salón, una coqueta

chimenea con estanterías llenas de libros sobre ella y dos butacones enormes a cada lado de esta.

Atravesamos la sala y llegamos hasta una cocina hecha de mampostería como

las de las abuelas en

los pueblos, con fuegos a gas y una puerta que daba de nuevo al exterior.
Acababa de salir del

paraíso para meterme en el horno de la bruja de Hansel y Gretel. Continuamos
andando sin siquiera

desempacar mi equipaje del asiento trasero del coche y me metió en uno de los
cubículos verdes

anexos a la casa. Allí dentro al menos hacía fresquito, una luz blanca molesta
llenaba todo el lugar, la

sala estaba repleta de un montón de terrarios con serpientes, reptiles y arañas,
el sueño de mi vida...

Aurora se sentó frente a un ordenador e imprimió unas cosas.

—¡Toma, lee esto! Es del ordenador del laboratorio de los reptiles, este no es
mi campo, yo me

encargo de los mamíferos. Aquí es donde trabaja Felipe.

«Sé que no puedo seguir con esta farsa durante más tiempo, Adam lo tiene que
saber, o voy a

perderles a ambos. B». ¿Por qué mierda todo el mundo se llamaba B
últimamente? El destino o la

casualidad eran pelín mamones. Aurora me miraba impaciente a que yo hiciese
un milagro o algo así.

—¿Es todo lo que tienes? —le pregunté.

—¿Te parece poco? ¡Me está engañando con otra y dice que nuestro
matrimonio no ha funcionado

por mi culpa, es un puto cínico, eso es lo que es! —me gritó Aurora.

—Creo que necesito cambiarme de ropa, fumarme un cigarro y tomarme una copa de algo antes de

continuar —le pedí a Aurora, para así ganar tiempo y pensar en algo.

—Es cierto, perdona. Vamos a tu dormitorio y ahora nos vemos en la cocina —se disculpó. Salí

corriendo tras ella, no quería quedarme ni un segundo más rodeada de tanto bicho extraño.

Mi dormitorio estaba compuesto por una camita, un armario y una mesita de noche, a tomar por

culo el lujo y el glamour. Me puse unos vaqueros anchos y una camiseta blanca de tirantes y bajé a

intentar encontrarle sentido a su locura. Aurora no estaba en la cocina, salí al porche pero ni rastro

de ella. Había tardado relativamente poco en cambiarme de muda, no podía haber ido demasiado

lejos, el coche seguía aparcado en el mismo sitio, así que fui a investigar un poco por mi cuenta.

Había muchísimas vallas que separaban unas zonas de otras y en la puerta de cada una de ellas

ponía el animal que se encontraba dentro, era como una especie de zoo, pero sin niños tocándoles los

cojones a los monos. Me acerqué a una en la que ponía que no se entrase. Esto era como cuando

sabes que el botón rojo no se toca, pero tú necesitas tocarlo y de repente suena una alarma y llegan un

montón de coches de policía porque se creen que te están atracando y te

quedas con cara de carajota.

Pues una señal de prohibido el paso hacía el mismo efecto en mí.

De primeras no vi nada que me pareciese tan peligroso como para no entrar y huir, había unas

cebras pastando a un lado de una cerca y otra solitaria al otro lado, de repente las orejas de la cebra

autista se pusieron en punta cuando me oyó. El bicho familia del que inventó el canal plus codificado

olfateó el aire por unos segundos y me miró fijamente para, a continuación, salir corriendo en mi

dirección. Pegué un estúpido grito de auxilio y recé para que mis entumecidas piernas corrieran más

que las del cuadrúpedo, cosa que por otra parte sabía de sobra que era totalmente imposible. No me

di cuenta de que me estaba metiendo aún más en el territorio del animal, estaba realmente asustada y

corrí sin rumbo, vi un abrevadero de piedra y salté a su interior. La cebra se paró cuando llegó hasta

mí y se puso a dos patas intentando meterse dentro de la asquerosa y verde agua conmigo, dejándome

a la altura de los ojos un pene colorado y gigante con el que estaba segura que iba a tener pesadillas

a partir de hoy mismo el resto de mi vida. Ya estaba viendo en las noticias y en los diarios el titular

de: Mujer violada por cebra muere en extrañas circunstancias. Entonces B lo leería y sería cuando ya

llegaría a la conclusión de que estaba majara del todo. Cerré los ojos y recé todo lo que recordaba

del colegio, cuando escuché a alguien gritarle de lejos al caballo con pijama. Este se asustó y salió

corriendo en dirección contraria, pero mis músculos no me respondían y no era capaz de moverme de

allí. Una mano me ayudó a salir chorreando de la tina musgosa.

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? —Levanté la vista y me topé con un divertido Felipe

que me miraba anonadado.

—Pues mira, quería probar cosas nuevas y decidí empezar a lo grande. ¡No te jode! —le respondí,

pero para entonces mi nuevo enamorado ya se había dado cuenta de que no existía peligro alguno y se

estaba volviendo a acercar de manera amenazante hasta nosotros.

—Vayamos fuera si no quieres tener hijos a rayas. ¡Corre! —me alertó Felipe. Y vaya sí corrí. En

menos de dos minutos estaba de regreso junto al coche de Aurora pero sin aliento y con un ataque de

asma de tres mil pares de cojones.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Y a ti qué te ha pasado? —Aurora acababa de entrar en escena

quedándose flipada ante mi aspecto.

—Trabajo aquí. ¿Recuerdas? —respondió Felipe.

—¡Dejaros de estupideces! ¿Se puede saber por qué coño esa cebra quiere acostarse conmigo? —

les grité a ambos.

—Ponía prohibido entrar, Ariel, te podía haber pasado algo malo —me regañó Felipe.

—¡Era una puta cebra, se supone que son caballos graciosos y amables a rayas! —alegué en mi

defensa.

—Ariel, esta cebra en particular está hasta el culo de una viagra modificada. Estoy en medio de un

experimento para ver si logro que otras especies de difícil reproducción lo hagan sin necesidad de

inseminación in vitro —me explicó Aurora.

—¡Pues está funcionando a las mil maravillas! Con vuestro permiso voy a darme una ducha de tres

horas, intentad no mataros en mi ausencia. Me fui caminando lentamente y haciendo un ruido similar

al de los pedos con los zapatos empapados en una mezcla de agua y babas de caballo. Miré atrás y

los vi a los dos llorando de la risa a mi costa. Me estaba empezando a cabrear, pero verlos juntos de

nuevo sin discutir ya merecía soñar con pitos gigantes durante un tiempo.

La ducha era eso, una placa de ducha muy parecida a la que tenía en mi casa, la única diferencia es

que Aurora era de las personas que lo hacían todo natural, incluidos el champú

y el gel de baño y

aquello por mucho que restregué de espumita nada de nada, ahora, oler olía de maravilla. Cuando

decidí que si seguía frotando me despellejaría viva, bajé y encontré a Aurora en el salón sentada en

una de las butacas de coleccionista. Me senté a su lado y le pregunté.

—¿Por qué estás tan segura de que se va a ver esta noche con alguien?

—Porque lo sé, tengo un palpito. Tenemos que seguirle, por favor. —La pobre estaba tan nerviosa

que ni intenté hacerla entrar en razón, así que nada, esta noche me tocaba ir de espía.

Felipe vivía actualmente en otra casa que se encontraba en el lado contrario de la reserva, desde

que decidió que ya no estaba enamorado de la mujer de su vida y Aurora lo mandó a paseo. Nos

vestimos de negro y esperamos en el poco discreto coche cuatro por cuatro a que saliese para

seguirlo intentado que no nos viese, guardando una distancia prudencial. En esta ocasión preferí

conducir yo.

Salimos de la autopista y al rato el coche se detuvo frente a una discoteca a la que no había ido en

mi vida. Dos matones estaban en la entrada dejando pasar a la gente vip, Felipe se adelantó a la cola

y saludo a los dos hombres como si los conociese de toda la vida.

—¿Ves? ¡Te lo dije! —me gritó Aurora zarandeándome del brazo y usándolo a modo de coctelera.

—Aurora, es un bar, eso no demuestra nada. —Pasó de mí olímpicamente y salió del coche directa

a la puerta. La seguí y la detuve.

—¿Estás viendo los pivonazos que están dejando fuera? ¿De verdad crees que vestidas así

podemos pasar desapercibidas? —Ella se paró y miró a la nada por unos instantes, conocía esa

mirada, era cuando su cabecita de sabelotodo estaba ideando algún plan.

—Sígueme y no digas nada —me advirtió. Se puso unas gafas y se dirigió de frente a los porteros,

quienes cuando nos vieron acercarnos se quedaron un poco incrédulos. Se paró frente a ellos, sacó la

cartera y se la puso durante unos segundos justo delante de los ojos, para a continuación guardarla y

ponerse seria.

—Soy Aurora Boreal y nos han informado de que tienen una plaga en su local. Venimos a

comprobarlo, si nuestro informante anónimo está en lo correcto les precintaremos el garito

inmediatamente.

Casi me muero cuando terminé de escucharla hablar. Los hombres se miraron el uno al otro, se

encogieron de hombros y nos permitieron entrar sin oponer resistencia. En el

interior la música

estaba tan alta que era como un ruido ininteligible, las luces de los flashes me cegaban cada vez que

pasaban por la altura de mi cabeza, el lugar estaba abarrotado de gente bebiendo, bailando y riendo,

sería casi imposible encontrar a Felipe aquí. Después de dar unas catorce vueltas a todo el recinto

sin obtener resultados nos fuimos a una de las barras. La cara de Aurora era de total decepción.

—¡Dos chupitos de tequila y dos cervezas! —le grité al camarero. Aurora se bebió la botella de

tercio de un trago y luego agarró el tequila e hizo lo mismo, con la mala suerte de que se atoró con el

trozo del limón que le había dejado preparado en el borde del vaso. Comenzó a ponerse de todos los

colores y a toser una cosa mala. El camarero estaba muy atareado ligando con dos puretonas como

nosotras en la otra punta de la barra y no llegaría a tiempo de darme el agua. Aurora llevaba el bolso

abierto y vi una botellita dentro, la saqué y se la di de beber rápidamente antes de que se me muriera

allí en medio. Ella dio buena cuenta del líquido y dejó de toser.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunté asustada.

—Sí, el puto limón que casi me asfixia. ¡Tú y tus manías por las bebidas mejicanas vais a acabar

conmigo! ¿No hace mucho calor aquí dentro? —Lo cierto es que se estaba empezando a poner

colorada, pero supongo que se debía al mal rato y a la falta de oxígeno temporal, así que no le presté

atención. Al minuto Aurora se quitó la camiseta y se quedó tan solo con un espectacular sujetador de

encaje rojo dejándome flipada. Intenté que se tapase pero no había manera de controlarla, me dio un

empujón y se subió a un escenario cercano a bailar como una posesa. La boca casi me llegó al suelo

al verla. A mi lado había otra muchacha intentado que el vago del camarero le diese también agua sin

conseguirlo y yo como buena samaritana, le ofrecí lo que me quedaba en la botella de Aurora.

—¡Auroraaa, baja inmediatamente! —pude escuchar entre silbidos y vítores dedicados al gran

espectáculo de striptease con el que nos estaba deleitando mi dulce, delicada y rescatadísima amiga.

Me abrí paso entre la multitud y me topé con Felipe intentado tirarle del brazo a su todavía esposa

para bajarla del pedestal, pero entonces alguien me empujó y me tiró al suelo haciendo que me

sangrase la nariz del topetazo. La chica a la que gentilmente había donado mi reserva de agua me

había casi pisoteado para subir junto a Aurora y se estaba desnudando y moviendo como si un

fantasma le estuviese echando un polvo. Salí corriendo al cuarto de baño a intentar pararme la

hemorragia, en el pasillo del mismo creí ver un rostro familiar, pero sinceramente mi faceta

detectivesca estaba en *stand by* en estos momentos. Me puse un montón de papel higiénico y me

presioné hasta que mi nariz decidió dejar de sangrar.

Cuando regresé a la sala de baile ambas mujeres estaban en la pista comiéndole los morros y

poniéndoles el culo a todo lo que se meneaba y que tuviera un pito. La cara de Felipe era de querer

asesinar a todos los que se estaban acercando a su mujer.

—¿Qué puñetas ha tomado? —me preguntó enfadado.

—Te juro que solo ha bebido una cerveza, un tequila y agua —me defendí. A Felipe se le iluminó

el bolsillo del pantalón en donde guardaba el móvil, lo miró y salió de allí dejándome con el pastel a

mí solita. Salí tras él y vi como entraba en el coche con una mujer, resultaba que Aurora no estaba tan

sugestionada después de todo. Pasé de él y volví por mi amiga.

Al fin Aurora se decantó por un maromo guapísimo, alto y moreno que bailaba para morirse y se

encerró en uno de los servicios con él, sin que pudiese evitarlo, los ruidos que se oían a través de la

puerta no eran lo que se dice de dolor, así que, después de comprobar que sus

inquietudes eran

ciertas, la dejé desfogarse tranquila. Me volví a la barra a pedir una bebida energética y a vigilar que

no se me escapase. Cuando alguien me dio un sonoro beso en la mejilla sin esperármelo.

—Me alegra volver a verte. —Jim estaba a mi lado sonriendo más feliz que un cochino en un

charco por haberme encontrado.

—¿Vienes sola? —me preguntó con doble intención.

—No, vengo con una amiga, pero tiene una pequeña descomposición estomacal y está en el baño,

en cuanto salga la llevo de vuelta a casa. Pero necesito que me hagas un favor enorme, y que no me

hagas muchas preguntas —le rogué.

—Lo que quieras. —Definitivamente era una gran zorra y una mala persona por aprovecharme de

él, pero no tenía tiempo que perder o se me escaparía el sujeto y me tendría que quedar en esa granja

una semana enterita. Saqué mi teléfono y le mostré a Jim una foto de Aurora con Felipe.

—Necesito que sigas a este tipo y que le hagas alguna foto con su acompañante. Es por un trabajo,

pero no puedo abandonar a mi amiga en ese estado —le expliqué poniendo cara de pena y ojitos a la

vez en plan el gato de Shrek.

—Claro, no te preocupes. Pero que sepas que es mi única noche libre y que me deberás un favor

muy grande. Luego te llamo. —Me agarró la cabeza y aprovechó la situación para darme un morreo

de esos de los de película y dejarme sin palabras, con cara de estúpida mirándole el culo mientras se

alejaba decidido a cumplir su cometido como si de un soldado se tratase.

A los pocos minutos la chica que me había tirado al suelo comenzó a convulsionar en medio de la

discoteca y a salirle espuma por la boca, todos se alejaron, se encendieron las luces y se abrieron las

puertas. Los dos porteros entraron a los cinco minutos con dos médicos y la sirena de una ambulancia

resonó en el interior del lugar. Aquello empezó a ser un caos, la gente que de seguro llevaba

sustancias ilegales huyeron como ratas, las amigas de la chica estaban a un lado de la pista

sollozando y decidí de que era hora de cortarle el polvo a mi amiga. Bajé a los servicios de señoras

y allí estaba Aurora, en pelotas tirándose al moreno en el suelo y usando de polo el pito de un chaval

de color de no más de dieciocho años. Se los quité como pude entre manotazos y quejas por parte de

todos los intervinientes en el jolgorio, la medio vestí como pude y me escaqué entre la multitud. Una

vez que logré meterla en el coche encendí la lucecita del interior del vehículo

y la miré bien, tenía la

mandíbula casi desencajada y unas manchas blancas de un líquido viscoso que prefiero no deducir de

qué en el pelo y los brazos, sus pupilas estaban tan dilatadas que no se le veía casi el verde de los

ojos. La tumbé en el asiento de atrás y regresé al refugio de animales como alma que lleva el diablo

mientras ella roncaba como una descosida.

Una vez que estuvimos en la casa la metí en la cama y me quedé toda la noche en una silla a su

lado por si le daba por escapar y follarse a un león o algo peor.

—¡¡Aguaaaa!! ¡¡Quiero aguaaaa!! —los gritos de Aurora me hicieron saltar y caerme de la dichosa e

incómoda silla, me levanté y le di un vaso, otro y otro más. A la vez que se los bebía se los tiraba

por encima.

—¿Se puede saber qué cojones te pasó anoche? En mi vida había visto a nadie comportarse así y,

créeme, he visto muchas cosas —le pregunté.

—No sé de qué me estás hablando, no lo recuerdo, solo sé que la cabeza me va a estallar. ¿Cuánto

me diste de beber anoche? —me preguntó en un sigilo que casi no pude oír.

—Aurora, solo bebiste una cerveza, un tequila y cuando casi te mueres te di la botella de agua que

llevabas en el bolso y fue entonces cuando te convertiste en la diosa de la fiesta y lo diste todo. —

Aurora se echó para un lado y vomitó hasta la primera papilla dejando un aroma lindísimo en el

diminuto dormitorio. Cuando pudo incorporarse me tiró la almohada a la cabeza y el vaso de agua

después.

—¡¡¿Que me diste qué?!! —me gritaba una y otra vez.

—¡¡El agua de tu bolsooo, paraaaa!!

—¡¡Eso no era agua, Ariel, era la mezcla que estoy investigando para poner cachondos a los

animales!!

—Pues me alegra comunicarte que funciona de maravilla. Bueno, en ti, a la otra chica le dio un

chungo y se la tuvo que llevar la ambulancia —le respondí sintiéndome bastante culpable de lo

ocurrido.— Estará viva, ¿no?

—Te mato, ¿lo sabes? ¡Fuera de aquí! —me gritó de nuevo y me tiró un zapato a la cabeza. Salí

corriendo de la casa y le cogí prestado el coche para perderme de su vista hasta que se le pasase el

cabreo.



Capítulo cinco

La vida de Aurora

No tenía muy claro dónde ir, solo me apetecía conducir y analizar estas últimas semanas. Entonces

el móvil comenzó a vibrar mandando a la porra mi momento zen.

Me gustaba este chaval, quizás si lo hubiera conocido en otras circunstancias o si tuviese algunos

años más las cosas serían diferentes. Cambié de dirección y me dirigí a donde me decía el GPS del

teléfono. Entré en una zona urbana con altos bloques de pisos, Jim me esperaba en chándal y una

gorra, sentado en la terraza de una bonita cafetería, mientras jugueteaba con su móvil. Di como unas

cuatro vueltas a la manzana para encontrar un puñetero aparcamiento, finalmente conseguí meter el

enorme coche en un espacio diminuto frente a una obra.

Jim me estaba dando la espalda, así que, anduve despacito de puntillas para asustarlo. Cuando

estaba a escasos centímetros de él, una mujer con un puñetero perrito se levantó de una mesa

contigua. El chihuahua salió disparado en mi dirección ladrándole a Dios sabe qué. En el momento

en el que el trasero de su dueña dejó de tocar el asiento, la correa se me cruzó entre las piernas. La

mujer tenía atada a la muñeca la cuerdecita, intenté esquivar como pude al diminuto animal pero me

fue imposible y caí de bruces justo en el suelo, al lado de la silla de Jim. La mujer recibió un tirón

enorme cuando mi cuerpo se derrumbó sobre la cadena del perro y se cayó encima de mí, terminando

con la nariz metida en mi culo, y pegó un grito chillón que alertó a toda la maldita terraza del

accidente. Cuando por fin me atreví a separar la cara del asfalto, el chucho decidió que era una

brillante idea saludarme y se dedicó a lamerme de arriba abajo.

Jim se levantó de un salto y ayudó a la señora a incorporarse, olvidándose por completo tanto de

mí como de la baba con patas acosadora.

—¿Una ayudita? —le pedí desde el suelo sintiéndome lo más ridícula del mundo.

—Perdona, Ariel. ¿Habrà alguna vez que cuando quedemos no termines caída?

—Podemos intentarlo —le dije sacudiéndome los pantalones y notando algo mojado y calentito en

la pierna, miré hacia abajo y vi como el encantador animalito estaba marcando el territorio

haciéndose pipi encima de mí. La mujer que me había estado olfateando mis partes nobles lo agarró,

me miró con cara de repugnancia y se fue sin decir palabra.

—¡Yo me cago en Satanás! —grité sacudiendo la pierna. Jim se tuvo que sentar en la silla con

medio ataque de risa. «El karma es un capullo y está enamorado de mí».

—Vivo aquí arriba, subamos para que te limpies, anda —me propuso aún con las lágrimas

saltadas.

Vivía en un piso limpio y ordenado, demasiado para ser de un soltero joven, que trabaja medio

desnudo y pasa sus ratos libres acostándose con abuelas como yo. Nos sentamos en un bonito sofá

beige y me trajo algo de beber.

—Desde anoche te prometo que creo que alguien me está persiguiendo. Pueden ser paranoias mías,

nunca he sido espía y estoy algo nervioso —me respondió preocupadísimo.

—¿Qué fue lo que viste?

—El tipo que me pediste que siguiera se montó en un coche con una mujer de pelo castaño.

Primero la besó en los labios y ella le dio un guantazo, después fue ella quien lo agarró y le metió un

magreo de narices. Pude sacar algunas fotos, pero estaba demasiado oscuro y no se ven del todo

bien. —Me pasó el móvil para que lo comprobase yo misma. Efectivamente era él, se le veía

perfectamente, pero por desgracia su acompañante tenía el cobijo de la sombra del quitasol y solo se

le distinguía de mitad para debajo de la cara, la que, por cierto, me resultaba bastante familiar.

—Muchas gracias, Jim, se podría decir que ayer metí la pata, para variar, con la amiga con la que

estaba en la discoteca y necesito redimirme. Esto me ayudará. —Salté de la emoción y le di un fuerte

abrazo que él malinterpretó y lo usó para besarme. Me retiré como pude de su agarre.

—Jim, me pareces una bellísima persona, pero...

—Pero es la palabra que menos me gusta del diccionario, todas las frases están bien hasta que

aparece pero —me sonrió.

—En serio, en cualquier otro momento no dudaría ni un instante en tener sexo salvaje contigo

durante horas y horas y horas. —Mi imaginación comenzó a divagar ella solita y me lo imaginé

encima de mí besándome y atándome a la cama, pero, por lo visto, mi boca nunca dejó de decir:

«horas y horas y horas». Para cuando me fui a dar cuenta, la situación era bastante embarazosa para

mí, pero muy divertida para él, por su sonrisa, por cómo esos preciosos hoyuelos se le marcaban a

ambos lados de la cara y por cómo su mirada se desviaba lenta y furtivamente de mis ojos a mi

escote, haciéndome sudar la gota gorda. Me puso un dedo en los labios para que me callase la boca,

se acercó a mí y volvió a besarme de nuevo con la pasión que solo alguien de su edad mantiene aún.

Y la verdad es que una es tonta pero de piedra como que no.

Me recostó en el sofá y comenzó a frotar su trabajado cuerpo sobre el mío. Cuando ya mi cabeza

había dejado de funcionar, el puñetero teléfono empezó a sonar de manera insistente. Lo cogí de mala

gana sin moverme de donde estaba con Jim todavía besándome suavemente en el hombro y el cuello

erizando cada bello de mi cuerpo.

—¿Sí? —respondí como buenamente pude a mi oportuno interlocutor.

—Ariel, lo siento mucho, no debí tratarte de esa manera, pero nunca en mi vida he actuado así y

mucho menos en público. Vuelve, por favor, necesito hablar contigo. —Aurora estaba sollozando y

me encogió el corazón.

—¿No puedes esperar un ratito? —le pregunté con la esperanza de que me concediera por lo

menos el tiempo para poder terminar lo que estaba haciendo.

—Es muy importante, Ariel, necesito verte. —«Las personas sin conciencia viven mejor, duermen

de maravilla y hacen el amor sin interrupciones», pensé.

—Ahora mismo voy —le dije casi echándome a llorar.

—Jim, me tengo que ir. Todo ocurre por algo, seguramente te acabarías arrepintiéndote de acostarte

con la abuela de Heidi de un momento a otro —le dije mientras me sentaba de nuevo. Jim me miró

divertido y me dijo:

—Cuando quieras ya sabes donde vivo, no tienes que llamar, tan solo aparece y aquí estaré para ti.

—Me despidió en la puerta con un beso en la mejilla y un abrazo interminable.

De camino al coche me entraron ganas de pegarme cabezazos contra las farolas como un millón de

veces. Juraría que el coche no estaba tan lejos. Pasé por la puerta de la obra como unas cinco veces,

pero en su lugar había un puñado de albañiles que me miraban obscenamente y se reían. «¡No me

podía creer que me hubiesen quitado el coche de Aurora!». Esta vez no iba a ser tan comprensiva

conmigo. Giré la calle y vi el cuatro por cuatro subido a una grúa de remolque con uno de los

obreros conduciéndola y salí corriendo a cortarle la cabeza.

—¿Se puede saber qué coño haces dando vueltecitas a la manzana con mi coche?! —le gruñí al

conductor.

—¿Es suyo este coche?

—Sí, y te ordeno inmediatamente que le quites esas cadenas y me lo devuelvas —le enfrenté. Que

me fastidiasen el polvo del siglo era suficiente para un día.

—¿Señora, sabe usted leer? La policía viene de camino para llevarse el coche al depósito —El

resto de los operarios se estaban descojonando a mi costa con cada palabra que su compañero decía.

Miré al lugar donde estaba estacionado el automóvil y vi un cartel en el que ponía:

«Salida de camiones, prohibido aparcar».

Este imbécil no tenía bastante con quitarme el puñetero coche, que encima ahora me llamaba

vieja. Mi día ya había sido lo bastante jodido como para tener que aguantar también esto, me quité

los tacones y sin darme cuenta cómo salió la bestia que llevo dentro. Los arrojé lejos y salí corriendo

a la cabina de la grúa, mientras el listillo me berreaba una y otra vez enfureciéndome cada vez más.

—¿Señora, está usted loca?! —me volvió a gritar histérico.

—¡¡Señora tu madre!! —Le chillé.

Comencé a tirar de todas las palancas que encontré a mi mano, rezando para que alguna de ellas

fuera la que liberara el coche, con la intención de salir corriendo y escaparme de allí lo más rápido

posible, antes de que una horda de albañiles cabreados se liase a ladrillazos conmigo. El niño que

conducía no detuvo la grúa y debido a mis manotazos esta iba de un lado para otro haciendo zigzag

de manera peligrosa, conmigo subida, con más de medio cuerpo por fuera de la cabina. La grúa entró

en la obra y chocó contra uno de los andamios que estaban colocados para enfoscar una de las

paredes de ladrillos del nuevo edificio. En ese momento escuché un chasquido y un sonido de

cadena. El coche de Aurora se había soltado al fin de su agarre, pero iba en una pendiente directo a

otro coche que acababa de llegar al lugar. Oí los gritos del resto de los hombres pero para cuando

miré de nuevo hacia delante ya era demasiado tarde. La estructura metálica contra la que habíamos

colisionado se estaba derrumbando con todo lo que tenía encima, que eran un montón de sacos de

cemento y de cal que se fueron rompiendo uno tras otro al chocar con la grúa, formando una horrible

humareda grisácea a su camino. Bajé como pude de allí, descalza y con tres kilos de polvo en el

cuerpo, y me fui cojeando hasta mi coche, que estaba detenido contra el otro automóvil del que salía

algo de humo del capó. Le di a la llave para abrirlo, me senté dentro y comencé a pitar para que el de

atrás se moviera o para desahogarme, no lo tengo muy claro. Cuando, de pronto, alguien dio unos

golpecitos en la ventanilla, la bajé sin apartar la vista de la luna delantera y una voz familiar me dijo.

—Mmmm. ¿Te han contratado para volverme loco o para atentar contra mi vida? Dime la verdad.

—El dichoso y oportuno señor B estaba agachado mirándome de manera curiosa.

—Ni la una, ni la otra, estos estúpidos estaban jugando a la noria con mi coche y no pensaban

devolvérmelo —le respondí con toda la tranquilidad que pude, disimulando mi sorpresa al verlo.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—De maravilla —respondí girando la cabeza bruscamente para mirarlo por primera vez, al girar

el cuello un montón de polvo de cemento cayó de mi pelo llenándome los ojos y dejándome aún más

en ridículo de lo que ya estaba. El señor B abrió la puerta del conductor y me dijo que me sentase en

el sillón de al lado. Se puso al volante y me sacó de allí bajo la confusa mirada de todos los

trabajadores.

—¿Me estás siguiendo? —le inquirí.

—Pues eso mismo iba a preguntarte yo a ti. Este edificio es mío y venía a comprobar cómo iba, lo

que menos me podía imaginar es que precisamente tú estuvieses boicoteando los progresos, la

verdad.

—No estaba haciendo nada de eso. Tenía prisa, es todo, y no estoy para jueguecitos, así que, por

favor, bájate de mi coche y continúa con tu vida —le dije enfadada atacándolo sin motivo. Entonces

detuvo el vehículo y justo antes de marcharse, me miró y me dijo:

—¡Ariel, eres la persona más desastrosa, testaruda y orgullosa que he visto en mi vida!

—Yo también te quiero. ¿Algo más? —Se bajó y pegó un portazo tras de sí, dejándome con cara

de estúpida.

Cuando regresé a la reserva, Aurora me estaba esperando impaciente en el porche de la casa.

—No me lo digas, necesitas una ducha y casi prefiero no preguntarte qué ha pasado, te espero

aquí. Ponte ropa arreglada, hemos quedado con las demás para tomar café.

«Perfecto, justo lo que necesitaba en esos instantes era otra reunión de mujeres». Subí, me arreglé

lo mínimo, sin ninguna gana y me monté en el coche con Aurora esperándome lo peor de nuestro

siguiente encuentro.

—¿Te han dado el seguro? —me preguntó Aurora.

—El coche iba solo, no había conductor al que reclamarle nada —le dije con voz seca rezando

para que terminasen ahí sus preguntas.

Quedamos en el dichoso bar de Chip. En la terraza estaban sentadas Mérida, Jasmine y de

espaldas a nosotras una mujer con mechuras rojas y azules en el pelo a quien no pude reconocer.

Aurora y yo nos dirigimos hasta ellas intentado disimular nuestro desánimo. Al llegar casi me da un

infarto, la extraña no era otra que Blanca, que se levantó sonriente con un pendiente en la nariz, los

labios pintados y guapísima de la muerte. Al verme me dio un abrazo gigantesco que casi me rompe y

una bolsa con un regalo.

—¿Qué te has hecho? —le pregunté asombrada.

—¡La felicidad, amiga, la felicidad! —me respondió con una sonrisa que le llegaba de oreja a

oreja.

Estaban tomando distintas bebidas, Blanca tenía una copa de balón con licor cuarenta y tres y

batido de chocolate, Jasmine bebía algo blanco con hielo y Mérida estaba con su preciado botellín

de cerveza en la mano. Me parecía mentira que hubieran cambiado tanto en tan poco tiempo, de

repente les importaba un pimiento aparentar y, en cierto modo, me sentía orgullosa de haber tenido

algo que ver en aquel cambio.

Blanca no paraba de hablar de que había conocido a fondo al chico que le limpiaba la piscina y de

que no se podía creer cuánto dinero estaba oculto en las cuentas de su marido y de todo lo que este

había dilapidado en mujerzuelas y antros de mala muerte. Cuando dijo esa frase Jasmine casi se

ahoga con lo que fuera que estuviese bebiendo.

Mérida, por su parte, nos dijo que había tenido el valor de hablar con sus padres y de confesarles

que los hombres se la traían floja. Por lo visto, a la señora estirada casi le dio un infarto cuando se

enteró, pero, sin embargo, el padre de Mérida se alegró mucho por ella y le aplaudió el haber sido

capaz de enfrentarse tanto a su madre como al resto de la sociedad de mierda que los rodeaba.

Cuando mi recién salida del armario amiga concluyó de hablar todas se quedaron mirando a Jasmine

a espera de que narrase lo que le había ocurrido a ella en estos días conmigo, pero ella simplemente

se hizo la loca y se pidió otra copa. Vi que era el momento oportuno para intervenir antes de que a

alguna le diese por preguntar.

—Es raro que la señora puntual se retrase. ¿No?

—Bella me ha llamado hace un rato. Nos pide disculpas, tiene a su hijo malo y no puede venir,

dice que espera que pasemos una preciosa velada —contestó Blanca.

«¡¿Cómo no iba a ser tan jodidamente correcta la señora perfecta?!»

—Sé que mi marido me engaña —soltó de sopetón Aurora casi sin respirar. Creo que esta mujer

ya estaba empezando a tener obsesión.

—¿Qué habéis descubierto? —quiso saber Mérida.

—Nada de nada, estoy en un sinvivir, necesito saberlo de una vez. —Se lamentó Aurora.

—Parece que todo no te está saliendo como esperabas, señora hada madrina —se burló Jasmine,

tocándome las narices, para variar y haciendo que se me soltase la lengua, a lo mejor, más de la

cuenta.

—Pues resulta que sí que tengo pruebas. ¡Lista! —En ese instante creí que a la pobre esposa

cornuda le iba a dar un patatús. Me di cuenta por su expresión de que el momento cera caliente no se

debería usar en todos los contextos y que mi delicadeza acababa de brillar por su ausencia.

—¿Qué pruebas? —me dijo rápidamente. Saqué el teléfono y le mostré las fotos que me había

pasado Jim. Aurora se quedó allí mirándolas durante al menos cinco minutos sin decir absolutamente

nada de nada. La cosa empezaba a ser preocupante, creo que ni siquiera parpadeó en todo ese

tiempo.

—¿Aurora, estás bien, cielo? —le dijo Blanca sosteniéndola del brazo.

—¡Ese mamón, hijo de la gran puta, bastardo mentiroso! Sabía que eso de que se terminó el amor

eran puras patrañas. ¡¡Claro, se acabó en el momento en el que metió la polla en las bragas de esa

zorra!! —El grito que dio Aurora llegó a los oídos del resto de los clientes del bar, que se giraron y

nos miraron escandalizados por la lengua viperina de mi recatada amiga.

—¿Qué quieres que hagamos, hermana? ¿Le partimos las piernas? —preguntó

Mérida, que se

había empezado a animar más de la cuenta.

—A ver, Aurora, lo mismo este lío ha sido después de vuestra separación —
dije intentando

tranquilizarla.

—¡¡Y una mierda!! —volvió a chillar.

—No sé si os habéis dado cuenta pero todos nos están mirando —alertó
Jasmine entrando en la

conversación por primera vez en toda la noche.

—¡¡Ahora mismo querría matarlo, cortarle los huevos, patearle la cara!! —
continuó Aurora.

—Ariel puede ayudarte en eso, ya se ha cargado al marido de Blanca, tiene
experiencia —bromeó

la canija.

—¡¡Si a ti no te gustase disfrazarte de *cat woman* por las noches y pegarles a
los tíos, yo no habría

tenido que matarlo!! —En el instante en el que esas palabras salieron de mi
boca me di cuenta de que

había liado la de Dios. Blanca se quedó casi tan petrificada como Aurora
hacía solo unos segundos.

Mérida abrió los ojos de par en par y se echó para atrás un poco porque
estaba en medio de las dos

involucradas en el asunto, supongo que no quería que la sangre le salpicase, y
yo intenté pensar algo

para arreglarlo sin que me diera tiempo a hacerlo.

—¿Tú eras la puta que salía en las fotos con el antifaz?! —le gruñó Blanca poniéndose en pie. Yo

hice lo mismo ambicionando calmar las aguas.

—Si no fueseis tan remilgadas, vuestros maridos no tendrían que venir a mi bar a desahogarse

conmigo —le respondió Jasmine, aún sentada, con toda la tranquilidad del mundo, como si la cosa no

fuese con ella.

—¡¡¡Yo te mato!!! —Blanca le hizo una cinta a Mérida y se lanzó encima de Jasmine derribándola

de la silla y cayendo ambas al suelo, girando la una sobre la otra tirando todo el mobiliario de la

terraza.

Una mujer de una mesa contigua comenzó a gritar que alguien llamase a la policía. No sabía cómo

separarlas. Blanca había pillado la larga coleta de Jasmine y estaba intentado arrancársela. Aurora

seguía en su mundo con mi móvil en la mano mirando las fotos de su marido con la otra. Mérida

estaba a un lado de la pelea animando a Blanca.

—Ariel, diez monedas a que gana Blanquita —apostó mi lesbiana favorita, dejándome sin

palabras.

—¿Venga ya, en serio?! Una ayudita no me vendría mal antes de que se maten, ¿no te parece? —le

rogué, mientras las dos proseguían con su batalla de patadas, jalones, arañazos y puñetazos por toda

la acera de la calle.

—Eres una aguafiestas —se quejó Mérida— Pilla tú a la flaca y yo cojo a la gordita, anda.

Seguimos su plan y logramos separarlas, pero no callarlas. El aspecto que tenían dejaba bastante

que desear, a Jasmine le sangraba el labio y tenía los pelos como si hubiese estado en la playa un día

de levante. Blanca por su parte llevaba roto el tirante de la camiseta y tenía los pantalones claros

llenos de manchas negras, pero no había recibido ni un solo golpe. Ciertamente una mujer

despechada es bastante peligrosa. «Debe de ser cosa de la adrenalina que provocan los cuernos».

Escuché el sonido de unas sirenas a lo lejos, pero no había manera de que estas dos dejaran de

gritarse. Estaba empezando a ponerme nerviosa, Jasmine tenía más fuerza de la que pensaba y si

aquello duraba un segundo más se soltaría de mi agarre. Cuando las fuerzas empezaron a flaquearme

alguien me puso una mano en el hombro y me dio un señor tirón echándome a un lado. Dos policías

estaban a nuestro lado mirándonos perplejos.

—¡Señoras, deténganse ahora mismo o tendremos que detenerlas por alterar el orden público! —

nos advirtió el de mayor edad, que había apartado a Mérida y ahora era él quien sujetaba a Blanca,

con bastante esfuerzo, todo sea dicho. Pero la batalla no había terminado porque dos señores

vestidos de uniforme lo dijese y en cuanto se relajaron creyendo que habían logrado calmar a las

dos locas la oportuna de Jasmine abrió la boca.

—Señor agente, si mi querida amiga no se pareciese a una orca nada de esto habría pasado.

Blanca se soltó del hombre dándole un empujón y se lanzó de nuevo a la cabeza de la bocazas,

importándole una mierda que los que estaban con nosotras tuviesen placas. Me asusté e intenté

ayudar al guardia a levantarse dándole la mano, pero fue justo cuando se estaba incorporando y no

calculé bien y, en vez de agarrarlo del brazo, le di un puñetazo en un ojo tumbándolo otra vez. Por

culpa de los putos tacones me resbalé hacia delante y quedé sentada encima de la barriga del pobre

hombre medio inconsciente. El otro policía, viendo cómo supuestamente agredían a su compañero,

sacó la pistola y lanzó un disparo al aire en señal de advertencia, que fue lo suficientemente

persuasorio como para que las dos gatas en celo cesasen la disputa y se

quedasen paralizadas. No

sabía dónde meterme. Cuando el hombre del suelo abrió los ojos y me vio encima de él, se levantó

de un salto tirándome a un lado de la acera, con la mala suerte que choqué con el palo de una de las

sombrillas de la terraza y me hice una brecha en la cabeza de la que empezó a salir demasiada

sangre. Me llevé las manos a la sien y, al bajarlas y verlas de color carmesí, la vista se me nubló,

comencé a marearme y de pronto mi mundo entero se ensombreció hasta volverse totalmente negro.

—¿Cómo está, doctor? —(Blanca).

—¿Se recuperará o se va a quedar peor de lo que ya está? —(Jasmine).

—Un poco de tacto, por favor. —(Mérida).

—No empecemos, vosotras dos tenéis la culpa de todo. —(Aurora).

—La culpa es de ella por no saber mantener la boquita cerrada y por ser tan torpe. —(Jasmine)

—Al final la que te va a atizar con un pie de gotero voy a ser yo. —(Mérida)

Todas las voces las oía como si estuviesen dentro de un sueño extraño, hasta que pude abrir los

ojos y vi los cuatro culos a la altura de mi cara acosando a un doctor que desde mi distancia no

apreciaba muy bien si estaba bueno o no, pero que según la actitud de las zorrascas de mis amigas la

respuesta tendría que ser que sí.

—Sigo viva, por si a alguien le interesa. ¿Eh? —Balbuceé como pude. Entonces las cuatro se

giraron sorprendidas. Blanca se vino directa hacía mí y se me tiró encima dándome un abrazo de oso

bastante doloroso, mientras que el resto cambiaron sus gestos de preocupación por los de alivio. No

sé si porque me quieren o porque no querían tener remordimientos de haberse cargado a una amiga.

—Señoritas, por favor. La paciente debe descansar. Esta noche estará en observación y, si todo

marcha bien, mañana le daremos el alta, no tienen por qué preocuparse. Les dejo cinco minutos más,

pero si me prometen no alterarla. —Me sentí aliviada tras las peticiones del médico, lo último que

deseaba era otra batalla campal. Todas asintieron y esperaron a que se fuera para empezar la

retahíla.

—¿Cómo se te ocurre pegarle a un agente de la ley? —me regañó Aurora.

—¿Sabes el trabajo que me ha costado que no nos metieran en el trullo? —continuó Mérida.

La cabeza me seguía dando vueltas, tenía una venda alrededor de la frente y un horrible camión

de los que llevan el culo al descubierto. El gotero me lo habían puesto en la mano derecha, lo que

teniendo en cuenta que soy diestra era bastante divertido. Miraba a las chicas mover los labios, pero

llegó un momento en el que sus caras empezaron a deformarse y ya no logré ver nada más. La

anestesia o los relajantes o lo que quiera que me habían enchufado en vena estaba surtiendo efecto.

No sé la cantidad de horas que dormí, pero ese colchón estaba destrozando aún más mi ya

maltrecha espalda, la nariz comenzó a picarme y noté cómo se me hinchaban los ojos. Al abrirlos lo

primero que vi fue un gigantesco ramo de flores pegado a una caja en forma de corazón llena de

bombones. Sé que en su interior había eso, porque estaba abierta y faltaban más de la mitad. Al otro

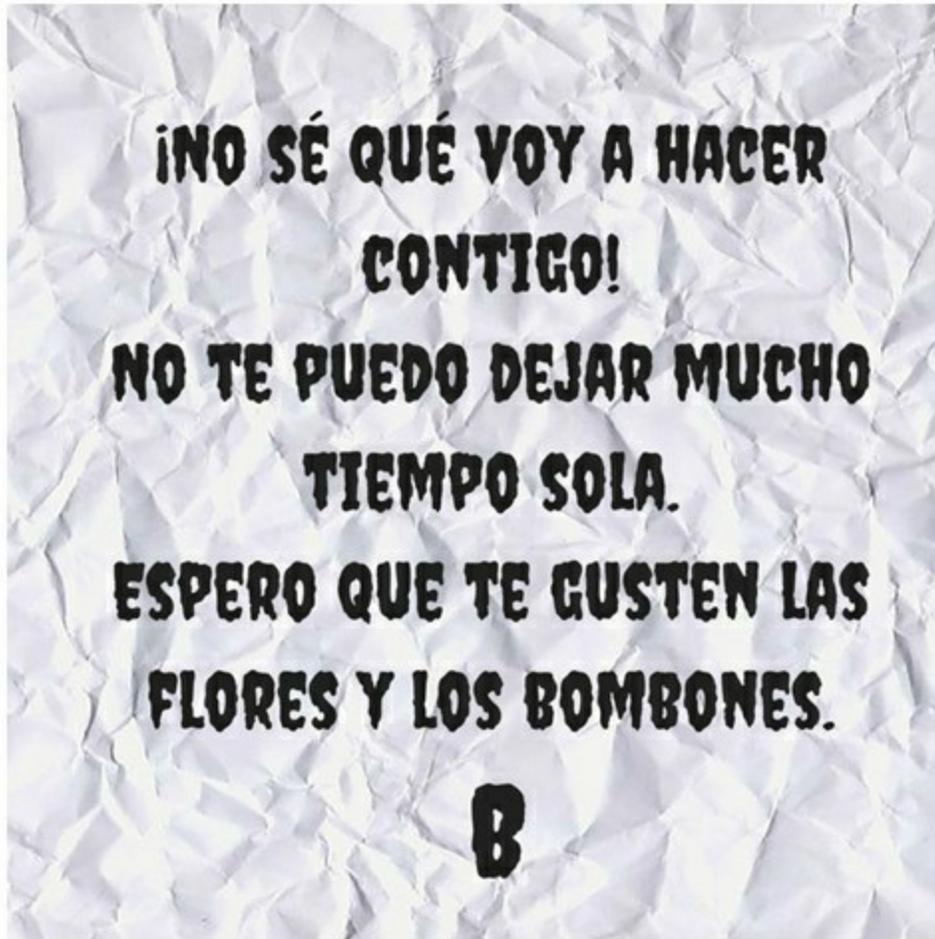
lado estaba la ladronzuela de Blanca roncando en un sillón, con pinta de ser todavía más incómodo

que mi cama, con la boca manchada de chocolate. En las flores había una nota, cuando estiré el brazo

para cogerla y descubrir cuál de todas las simpáticas de mis amigas había tenido la brillante idea de

mandarme flores con la alergia que me daban, los cables del gotero me detuvieron y tan solo las rocé

con la punta de los dedos, pero lo suficiente para tirar el jarrón al suelo y darle un susto de muerte a



mi pobre cuidadora particular, quien se levantó de un salto como si acabase de caer la bomba

atómica.

—¡¿¿Qué, qué??!! —gritó asustada. No pude evitar reírme, se había quedado dormida con un

bombón en la mano y se le había derretido en los pantalones dejando una mancha marrón feísima. Si

a eso le sumamos que estaba blanca como su propio nombre decía, tenemos una de las situaciones de

las que yo solía ser la protagonista. Y, para variar, fue divertido verlo desde el otro lado.

—¡Joder, Ariel! Si no las querías solo tenías que decirlo. El hombre que las trajo anoche parecía

bastante preocupado.

—¿Qué hombre? ¿Quién las trajo? ¿No me digas que alguien me ha visto de esta guisa?

—Ni idea, me resultaba familiar, pero no me dijo su nombre. Me pidió que no te despertase y se

desternilló con tus ronquidos. Te dio un beso en la frente y se fue. La verdad es que era bastante

mono.

—¡Dame la tarjeta, mala amiga!

—¿Qué carácter, después de que llevo toda la noche velando por ti! —Blanca se agachó, intentó

secar el trozo de papel que estaba chorreando por el agua de las dichas flores y me lo dio.

Por culpa del agua, en vez de una afectuosa nota aquello parecía un mensaje de Halloween, pero

no sé si me daba más miedo la caligrafía o que me hubiese visto en la cama de un hospital por

pegarle a un policía.

Cuando se me pasó el síncope, llegó una amable doctora y, tras hacerme treinta pruebas, me dio el

alta. Tan solo nos quedaba ir a recoger los papeles a la oficina de la primera planta junto con unos

medicamentos que se suponía que me tenía que tomar durante al menos quince

días, pero los mismos

que no tenía ninguna intención de tragar. Con dos o tres cervezas se me quita el dolor de cabeza más

rápido que con esas porquerías seguro...

La mini salita estaba llena de gente esperando o para ser atendidos por primera vez o para recibir

los dichosos papeles como yo, el caso es que todos los asientos estaban ocupados. Me apoyé en la

pared y a los veinte minutos mi cuerpo decía que estaba hasta el toto de esperar. Blanca, tan paciente

como siempre, no se quejaba de la espera. A mi lado había una camilla vacía que me miraba

rogándome que la utilizase. Con cuidado y delicadeza coloqué el culo en uno de los extremos para no

parecer demasiado floja, pero la puñetera camilla estaba compuesta de dos partes: la de arriba con

un colchón azul y una especie de somier metálico y la de abajo era una estructura de hierro con

cuatro patitas con ruedas en sus extremos con las que desplazaban a los enfermos. Al caer mi peso

sobre ella, el enorme colchón se levantó y se me cayó encima obligándome a seguir el recorrido y

darle un testarazo de cojones contra el suelo. Pero resultó que la parte de las rueditas salió

disparada en dirección contraria y se aproximaba peligrosamente hacia una vieja que estaba

tranquilamente sentada en una silla de ruedas en medio del concurrido pasillo esperando su turno. La

mujer, cuando vio aquella cosa dirigirse a ella, se puso a gritar como loca.

—¡¡¡Que me mata!! ¡¡¡Que me mata!!!

Desde el suelo pude ver perfectamente las caras de alucine de todos los presentes. Gracias al

cielo, el cacharro impactó contra el lateral de la sillita quedándose todo en un susto para la pobre

anciana. Un celador llegó corriendo debido al estruendo y al verme en el suelo con aquello encima

me liberó rápidamente a mí primero para después centrarse en la mujer, cosa que creo que no le hizo

ninguna gracia. Blanca me miró atónita, se agachó y me susurró:

—¿Existirán burbujas para las personas?

—¿Para meterme dentro? —le respondí roja como un tomate.

—No, Ariel, para que el resto de la humanidad esté a salvo de ti. —Me ayudó a levantarme y se

llevó riendo los diez minutos siguientes hasta que nos tocó recoger las cosas y salir corriendo de allí

antes de que la abuela me siguiera echando maldiciones.

Capítulo cinco y medio

El bar

Blanca me llevó a la reserva donde vivía Aurora. Todavía me dolía la cabeza y tenía esos

horribles puntos en la sien derecha que me recordarían para el resto de mi vida que una vez agredí a

un agente de policía. Cuando llegamos a la reserva, Aurora estaba en el porche sentada mirando al

horizonte pensativa, al vernos llegar se levantó y corrió hasta donde habíamos aparcado.

—¿Cómo sigues? —me preguntó.

—Mejor, no te preocupes, solo necesito algo fuerte con mucho alcohol y seguro que se me pasa —

bromeé. Las tres nos sentamos alrededor de la mesita del patio y Aurora nos sirvió el desayuno, unas

gigantescas tostadas con zurrapa blanca y un café como los que se hacían antiguamente, con pocillos

incluidos, pero que me supo de maravilla. La conversación no se desvió mucho de mi intento de

homicidio a la tercera edad. Mi cornuda amiga sonreía ante las explicaciones de Blanca pero con la

boca pequeña. La verdad es que me daba mucha pena verla en ese estado, a lo mejor algún día

aprendo a mantener mi boca cerrada. Estaba empezando a plantearme si Jasmine realmente tenía

algo de razón.

—Chicas —interrumpió Aurora a Blanca—. No puedo dormir, no puedo casi respirar, tengo una

angustia en el pecho que me aprieta y me asfixia, necesito saber la verdad y preguntándole a él no la

voy a averiguar. —Unos enormes lagrimones brotaron de sus ojos a medida que las palabras salían

de su boca. No pude soportar verla en ese estado, así que hice algo de lo que seguramente me

terminaría arrepintiéndome. Le agarré fuerte la mano, la miré a los ojos y le dije:

—Haré lo que haga falta para volverte a ver sonreír. —Aquello no hizo más que empeorar su

congoja y empezó a llorar a moco tendido, pero lo peor fue que mi querida Blanca se unió a ella y

rompió a berrear como una niña pequeña.

—¡¡Yo también te ayudaré!! No tengo a los niños esta semana, están en un campamento, soy toda

vuestra —balbuceó mientras se limpiaba con la manga de la sudadera.

—¿Qué sugieres que hagamos? —le pregunté.

—Quiero saber en qué fallamos. ¿Por qué el marido de Blanca prefería maltratarla tanto a ella

como a sus hijos para luego buscar a una completa desconocida y pagar por recibir una paliza? ¿Por

qué el estúpido de mi marido se esconde en aparcamientos oscuros con una tiparraca para besarla y

estropear toda una vida juntos? ¿Por qué tu marido te dejó y prefirió irse a navegar en vez de

quedarse a tu lado y ayudarte a superar tu adicción? Tengo que encontrar alguna respuesta o

terminaré por volverme completamente loca. Soy científica, ¿os acordáis? —

dijo a la vez que daba

un gran suspiro y apoyaba la cabeza sobre sus brazos colocados encima de la mesa. En ese momento



me vibró el teléfono y lo cogí con la esperanza de que el señor B estuviese pensando en mí.

Tras leerlo me sentí mal conmigo misma por darme coraje de que quien se estuviese interesando

fuese Jim y no mi querido B. Seguramente Jasmine ya le habría ido con el cuento para burlarse largo

y tendido a mi costa.

—¿Sucede algo? —me preguntó Aurora.

—Pues creo que acabo de encontrar la respuesta a tus preguntas. No sé si será una locura, pero

creo que como experimento nos puede valer. ¿Confíaís en mí?

—Ariel, tus ideas suelen ser descabelladas y no acaban demasiado bien, pero tampoco es que

tengamos nada mejor que hacer, así que tú mandas —contestó Blanca sonriente.

—¡Yo creo que a estas alturas te dejo hasta que me des el empalmador de cebras de nuevo! —

exclamó Aurora.

—Perfecto, pues os toca vestiros de putón. —Tras mis palabras el gesto de ambas fue de me

lo tendría que haber pensado dos veces antes de aceptar.

Fuimos al dormitorio de Aurora y sacamos absolutamente todo lo que había dentro sin encontrar

nada que les sirviera. Mi vestuario era el que había pertenecido a Blanca en otros tiempos y ella

siempre fue demasiado recatada.

—Creo sinceramente que estamos mayores —concluí después de estar buscando durante más de

una hora.

—Eso tiene solución. Este mes no tengo en qué gastar las clases de sadomasoquismo de mi

querido difunto esposo, además es por una buena causa. —Blanca sacó una tarjeta visa oro y nos

miró—. ¿Quién se viene de compras?

Nos montamos en el coche y nos fuimos a un boulevard en el que había cientos de tiendas de ropa

de todas las marcas que existían en el mercado. Entramos en una en la que predominaba el negro en

el escaparate y en la que los precios sobrepasaban con límites mis expectativas de compra.

Un alegre caballero nos recibió y nos preguntó qué estábamos buscando, las tres nos miramos y

nos pusimos coloradas sin saber muy bien qué decir. Esto era como cuando vas a comprar condones

y lubricante a una tienda de comestibles. Llenas el carro con un montón de porquerías que no

necesitas y cuando llegas a la caja, cobrando hay una señora con cara de no haber echado un polvo

en su vida, con una verruga en la barbilla que parece que vaya a hablarte de un momento a otro, y que

cuando va a pasar la cajilla tabú por el lector te mira y sonrío. En ese instante el tío más guapo del

supermercado está detrás de ti en la cola y también te mira y se le dibuja una sonrisa disimulada en la

cara. Esa mujer pasa sin problema los profilácticos y tú suspiras aliviada, pero cuando encuentra el

lubricante su mirada se vuelve maquiavélica, coge el micrófono y su voz suena por la megafonía de

todo el maldito lugar:

«¡Pasillo tres necesito el código del lubricante extra fuerte para

mujeres!».

Entonces es cuando todos miran el número de la caja en la que te encuentras para buscar a la

mujer que necesita un toque extra en el toto. Es cuando tú te empiezas a hacer pequeñita como Alicia

en el país de las maravillas y deseas hacerte tan minúscula como una hormiga.

Que quede claro que si lo sé es porque le ha ocurrido a una amiga de una amiga que me lo contó.

No es que me haya pasado a mí nada parecido nunca ni mucho menos...

Finalmente fue Blanca quien se decidió a hablar.

—Vamos a una fiesta de disfraces y la temática es mujeres sin remilgos. ¿Tienes algo que nos

pueda valer? —El hombre se quedó un poco trastornado ante la respuesta, nos miró de arriba abajo y

nos indicó que le siguiéramos hasta el final de la tienda. Entramos en una habitación cerrada con una

cortinita y dentro había toda clase de trajes con boquetes, monos de cuero, lencería con cosas

metálicas y demás elementos textiles que habitualmente no encontrarías en un sitio como este.

—Os dejaré un rato y cuando tengáis algunos modelos os acompañaré al probador —nos dijo el

amable caballero, quien debía de estar bastante acostumbrado a este tipo de peticiones porque no se

extrañó en ningún momento.

—¿Cómo sabías que aquí vendían estas cosas? —interrogué a Blanca.

—En estos días he estado revisando las cuentas de Encantador y este era un sitio que se repetía

bastante en las facturas de la empresa, me preguntaba por qué, pero ya lo voy teniendo claro —dijo

Blanca con resignación. Cada una cogimos algunas cosas y avisamos al vendedor tal y como nos

había dicho. Este cerró la puerta de la tienda con llave y nos condujo a los probadores, una vez allí

nos ofreció una generosa copa de champagne a cada una. La primera en entrar fue Aurora, al rato

salió con un estrecho traje corto de color rojo sangre, con un pronunciado escote de pico y la espalda

completamente al descubierto. En las caderas un boquete en forma de media luna dejaba a la vista un

cuerpo perfecto, no sé por qué siempre iba vestida como recién salida de la jaula de los monos, si yo

tuviese ese tipazo lo luciría sin pensarlo.

Blanca fue la siguiente en entrar al cambiador. Aurora y yo esperamos fuera tomando más de aquel

líquido amarillo burbujeante que tan bien entraba.

—¿Estás mejor? —aproveché para preguntarle.

—Estaré bien cuando encuentre a esa zorra y le diga la clase de regalito que se ha llevado, Ariel

—me confesó. Entonces Blanca asomó la cabeza entre las cortinitas color

burdeos del probador.

—Chicas, no estoy muy segura de esto —carraspeó poniéndose colorada.

—A ver, sal, tan mal no te puede quedar —la animé. Blanca dio algunos pasos hasta nosotras y

casi se me cayó la boca al suelo, tuve que morderme la lengua para no decir lo que pensaba. Llevaba

el mismo traje que Aurora en color negro pero con la diferencia de que por los orificios de los lados

en los que se suponía que debía de haber parte de un cuerpo exuberante salían unos graciosos bultitos

de carne. Por detrás casi se le veía la raja del culo, Blanca tenía el trasero respingón y eso hacía que

la ropa se le levantase de esa parte. El señor no la dotó de una gran «pechonalidad», de modo que la

zona superior del escote voleteaba a sus anchas como Castilla. Aquello era digno de foto Facebook,

pero no era tan mala persona y simplemente le dije que tuviese paciencia y que escogiese otro. Me

dirigí al amigote, que se frotaba las manos por la venta que iba a hacer a estas tres locas, y le pedí

que me buscase en tallas extras grandes algo que le sentase bien. Al rato regresó con un mono muy

parecido al que me dejó Jasmine la vez que fui a ver su peculiar bar. Este le quedaba bastante mejor,

los chinos eran unos máquinas y habían descubierto la forma de engañar a los kilos de más

aplastándolos contra el cuero. La pobre Blanca se quedó mucho más conforme con este segundo

atuendo, así que ya tan solo quedaba yo.

Me embutí como pude en un traje corto lila de pedrería con solo un tirante y transparencias en la

parte del hombro hasta llegar al pecho y en la zona del abdomen, casi no podía andar con aquello

puesto, pero el resultado me pareció perfecto para el sitio al que íbamos. Después de finiquitar las

existencias de alcohol del vendedor y de que la tarjeta echase humo nos dirigimos a ver a mi querida

amiga Lilo. Gracias al cielo, en esta ocasión solo necesitaba una mano de chapa y pintura, mis

pelillos todavía no habían empezado a asomar y, sinceramente, dudo bastante que vuelvan a hacerlo

después de la masacre de días atrás. Nos pintaron y nos peinaron como para ir a un pase de modelos,

nos vestimos allí mismo y al salir todas las clientas se nos quedaron mirando boquiabiertas por ver a

tres mujeres al atardecer vestidas de esa guisa y subirse en un cuatro por cuatro lleno de polvo con

un golpe de tres pares de narices en la parte trasera. Conduje yo quitándome los zapatos y cuando

llegamos a la puerta del bar el amable gorila me abrió la puerta y me condujo al interior agarrada del

brazo, tal y como había hecho con Jasmine. Mis dos amigas estaban

temblando, no sé si de miedo o

de incertidumbre por no tener ni pajolera idea de dónde las iba a meter.

—¡hostia puta! —Exclamó Blanca cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra del lugar y lo

primero que vio fue a un hombre de rodillas en la gigantesca pantalla con cara de placer mientras que

una rubia se encargaba de sacarle brillo a su sable. Le di un pequeño pellizco y las guié hasta la

barra, donde un sonriente Jim sin camiseta y con pajarita esta vez verde sonreía y servía copas a unas

mujeres ataviadas más menos como nosotras. Cuando reparó en mí salió corriendo de su lugar de

trabajo, me agarró y me dio un morreo de los de película, dejando a mis dos amigas patidifusas y con

unos enormes símbolos de interrogación dibujados en la frente. Cuando se despegó de mis labios, se

apartó un poco, me miró y me susurró al oído.

—¿Has venido así por mí o debería ponerme celoso?

Realmente era encantador y yo estúpida por no saber valorarlo y estar encoñada de una letra. Le

presenté a Blanca y a Aurora y le expliqué que venía con unas amigas que tenían ganas de pasar un

buen rato. Él, como perfecto anfitrión, nos mostró todas las instalaciones y todas las posibilidades

que allí había para pillar cacho. Las dos estuvieron toda la visita guiada más

calladas que en misa

con los ojos abiertos como platos flipándolo tanto como yo la primera vez.
Por suerte hoy no había

gusanos en el pasillo francés de las narices y nuestros ojos salieron sanos y salvos del lugar. Al

terminar regresamos a la barra y pedimos tres copas de lo más fuerte que tuviese, que para, continuar

la norma de Jasmine de ilegalidades, era absenta. Jim la quemó para rebajar un poco los grados y una

preciosa llama de color entre azul y violáceo salió del vaso de chupitos, olía como a uvas, pero

sabía a rayos.

Blanca no apartaba la vista de la película porno que teníamos sobre nuestras cabezas cuando de

pronto una chica se sentó encima de la barra y abrió las piernas, entonces un muchacho ni corto ni

perezoso se agachó y empezó a comerle el toto allí justo a nuestro lado. Miré a Aurora, que hacía

tiempo que no tenía muy claro donde situar la vista. Blanca, sin embargo, no pudo evitar quedarse

mirando fijamente la escena que estaba aconteciendo a escasos milímetros de ella. La agarré del

brazo y las llevé a un apartado a sentarnos y a que se tranquilizaran, tampoco es que yo estuviera

demasiado puesta en estos menesteres y la verdad es que también necesitaba sentarme un rato. La

herida de la cabeza me palpitaba como un corazón independiente.

—¿Vienes aquí a menudo? —me preguntó Aurora sorprendida.

—No, este bar es de Jasmine. Fue ella la que me trajo por primera vez los otros días.

—¿Y el chico de la barra saluda así a todas sus clientas? —me intentó sonsacar Blanca.

—Eso es una larga historia que ya os contaré cuando salgamos. ¿Veis algo que nos diferencia de

las demás?

—Son muy guarras —respondió Blanca sin pensárselo.

—Y promiscuas y sin cerebro —agregó Aurora.

—¿Entonces qué, nos marchamos? —les propuse, pero justo en ese instante Jim apareció con dos

chicos monísimos y los tres se sentaron con nosotras.

Capítulo seis

La decisión de Aurora

Los dos muchachos estaban animadísimos hablando y tonteando con mis dos amigas, parecía que

todo marchaba bien hasta que vi como uno de ellos le tocaba la rodilla a Aurora y esta se ponía tensa

y tiesa como un palo. Blanca, al contrario, era la que tenía al apuesto mulato entre las cuerdas con la

mano apoyada demasiado cerca del paquete, pero para mi sorpresa al guapísimo y jovencísimo chico

no pareció molestarle. Aquí había gato encerrado. Me levanté seguida de Jim y cuando estábamos

lejos del sonar de Aurora le pregunté:

—Venga, habla. ¿Qué está ocurriendo?

—Nada, mi amor. Disfruta y déjate llevar, parece que ellas se lo están pasando bien.

—Jim, adoro a mis amigas, pero esos dos son de anuncio de revista de calzoncillos.

—Hoy es el día de los retos, Jasmine les pagará el doble si se acuestan con alguna millonaria y le

hacen una foto, digamos que... comprometida. —No sé si me entraron más ganas de matarlo a él por

presentárnoslos o a ella por zorra y mala persona—. Pero te juro que no lo iba a permitir, lo prometo

—se defendió.

Tenía que sacarlas de allí, estaba casi segura de que Aurora no llegaría a más, pero Blanca, eso

era otro cantar, la veía demasiado animada como para poner la mano en el fuego por ella. Volví a la

reunión, me bebí lo que me quedaba de copa y me encendí un merecido cigarro. Desde que salí del

hospital la nicotina en mi organismo era nivel cero y estaba a puntito de subirme por las paredes.

El acompañante de Blanca tenía una perilla recortada al milímetro. Me senté con ellos otra vez e

intenté poner la excusa de mi dolor de cabeza, debido al accidente, para poder marcharnos lo antes

posible. Tengo la puñetera manía de gesticular demasiado cuando estoy nerviosa o incómoda, así

que, mientras explicaba que no me encontraba bien, llegó la camarera con otra ronda de bebidas. Mi

mano golpeó la bandeja y el cigarro voló directo a la barba del chaval, quedándose pegado a esta.

Por una vez en mi vida reaccioné rápido, me levanté y le di manotazos en la adherida colilla para que

se le cayese o se apagase, pero en su lugar lo que hice fue propagar más el mini incendio con el aire.

El muchacho se puso a gritar y a hacer movimientos extraños para lograr quitarse el fuego de la cara.

Terminó por salir corriendo al cuarto de baño a echarse agua en la quemadura que le acababa de

ocasionar en ese lindo rostro y que casi seguro le dejaría una marca de por vida. Los vasos de la

camarera fueron a parar encima del resto de las personas que estaban sentadas a la mesa poniéndolos

chorreando. Miré la escena aterrada, me senté, coloqué las piernas como Lina Morgan solía hacer en

sus películas y me sostuve la cabeza con las manos en señal de derrota.

¡El mundo estaba en mi contra y yo aún no me había querido dar cuenta!

Nos marchamos de allí en dirección a la casa de Blanca, no sin antes pedirle perdón unos cientos

de veces al pobre herido, que, desde el instante en que regresó del servicio, no volvió a acercarse a

nosotras a menos de cinco metros de distancia. No era como lo tenía pensado, pero mi plan de

evasión funcionó a las mil maravillas después de todo.

Una vez en la gran mansión nos pusimos la ropa de baño, nos quitamos la ridícula pintura de la

cara y nos metimos en la espléndida piscina bajo la luz de la luna y las estrellas, con unos exquisitos

cócteles que preparó Aurora.

—¿Creéis que el chico estará bien? —preguntó Blanca preocupada.

—Él sí, su cara... no tanto —se burló Aurora.— Ariel, en serio. ¿No te has propuesto ponerte una

cámara en la cabeza y grabar tu día a día para después negociarlo con la Fox?

La idea no era tan descabellada, pero eso de que la humanidad me recordase por mis meteduras de

pata no era algo de lo que sentirse orgullosa. Le hice una morisqueta a Aurora y seguí tumbada en la

colchoneta hinchable disfrutando de unos minutos de tranquilidad.

—Aurora, ¿qué vas a hacer? Sabes que es casi imposible averiguar quién es la mujer de las fotos.

¿Verdad? Podría ser cualquiera —le comenté.

—Lo sé. Hoy, después de estar en ese lugar y de lo sucedido la otra noche en la discoteca, he

estado planteándome mi vida seriamente. Creo que no merece la pena seguir luchando por un

imposible, Ariel. Él ha decidido tirar por la borda todo lo que construimos y no voy a continuar

arruinando mi vida por ello. He decidido dejarlo ir, firmar los papeles del divorcio y volcarme en

mi trabajo como he hecho desde siempre. Los animales son mi vida. Ellos no te engañan, ni te

mienten, son los únicos que te dan su amor verdadero sin pedir nada a cambio.

Su razonamiento era bastante maduro y lógico pero yo sabía que por dentro le estaba constando la

misma vida decir esas palabras en voz alta. Felipe había sido, junto con su reserva, su razón para

despertarse cada mañana. Cuando Eric me dejó y tuve que empezar de nuevo sola, me perdí durante

un tiempo. Bueno, a decir verdad, creo que todavía no había terminado de encontrarme y de eso ya

habían pasado varios años.

—¿Por qué piensas que Jasmine se comporta como lo hace? —preguntó Blanca.

—No lo sé, me tiene hecha un lío. Ella no era así. ¿O sí? —respondí.

—Yo la recuerdo cariñosa y atenta. No me pega este cambio tan radical en su vida —agregó

Aurora. Entonces se me iluminó la bombilla.

—¡¡Lo hemos tenido delante de nuestras narices todo este tiempo y no nos

hemos dado cuenta!!

—Explícate, creo que tengo el cerebro como un garbancito debido a tanta agua
—se quejó Blanca.

Salí corriendo de la piscina y me marché por el teléfono a hacer una llamada que hacía tiempo que

debería haber hecho.

«Hola. Sí. ¡Qué de tiempo! ¿Estás aquí en la ciudad? ¡Perfecto! ¿Podemos vernos? ¿En dos horas

en el café de Chip? ¿Podemos escoger otro lugar? Ajam, ajam. Ok, nos vemos en un rato. Gracias.»

Colgué el móvil, me puse a dar saltitos de alegría y me tiré en bomba a la piscina tirando a las dos

de sus cómodos asientos flotantes.

—¿Se te ha ido la olla del todo? —protestó Aurora.

—Nooo. Necesito un coche. Prometo no estrellarme esta vez. Cuando vuelva os lo explico todo,

os lo juro —les rogué.

Blanca me prestó con reticencia el vehículo de Encantador, ella adoraba ese coche. Me puse unos

vaqueros y una sudadera gris con un hombro caído, me cogí una coleta alta y conduje directa al lugar

que habíamos pactado.

Era el bar de un hotel de bastante prestigio de la ciudad. Cuando me vieron entrar así vestida casi

me echan a patadas, menos mal que mi acompañante estuvo atento y les dijo a los camareros que me

permitieran pasar. Me dio muchísima alegría verlo. Le di dos grandes besos y me senté a cenar con

él, era de los pocos hombres adultos con los que se podía tener una conversación sin preocuparse de

que estuviese pensando en acostarse contigo.

—Estás preciosa, mi niña.

—Usted está mucho mejor, Sultán.

—¿A qué tanta premura?, ¿te sucede algo malo?, ¿necesitas dinero? —Si llego a saber que este

hombre era tan espléndido hubiera recurrido a él antes de tener que comer latas de conservas durante

meses.

—Es por su hija Jasmine. Mucho me temo que ha perdido el rumbo y no entiendo por qué. ¿Sabe

usted qué le ha sucedido? —El viejo hombre se atusó la barba blanca con la mano en señal de

preocupación.

—Jasmine no habla conmigo desde hace bastante tiempo, por eso me sorprendió tu llamada. Desde

que se casó con su marido sin mi consentimiento las cosas no ha ido muy bien entre nosotros. Tan

solo espero que les esté yendo muy bien.

—Sultán, su hija ya no está con Al. Él es gay y ella está montando negocios turbios y de moralidad

cero desde que pasó —El Sultán se ahogó con el buche de vino que estaba dando tras escuchar mi

explicación. Dos fornidos guardaespaldas acudieron raudos a darle golpecitos en la espalda. Ya no

recordaba lo importante que este hombre era, creo que incluso disponía de inmunidad diplomática.

El líquido rojo le había salido por la nariz y tenía algunas manchas en su camisa. Se disculpó y se

retiró al servicio dejándome allí sola ante tantísimos estúpidos adinerados que parecían molestarse

al verme sentada en una mesa que bien podría haber sido la de ellos.

Un camarero con un fino bigotito, que ya no se llevaba ni en las películas en blanco y negro, se

llevó los platos vacíos de los entrantes y nos dejó una enorme bandeja con marisco y unos cuencos



con una sopa amarilla. Con la tontería del pub y de la piscina mi estómago rugía hambriento. Me

parecía muy feo quitar alguna gamba o cangrejo y que el hombre viese las sobras en mi plato, así que

opté por la sopa. Le di un sorbito y los ojos se me cerraron automáticamente, aquello estaba

asquerosísimo, era limón concentrado, quién coño era capaz de beberse esa cosa. Hice de tripas

corazón y le di otro buche intentando rebajar el líquido lo suficiente como para no tener que volver a

probarlo en mi vida, pero no tanto como para que el Sultán se sintiese ofendido. Juro que el tequila a

palo seco entra mejor que esta mierda que me estaba tomando. El móvil vibró en mi bolsillo, me bebí

media botella de vino de casi un trago y leí el mensaje.

Miré a todas partes y al final del todo en una concurrida mesa de empresarios estaba el oportuno

señor B sonriéndome. El sultán regresó con otra camisa limpia y me miró muy serio.

—Agradezco que me hayas informado de la situación de mi hija, no te preocupes que mañana a

primera hora mandaré un coche a buscarla y hablaré con ella largo y tendido. Terminamos de cenar,

pero ya no fui capaz de comer todo lo que me hubiese gustado, notaba como B me lanzaba cada dos

por tres miradas furtivas y ya mi interés por la comida decayó bastante. Además, me estaba

empezando a doler la tripa un montón a causa del asqueroso limón limpiador de las narices. Cuando

estábamos esperando el postre me comenzaron unos horribles retorcijones de estómago, me disculpé

con él y salí corriendo lo más disimuladamente que pude hacia el servicio. Entré en el primero que

estaba abierto y casi me vació por dentro, el limón había hecho un efecto laxante en mi organismo y

los dedos no era lo único que habían limpiado. Tras casi diez minutos allí metida y una peste a

cagalera de bebé asquerosa, me di cuenta de que me había olvidado el bolso en la silla con las prisas

y allí es donde tenía mis toallitas húmedas geniales para estos casos. El que

inventó esas cosas

debería tener un Nobel. Me giré y cuando me puse a buscar el rollo de papel higiénico dentro del

soporte, casi me morí cuando vi que aquello estaba vacío. ¡Houston, tenemos un problema! ¡Tanto

pijerío de mierda y no reponían el papel en los servicios! Mi cabeza comenzó a pensar mil maneras

de salir de aquel embrollo, Quitarme las bragas y limpiarme con ellas era una opción pero luego



tenía que pensar dónde dejarlas. Cuando estaba preparada para quitarme los pantalones y hacer la

guarrada más grande de mi vida alguien me tiró un rollo de papel por encima de la puerta y me dio en

la cabeza con él. Lo cogí y me limpié rápidamente. Salí y me lavé las manos, entonces otro mensaje

llegó a mi celular.

Quería morirme en ese mismo instante, terminar con aquella agonía a la que llamaba vida. Pero el

Sultán estaba esperándome y no podía simplemente salir corriendo o agachar la cabeza bajo la mesa

como las avestruces. Me armé de valor y salí de nuevo al salón sintiendo mi cara encendida como

una bombilla. Pese a la vergüenza que sentía no pude evitarlo y lo busqué con la mirada, un camarero

recogía los platos de la mesa en la que se encontraba hacía tan solo unos minutos. Suspiré aliviada,

me despedí del gran Sultán, obteniendo la promesa de que me llamaría en cuanto tuviese novedades y

regresé a casa de Blanca a meterme en la cama y esconderme bajo la almohada durante algunas

horas.

Unos gritos me despertaron sobresaltada, me senté en la cama y al poco alguien abrió la puerta de

mi habitación de par en par, se tiró en la cama encima de mí e intentó matarme a golpes sin comerlo

ni beberlo. Aurora y Blanca acudieron rápido en mi ayuda y me lo quitaron como pudieron entre las

dos. Cuando pude abrir los ojos vi como Jasmine pataleaba, se revolvía y me gritaba como una loca.

—¿Estás muerta, me oyes?! ¡Muerta! No eres nadie para meterte en mis asuntos y menos aún para

decirle nada sobre mí a mi padre. ¿Quién coño te crees que eres?

—¡Tu amiga, eso es lo que soy, y después de lo último de lo que me he enterado creo que

necesitas ayuda de manera urgente! ¡Que tu vida sea una mierda no quiere decir que se la puedas

arruinar a los demás! Yo te quiero, Jasmine, ellas dos te quieren y nos preocupamos por ti, sabía que

a la única persona a la que le tenías respeto era a tu padre. ¡Entiéndelo, Jasmine, no me has dejado

otra opción! —me levanté de un salto y la encaré. Las lágrimas comenzaron a brillar sobre su morena

tez y fueron rodando poco a poco por su cara. Dio dos tirones con ambas manos y se liberó de sus

captoras en un santiamén. Me acerqué despacio hasta ella y la abracé, las dos nos sentamos en el

suelo y estuvimos así durante algunos minutos mientras que Jasmine lloraba desconsolada a moco

tendido como una niña pequeña a la que se le hubiese roto su muñeca.

Cuando se retiró tenía la nariz roja y los ojos hinchados, se sentó en la cama y nos miró a las tres.

Llorando aún intentó hablar.

—No es fácil asumir que tu marido se ha casado contigo por aparentar. Si le gustaban las pollas

óle sus huevos, pero ¿tenía que hundirme a mí la vida por ser él un cobarde? Me distancié de toda mi

jodida familia por él, lo amaba más que a nadie en el mundo. Y un día, cuando regresé a casa, lo

encontré con otro en nuestra cama. Me hizo prometer que jamás lo revelaría y que a cambio me

dejaría total libertad tanto en las cuentas como en mi vida. —Blanca se sentó a un lado de ella,

Aurora a otro y yo me quedé de rodillas frente a ella sosteniéndole las manos —. Necesitaba saber

que no era yo el problema, que le seguía gustando a los hombres y, sin darme cuenta, la pelota se me

fue haciendo más y más grande. Cuando vi que Encantador vino a mis sesiones se me cayó el alma al

suelo, pero ya la tenía demasiado rota como para ni siquiera notarlo. Lo siento, Blanca, sé que debí

decírtelo, lo siento mucho. —Jasmine se abrazó a Blanca y ambas comenzaron a llorar, aquello era

peor que en el libro «Antes de ti». Allí estábamos las cuatro como unas magdalenas llorando sin

parar.

Escuché que alguien entró en la casa y subió las escaleras llamándonos pero no le hice mucho

caso, quien quiera que fuese ya daría con nosotras. Al rato Mérida entró por la

puerta, se quedó

atónita ante la escena y exclamó:

—Venga ya, en serio, ¡decidme que no habéis matado a nadie más, por vuestra madre! —Las

ocurrencias de Mérida hicieron que todas nos echáramos a reír a carcajadas y que pasásemos del

llanto a la risa de manera alocada en segundos.

—Estáis como una cabra, os lo juro. Paso de vosotras, me voy a hacer topless en la piscina.

Cuando logramos detener el ataque colectivo fuimos al jardín con Mérida, que estaba casi como su

madre la trajo al mundo tumbada en una colchoneta tomando el sol con un botellín de cerveza en la

mano.

—¿Qué harás ahora? —le pregunté a Jasmine preocupada.

—He estado hablando largo y tendido con mi padre y me ha dicho que tengo que cambiar de

negocio o que conseguirá que me vaya a mi país de vuelta con él. En cierto modo no sé si sería lo

mejor que me pueda ocurrir. Necesito poner tierra de por medio y cambiar de vida de manera

radical. Me dan lástima los trabajadores del bar y las empleadas de mi casa, pero me estoy

planteando marcharme y regresar cuando lo tenga todo superado. —Mérida estaba con la oreja

puesta en la conversación intentando entender algo de lo que sucedía.

—¿El bar está chulo? —preguntó.

—Es un pub de intercambio de parejas, Mérida —le explicó Jasmine.

—¡Joder con la tonta! ¿Y no me lo puedes ceder y montar yo un bar de ambiente? Te prometo que

al menos mantendré a tus empleados, quiera que no así te sentirás un poco menos culpable al irte —

le propuso Mérida, que era un hacha para los negocios. Mi amiga era capaz de sacar tajada de

cualquier situación que se encontrase, por muy chungu que esta fuese. Jasmine aceptó su oferta y nos

pasamos el resto del día haciendo las vagas, bebiendo y comiendo. Bueno, y yo corriendo al

servicio, el karma me había castigado por chivarme y mi estómago estaba sufriendo las

consecuencias.

Quitando a Aurora, que todavía me tenía preocupada, llevaba tres situaciones difíciles resueltas de

mejor o peor manera, pero el caso es que creo que el cambio en las vidas de las tres sería para

mejor. Ahora me tocaba pasar por el mal trago de aguantar la maravillosa y feliz vida de Bella.

Sinceramente no me apetecía nada en absoluto estar bajo su mismo techo todavía.

—Mis hijos no vuelven hasta dentro de tres días, por qué no nos quedamos

todas aquí como

cuando éramos jóvenes y vemos películas, comemos palomitas, hacemos una fiesta de pijamas, nos

pintamos las uñas...

—Para el carro, que te estás animando —detuvo Mérida a Blanca—. Yo me quedo pero la mitad

de las mariconadas que acabas de decir las quitas de la lista, por favor.

Iba a ser divertido pasar con todas ellas unos días, sería como en los viejos tiempos. Solo

esperaba que no saliera la casa ardiendo o algo parecido.

Decidimos ir a comprar algo de cena basura, me fui con Jasmine en el coche porque vi que

necesitaba algo de aire fresco y de intimidad. Aparcamos y nos dirigimos a la hamburguesería con

las raciones más grandes del mundo. Al pasar junto a un coche juré que creí haber visto a Bella con

un hombre en su interior, pero desestimé esa idea de mi cabeza, no me imaginaba en aquel sitio de

tan poco glamour a Miss perfección. Cuando estuvimos a una manzana de la mansión oímos una

música y vimos unos rayos de luces de colores en el cielo. Aceleré el coche y al llegar a la puerta

nos topamos con cerca de cien personas bailando, saltando, bebiendo y tirándose a la piscina, miré a

Jasmine y nos encogimos de hombros. Era imposible, no habíamos tardado

más de una hora en llegar.

Nos abrimos paso entre la multitud hasta que encontré a Aurora bailando con un chico monísimo, la

agarré del brazo y la llevé aparte con cara de incrédula.

—¿Se puede saber qué cojones ha pasado aquí?

—Mérida llamó a unos amigos, estos avisaron a otros y para cuando nos quisimos dar cuenta no

cabíamos en la casa. No te preocupes, está todo controlado, Blanca se está encargando de ello —me

respondió bastante más animada Aurora. Buscamos a Blanca entre todas las personas y finalmente la

encontramos en el cuarto de baño sentada sobre la taza del váter, con las lágrimas saltadas y un

cubata en la mano. Nos miró y nos dijo llorando:

—¿Soy guapa? ¿Pensáis que soy guapa? Yo os quiero, no me voy a enfadar si me decís la verdad.

—¿A qué viene ahora esa gilipollez? —le pregunté sentándome en el suelo a su lado.

—Un chico de color guapísimo y fortísimo acaba de ligar conmigo, no me lo he pensado dos veces

y me lo he llevado al dormitorio. Ariel, los boquetes se cierran si no los usas, ¿sabes? Son como los

de las orejas o el del ombligo y mira lo rápido que se anula el de la lengua cuando te lo quitas

durante unos minutos. ¡Con lo que duele eso, Ariel! —me tenía totalmente

desconcertada—. El chico

se ha quitado la camiseta y casi me desmayo, tenía unos abdominales, unos oblicuos, unas piernas y

unos brazos que no eran de esta tierra. Ya lo sé, estoy casi segura de que era un súper héroe.

La pea que llevaba mi amiga era muy, muy considerable, se le trababa la lengua con cada frase que

decía, Jasmine la observaba desde el otro lado del baño sin saber cómo reaccionar. Blanca continuó

narrando su historia con el extraterrestre buenorro.

—Me hizo hasta un bailecito monísimo, me quité la ropa y me quedé en braguitas y en sujetador

tumbada sobre la cama temiendo lo que este todopoderoso pudiese tener entre las piernas.

—¿Y? —la apuró Jasmine.

—Y cuando se quitó los calzoncillos tenía un mini gusanito de color lila extraño entre las piernas.

—Blanca se puso a berrear como un bebé hambriento. Cuando se relajó, siguió diciéndonos—. Yo

esperé unos segundos impaciente a que aquello mutase o se transformase o algo, pero nada, ese

adonis de la vida pretendía que en mi pedazo de boquete, después de tener tres niños... ¡Tres niños,

Ariel! Quería intentar hacer algo con la mierda de picha esa, así que me enfadé y le tiré un zapato de

tacón a la cabeza, que fue lo que pillé más a mano.

No pude contener durante más tiempo la risa y empecé a desternillarme tirada en el suelo, a la

pobre le había tocado como polvo de una noche el único tío de color con el pito chico. Por lo visto,

el karma no la tenía tomada tan solo conmigo, o, a lo mejor, era contagioso.

—¿Qué hagoooo?! —nos gritó Blanca.

—¿Qué haces de qué, majara? —le preguntó Jasmine.

—Está inconsciente en mi dormitorio —dijo Blanca llorando a más no poder.

—Venga ya, ¿de verdad? —le pregunté cortándome todas las ganas que tenía de reír. Ella asintió

con la cabeza y se la agarró con las manos.

—¡Yo me cago en todo lo que se menea! —exclamé.

Jasmine, Blanca y yo fuimos a su dormitorio y tal y, como había dicho, el negrito buenorro estaba

tumbado en el suelo con un zapato sospechosamente cerca de su cabeza. Entre las tres intentamos

levantarlo pero fue inútil, lo único que al parecer tenía pequeño era el miembro porque pesaba una

barbaridad. Mandé a Jasmine en busca de las otras dos y esperamos pacientemente a que llegasen.

Cuando Mérida entró seguida de Aurora y de mi mensajera y vieron el panorama se echaron a reír.

Cuanto más reían ellas, más lloraba la pobre Blanca.

—¡A ver, un poquito de por favor! A la de tres lo levantamos y lo sacamos de la casa por la puerta

de la cocina.

Lo bajamos por las escaleras traseras para que nadie nos viese, sudamos la gota gorda. Cuando

llegamos a la cocina alguien abrió la puerta y del susto todas lo soltamos al suelo y le dimos un golpe

de narices al pobre muchacho. Este cayó justo debajo de la mesa y si no te agachabas o te ponías a

nuestro lado no lo veías.

—¡Ariel, estabas aquí! Llevo toda la noche buscándote —me dijo Jim más sonriente que nunca.

Suspiré y le dije:

—Atranca la puerta esa inmediatamente, ve por tu coche y tráelo hasta la salida de la cocina —le

ordené. Jim no tenía ni idea de lo que le estaba diciendo. Cuando se acercó a nosotras se tropezó con

el cuerpo, lo observó asustado y luego me miró a mí.

—No, no está muerto, te lo prometo, pero tenemos que sacarlo de la casa sin que nadie nos vea.

¡¡Corre por el maldito coche!! —le gritó Mérida. El pobre mío salió como alma que lleva el diablo y

en cuestión de minutos tenía casi el vehículo metido dentro de la cocina. Introdujimos al picha corta

en el maletero y me fui con Jim a ver dónde diablos dejábamos al desgraciado,

no sin antes hacer que

las cuatro me prometieran que iban a poner fin a la improvisada fiesta y que lo iban a tener todo

recogido para cuando volviese.

Jim no dijo palabra en todo el trayecto, el pobre era demasiado bueno para mí. Existiese el señor

B o no, la criatura hacía todo lo que le decía sin rechistar. Llegamos a un parque a las afueras de la

ciudad, abrimos el maletero y justo cuando íbamos a sacar al mastodonte oímos unas sirenas y unas

luces azules se nos acercaron por atrás. Noté en mi espalda algo que me apretaba y un hombre me

gritó.

—¡Arriba las manos, están detenidos!

Capítulo seis y medio

La vida de Jim

No podía creerme cómo una simple compra a una hamburguesería se podía torcer tantísimo.

Estaba en la celda de la comisaría esperando que llegase un abogado de oficio y me dijese cómo

salir de esta. Según había oído, nos acusaban de secuestro. Al parecer, la joyita con la que se iba a

acostar Blanca era uno de los mayores traficantes de drogas del lugar y estaba en busca y captura.

Según la paranoia que se habían inventado los señores agentes, Jim y yo éramos dos secuaces que

queríamos matarle y quedarnos con todo el negocio para nosotros solos... Me lo cuentan y no me lo

creo. Tenía derecho a hacer una llamada y tras pensármelo bastante, avisé a Mérida rezando para que

no la llevase muy gorda y me cogiese el teléfono, pero, como sospeché, mi querida amiga no estaba

operativa. Finalmente mi cabeza ganó a mi corazón y marqué el número que pensé desde el principio

pero que no me atreví a usar hasta ahora que ya no tenía muchas más opciones.

—Sí, sé que es tarde, pero necesito tu ayuda. Estoy en la comisaría de la ciudad. Haz algo por mí

alguna vez y sácame de aquí. Vale, de acuerdo. Gracias.

Cuando colgué el teléfono mi corazón estaba hecho un guiñapo, hacía demasiados años que no

escuchaba esa voz y después de todo este tiempo, él seguía consiguiendo ponerme nerviosa. Los

guardas me llevaron a las celdas de la planta baja, los hombres estaban separados de las mujeres y

no pude ver ni hablar con Jim para disculparme por todo lo que había pasado.

Al rato entró conmigo una mujer con las medias rotas, el pelo alborotado y una borrachera del

quince que le gritaba improperios a la policía mientras la lanzaban al interior de la celda y me

dejaban sola ante el peligro sin ningún tipo de miramiento. Pero, claro, teniendo en cuenta que yo era

un cartel de la droga tampoco es que pensarán que una prostituta me iba a amedrentar. Lo que no

sabían es que estaba cagadita de miedo y que los retorcioneros habían vuelto a mi barriga haciéndome

sudar a mares. Entre eso y que la calefacción brillaba por su ausencia, mi aspecto no debería de ser

para una fotografía, la que por cierto ya me habían hecho para poder tenerme fichada...

—¿Y tú qué se supone que has hecho? —me preguntó la tiparraca con la que compartía suite.

—Secuestrar a un tío con la picha chica —respondí. Para mi sorpresa la chavala empezó a reírse a

carcajadas, se sentó a mi lado en el suelo, me miró y continuó.

—Esa es la cosa más estúpida que he oído en todas las veces que he estado aquí. Hermana, si eso

es verdad eres una crack.

—No, un crack era él, que por lo visto suple sus complejos personales cargándose gente y

vendiendo droga —le respondí.

—¿No jodas? ¿Era negro? —Asentí con la cabeza— ¿Grande, buenorro y con la cabeza rapada?

—Afirmé de nuevo— Pues siento comunicarte que has topado con el tío más impresentable de la

ciudad, bonita.

Perfecto, no tenía bastante ya con lo mío como para encima cargar con las mierdas del resto...

—¿Ariel? —Un policía con exceso de donuts se acercó a nosotras y me levanté enseguida—

Puedes salir, han pagado tu fianza.

—¿Y la de Jim? —pregunté preocupada.

—El otro se marchó hace horas.

No me podía creer que se hubiese largado sin esperarme. Entiendo que la que lo había metido en

este embrollo había sido yo y que no podía culparlo por querer salir corriendo de allí. Yo tenía a la

loca de la colina haciéndome compañía pero a saber con quién le habría tocado a él compartir

cubículo.

Al llegar a la primera planta de la comisaría vi a un hombre vuelto de espaldas que me resultó

demasiado familiar. Su pelo negro como el azabache, su fornida espalda, su culo prieto y respingón.

Estaba hablando distendidamente con un agente y movía la cabeza de un lado a otro hasta que oyó

mis pasos y se volvió.

—Erick —lo saludé. Las piernas me temblaban, estaba más asustada frente a él que en el zulo de

abajo con la loca.

—Ariel, vayámonos. Ya te llamarán para testificar.

Salimos de allí y justo en la puerta se paró y me miró fijamente a los ojos como antaño solía hacer.

—¡Ya eres mayorcita para hacer este tipo de tonterías! ¿No te parece?
¿¡Raptar a un cártel de la

droga!?! ¿De verdad? ¿Qué será lo siguiente, Ariel? —Odiaba, detestaba que me tratase como a una

cría. Ya estaba empezando a recordar por qué lo nuestro se fue a la mierda. Él siempre fue don

perfecto, a veces me pregunto por qué no continuó con Bella en vez de conmigo, eran la pareja ideal,

los dos con esa moral tan afín el uno con el otro y siempre igual de rectos como si se hubiesen metido

un puto palo por el culo. Para una noche ya había tenido bastante jaleo y no pensaba aguantar un

sermón, la verdad.

—Mira Erick, muchas gracias por sacar a tu desvalida mujer del trullo, pero como bien dices, soy

mayorcita para sacarme las castañas del fuego solita, siento mucho haberte cortado lo que quiera que

estuvieses haciendo. ¿Tal vez ordenar los alimentos del frigorífico por nombres o por fecha de

caducidad? Me largo. Repito, muchas gracias por todo. —Me di la vuelta y lo dejé con la palabra en

la boca, él me agarró del brazo, me giró de un tirón y me besó. Fue como si el tiempo se detuviese,

como si nada más en el mundo existiera, era un beso familiar, cálido y triste, un beso demasiado

tierno como para ser un simple arrebató momentáneo. Erick no dejaba nunca nada en las manos del

azar. Me separé y esta vez fui yo quien lo miró fijamente. Se metió la mano en el bolsillo de la

chaqueta y sacó unos papeles.

—Ariel, llevo un tiempo pensándolo y nunca termino de tomar la decisión, ni de llamarte, ni de

rellenar esto, pero después de lo de esta noche, me he dado cuenta de que por mucho que yo quiera,

si tú no estás dispuesta a cambiar, nunca lo harás. No se pueden mover montañas con el corazón, mi

vida. —Sus palabras se me clavaron en el pecho como puñales—. Ariel, me enamoré de ti por lo

mismo por lo que hoy te dejo libre. Eres como una rosa, soy consciente de que si te cojo me

pincharás pero no pude evitar cortarte y retenerte a mi lado, aun sabiendo el dolor que provocan tus

espinas. —Las lágrimas comenzaron a inundar mis ojos y recé para que no se desbordasen, porque

entonces no sería capaz de pararlas—. Firma esto y te desvincularás de mí de una vez por todas.

Creo que es lo que debimos hacer desde un principio. —Me extendió los

dichosos papeles, estaban

arrugados y desgastados por el paso del tiempo. ¿Cuántos años llevaría con ellos encima? Saqué un

bolígrafo del bolso, me apoyé en un coche que estaba aparcado a nuestro lado y le concedí la

libertad que tanto ansiaba.

—Toma. Espero que la próxima vez que nos veamos seas feliz —le dije tragándome mi orgullo

por primera vez.

—Gracias. Deseo que encuentres el hombre que sea capaz de robarte el corazón y por quien te

arriesgues a madurar. No eres mala, Ariel, es solo que ese nunca fui yo. —Se agachó, me dio un beso

en la frente y se marchó.

Vi cómo se iba alejando la figura del hombre con el que había compartido casi toda mi vida y me

pregunté si alguna vez había hecho algo bien. Me quedé allí, de pie, con la mirada perdida

imaginando su silueta todavía andando frente a mí, no sé durante cuánto tiempo.

Alguien me tocó el hombro y salí de mi ensimismamiento. Mérida se puso frente a mí, la abracé y

lloré como nunca antes lo había hecho. Ella solo me sostuvo, no necesitaba que nadie me dijera que

todo iba a ir bien, no quería escuchar eso de que no merecía la pena, tan solo

ansiaba llorar,

desahogarme por primera vez en años, soltar toda la rabia y el dolor que había acumulado durante

todo este tiempo. Y para eso no podía haber encontrado mejor hombro que el de Mérida.

Cuando me tranquilicé un poco, nos fuimos a un bar cercano a tomar algo. Le expliqué lo que había

sucedido, incluido que acababa de volver a ser una mujer soltera.

—Ariel, no te preocupes, sabes que estamos aquí, nos has ayudado muchísimo, hasta Jasmine

parece un gatito doméstico en vez de un tigre de Bengala. A alguien capaz de lograr que esa mujer se

suavice le esperan cosas maravillosas en la vida. Te lo prometo —me dijo agarrando mi mano con

fuerza por encima de la mesa y haciendo que mis lágrimas asomasen de nuevo —. ¿Una copa? —me

preguntó.

—Paso, no estoy para fiestas. —Mérida frunció el ceño en señal de sorpresa —. Mejor un café con

Bailey a ver si me espabilo— le sonreí.

Cuando regresamos a la mansión las chicas se habían encargado de limpiarlo y ordenarlo todo, era

como si nunca se hubiese ido de madre la noche. Estaban en el gran sofá tumbadas con las luces

apagadas esperando a que llegásemos. En el momento en el que Blanca me vio

se tiró a mis brazos.



—¿Estás bien? Te prometo que no volveré a comportarme como una zorra nunca más, a partir de

ahora me conformo con el que limpia la piscina y con el consolador rosa del cajón —me lo dijo con

esa cara de pena y de angustia que no pude más que echarme a reír y las demás hicieron lo mismo.

Blanca nos miró muy seria y continuó hablando poniendo un mohín de niña chica—. ¡Sí, claro, venga

ya, ahora vais a decir que no tenéis uno vosotras!

—Yo tengo un arnés doble, cuando quieras lo probamos —se burló Mérida.

—Pues casi mejor que no cuento lo que yo escondo en la mesita de noche —confesó Jasmine.

—Mi marido es carajote, dice que esas cosas las carga el diablo —suspiró Aurora.

—¡Él se lo pierde! —le dije tirándome encima de ella en el sofá y estrujándola, después Mérida

se arrojó en plancha sobre mí y así sucesivamente hasta que todas estábamos en plan montaña,

asfixiando a la pobre Aurora hasta que la gravedad hizo de las suyas y fuimos a tomar por saco al

suelo una tras otra, quedándonos donde habíamos caído, sentadas y riendo.

«Tal vez, solo tal vez, esto de reencontrarnos no había sido tan mala idea».

—¿Oye y qué ha pasado con mi camarero guapetón que se derrite por ti? —me preguntó Jasmine.

—Pues no tengo ni idea. El policía me dijo que hacía horas que se había marchado, seguramente

en estos instantes estará bloqueando mi número y buscando otro curro menos peligroso.

El teléfono me vibró en el bolsillo, lo saqué y lo leí.

—Hablando del rey de Roma... —les dije.

—¿Qué le duele ahora al cobardica? —preguntó Mérida.

—Ni idea, dice que me debe una explicación.

—Los hombres son como los príncipes azules: los buenos solo existen en los cuentos —agregó

Jasmine.

Pusimos una película de miedo de esas de las que te hacen mirar a tu espalda

unas cuarenta veces

en un minuto y al terminarla decidimos por unanimidad hacer acampada en el salón todas juntas.

Por la mañana me vestí con mis vaqueros más cómodos, me puse los zapatos de deporte y una

camiseta de tirantes, me hice una cola alta y fui a ver a Jim sin ni siquiera pintarme. Después de lo de

Erick no me apetecía arreglarme ni intentar nada con nadie. Fui a verlo decidida a terminar con esa

relación o lo que fuese que tuviéramos.

Al entrar en la casa casi me da un patatús. ¡No había muebles, todo había desaparecido!

—¡¡Jim, te han robado!!

—No, Ariel, me temo que tenemos que hablar, pero todo lo que te diga tendrá que quedar entre

nosotros o me juego mi puesto de trabajo.

—No te preocupes por eso, Jasmine deja el bar. Mi amiga Mérida lo va a transformar en un pub de

ambiente. Ya solo te tendrás que ocupar de mantener tu lindo culo pegado a la pared cuando salgas

de la barra —le sonreí. Él me miró triste y me llevó a la terraza en la que todavía quedaban dos

sillas y una mesa.

—¿Quieres tomar un café? —me preguntó.

—Soy alérgica a la cafeína, pero si tienes una cerveza creo que me la tomaría
—. Regresó con dos

botellines en la mano y comenzó a titubear, odiaba que los hombres hiciesen
eso cuando pretendían

mandarme al garete, así que lo hice yo por él.

—Mira, Jim, estuvo bien mientras que duró, pero sé de sobra que la diferencia
de edad es algo

tangible entre nosotros. En la cama eres una máquina y siento ser yo quien lo
diga de los dos, pero

esto no puede continuar.

—Ariel, te he mentido —me interrumpió.

—¿Cómo que me has mentido? Eso es algo que los hombres suelen hacer
constantemente —le

reliqué.

—Escúchame un segundo, por favor, no tengo demasiado tiempo y si
descubren que estoy

hablando contigo estaré en bastantes problemas, pero no podía irme sin darte
una explicación —me

callé la boca y lo miré sin saber de qué puñetas me estaba hablando— No soy
camarero.

—Pues podrías pensártelo, se te da de maravilla.

—¡Arieel!

—Vale, perdón. Lo hago sin querer, continua.

—La policía secreta está investigando a Jasmine, esto es un piso franco. Saben

que tiene asuntos

turbios aparte de tener el pub de intercambio de parejas. Creen que está involucrada en chantajes y

extorsión. —Casi se me cae la boca al suelo— Soy policía, estoy de incógnito, llevo meses infiltrado

en el bar, recopilando pruebas, pero entonces apareciste tú y...

—Y dijiste: ¡Mira qué bien, voy a follarme a la tonta de la amiga a ver si ella sabe algo!

—No, bueno sí, pero solo al principio.

—¡Vete a la mismísima mierda, Jim, o Peter o quien coño quiera que seas! — me levanté

indignada, con mi cerveza en la mano, eso sí, no la iba a dejar allí, pero él se interpuso en mi camino

y me agarró por los hombros.

—¡¡Ariel, entiéndelo, es mi trabajo!!

—Y el mío es ayudar a mis amigas y no acostarme con capullos integrales como tú. ¡Claro, por

eso saliste tan rápido ayer de comisaria y por eso no ha costado nada mi fianza! ¡Te tengo a ti como

testigo de que no estaba secuestrando al picha chica de mierda ese! —Se acercó e intentó besarme,

pero ya estaba un poco hasta el tofo de que todos los hombres de mi vida jugasen con mis

sentimientos y con mis besos. A partir de ahora mi saliva iba a ser para quien a mí me diera la real

gana. Lo aparté de un empujón y me fui de allí sin mirar atrás. Bueno, mentira, cuando bajé eché un

vistazo a la ventana de su balcón y, tal como imaginé, estaba asomado viendo cómo me marchaba.

Cuando llegué a la casa, me llevé a la piscina a Jasmine y hablé con ella de todo.

—¡Será sinvergüenza! —repetía una y otra vez.

—Jasmine, te tienes que ir con tu padre y acogerte a su inmunidad diplomática o estás jodida. Si

quieres, yo voy contigo a contárselo. Él ya sabe todo lo que has hecho y está dispuesto a perdonarte

—le aconsejé.

—Solo si prometes que vendrás conmigo. —Me dejó muerta con su respuesta.

—Cuando termine aquí con toda esta locura, te juro que me voy contigo por un tiempo. Aquí ya no

me retiene nada, Jasmine, será bonito conocer tu país. —Nos abrazamos justo en el momento en el

que Mérida entró en escena.

—¡Oye, que si queréis me uno a vosotras, yo tengo más experiencia que la sado matrix esta! —se

burló, sin darse cuenta de que Blanca y Aurora venían por su espalda silenciosamente y en un

segundo la habían empujado al agua con ropa incluida.

—¡Así te enfrías, que llevo toda la noche con un ojo abierto como los gatos por si te daba por

meterme mano! —le gritó Aurora. Me gustaba volver a verla sonreír.

—¡¡Sois malas personas todas, que lo sepáis!! ¡¡Cuando salga le voy a poner pilas sulfatadas a tu

jueguito y a ver si te tiras también a la piscina cuando estés caliente!! —le gritó Mérida a Blanca.

—¡Mejor me tiro al piscinero! —le respondió riéndose.

Un coche color arena del desierto y los cristales negros entró en la mansión. Todas nos quedamos

quietas esperando a ver qué sucedía ahora. La puerta se abrió lentamente y del vehículo salió Bella

llorando.

«¡Dios mío, y ahora qué!»

Capítulo siete

La vida de Bella

Entramos al salón y Blanca le dio una tila doble a Bella para que se relajase. Pero esa mujer era

un mar de lágrimas y no había forma de hacerla parar. Era la primera vez que la veía sin maquillar y

despeinada. Lo cierto es que tampoco era para tanto, me dije sintiéndome un poquillo culpable.

—¿Mejor? —le preguntó Aurora, que estaba sentada a su lado.

—Sí, gracias.

—Bueno, ¿se puede saber qué te ha pasado? —le preguntó Mérida con su tacto habitual.

—Creo que mi marido me engaña —respondió sollozando.

—Bienvenida al club, amiga —dijeron Blanca y Aurora a la vez.

—Yo no quiero ni regresar a mi casa después de verlo en esas fotos besuqueándose con esa puta

—añadió Aurora. Pero entonces Bella tuvo una reacción extraña, miró a Aurora y se levantó

rápidamente del sofá.

—No tendría que haber venido a contaros mis penas, seguramente no sea nada. Mejor me marchó

—concluyó. Mi mierda de conciencia hizo que la detuviese.

—Bella, estamos juntas en esto, el destino ha querido que nos reencontremos y todo en la vida

ocurre por algo, no te vayas —le aconsejó.

—Además, ya te toca llevarte al patito feo a tu casa durante una semana, aunque estoy casi segura

de que nos la devolverás antes, créeme —se burló Mérida.

—Cierto, espera un segundo, recojo mis cosas y nos vamos, ¿de acuerdo? —le dije fingiendo una

sonrisa. Ella, para mi desgracia, asintió y yo, como buena estúpida que era, empaqué y me marché en

su flamante coche a la casa de la señora perfección.

Su casa estaba a las afueras de una ciudad cercana, estuvimos en la carretera tres cuartos de hora

metidas escuchando temas instrumentales de Lindsey Stirling. Al menos, tenía

buen gusto para la

música. Nos adentramos en un frondoso bosque en el que había un único camino hecho

exclusivamente para que ella y su familia accedieran a su residencia. A lo lejos se veían los altos

torreones de lo que antiguamente fue un castillo medieval que hoy estaba perfecta y carísimamente

reconstruido, seguramente con todo tipo de lujos. La entrada era un camino bordeado por rosas rojas

a ambos lados. En el interior lo primero con lo que te topabas era con un gran salón coronado por

una gigantesca lámpara de araña de a saber qué siglo. El suelo era de madera y una alfombra roja

cruzaba toda la estancia y subía por unas formidables escaleras. Lo que se dice todo baratito...

En la segunda planta me llevó hasta un dormitorio de los de princesa, con todos los muebles

blancos de tamaño XXL, y me dejó allí para que me instalase. En el interior de la habitación había un

cuarto de baño con una bañera vista con los grifos dorados y unos veinte tarritos de potingues de los

que robas en los hoteles. Hasta las toallas estaban bordadas con la inicial de Bella. Me acordé del

señor B, desde nuestro fugaz cruce de miradas en el restaurante no había vuelto a saber de él. Me

preguntaba dónde estaría y qué estaría haciendo. ¿Le habría dicho ya a su

mujer que no la quería?

Esas cosas solo pasaban en los cuentos de hadas y mi vida no es que fuera uno, la verdad. Eliminé de

mi mente al señor B e intenté mentalizarme para pasármelo lo mejor posible el tiempo que me tocara

estar allí, que lo único que pedía al cielo era que fuese cortito.

Escuché que llamaban a la puerta y fui a abrir.

—Ariel, estaba pensando que podría gustarte montar a caballo antes de la hora de la cena. Te

traigo la ropa de montar—. La cara de ilusión de Bella con esas botas y esos pantalones con

rodilleras en la entrepierna no me dio opción a negarme y acepté emocionada.

Me puse la ridícula indumentaria, casquito de pelillos incluido, y bajé a darle encuentro a mi

anfitriona. Bella estaba preciosa con una vestimenta que casi seguro estaba hecha a medida para ella,

de color gris y negra, mientras que la mía era color caca de niño chico. Las botas me estaban un poco

grandes pero visto el resultado final tampoco es que me importase demasiado.

Nos dirigimos a las caballerizas, allí había alrededor de veinte caballos. Aunque os parezca

imposible, no olía a estiércol como es de suponer en un sitio así, más bien era como heno recién

cortado mezclado con frutas. Creo que mi casa olía peor. Ella eligió un caballo alto, negro con una

mota blanca en la frente como si fuese un lucero, era majestuoso y precioso.

—¿Has montado últimamente? —me preguntó. «¡Juro que como me dé un pony le doy dos ostias!».

—Por supuesto, cada fin de semana en mi ciudad. Tengo algunos caballos de mi propiedad —

mentí como una bellaca.

—Entonces te llevarás bien con Tornado, solo deja que lo monte mi marido pero si tú sabes, no

tendrás ningún problema. —En ese momento deseé haber hecho testamento...

Tornado era un caballo todavía más alto que el del culero en la frente, de color blanco brillante

con la crin negra, ojos penetrantes y mirada de mala leche. Bella se montó ágilmente sobre su corcel,

sin ninguna complicación. «¿A ver cómo cojones hacía yo eso?»

—Adelántate tú, ahora te cojo, tengo la manía de hablar con ellos la primera vez que me subo a su

grupa —le expliqué casi sin creérmelo.

Cuando Bella se largó, busqué una silla o algo similar para poder sentarme encima de esa cosa y

suicidarme por carajota, ya dicho de paso. Al lado de la entrada había una escalera de tres

escalones, la coloqué bajo el caballo y cuando estuve a la altura de su miembro casi me caigo de

espaldas. «¡Menos mal que los experimentos de Aurora eran con cebras!» Me subí al último peldaño

y levanté la pierna lo que los jodidos pantalones me permitieron, que no es que fuese demasiado, y ni

con esas tenía narices de llegar. Rebusqué un poco más el lugar y di con un cubo de madera de los

que les ponen a los caballos en las caballerizas para beber, y de pronto se me ocurrió una buena

idea: colocarlo sobre la escalera y agregar otro improvisado escalón más. Aquello parecía la Torre

de Pisa, pero no iba a consentir que Bella me dejase en ridículo, estaba casi segura de que lo de

darme el súper mega caballo gigante lo había hecho a propósito. Agarré la parte delantera de la silla,

suspiré, recé medio padre nuestro y salté encima de la hermosa criatura con los ojos cerrados,

cuando los abrí, todo seguía en su sitio y yo estaba perfectamente montada encima de Tornado. Me

sentía orgullosa de mí misma. «¡Chúpate esa, karma!» Le di un pequeño golpecito en el costado con

el pie y comenzó a moverse lenta y suavemente. Creo que el caballo podía oler mi miedo y se estaba

comportando.

Al salir de los establos vi a Bella a lo lejos esperando a que yo terminase mi conversación en plan

el hombre que le susurraba a los caballos, pero en charla amena. A ese paso tardaría cinco minutos

en llegar hasta ella y una amazona profesional como pretendía venderle no

podía consentir eso. Me

armé de valor y golpeé con más fuerza al equino. Este levantó ambas patas delanteras unos

centímetros y comenzó a galopar como si le fuese la vida en ello, intenté mantener la postura recta

que había visto en la televisión, pero me fue imposible, me conformé con abrazarme a su ancho

cuello con las dos manos y viendo mi vida pasar ante mis ojos. Cuando Tornado pasó junto a Bella

decidió que ella le gustaba tan poco como a mí y continuó su galope hasta el quinto infierno, hasta

que perdí de vista a la otra caballista. Me sentía como una auténtica valquiria, el viento me daba en

la cara, bueno, en una parte, la otra la tenía pegada al sudor de la piel del animal y me estaba dando

mucho asco, pero era eso o caerme. Tornado llegó hasta las lindes del bosque y se detuvo en un

manantial a beber, lo que me dio un poco de vidilla para poder incorporarme de nuevo. El caballo

sació su sed y de pronto movió las orejas de un lado a otro como si hubiese escuchado algo familiar.

Ya estaba casi anocheciendo y sin mi escalera no me veía capaz de bajar de aquello y, peor todavía,

de regresar andando sola de noche. Montada en él me sentía segura, pero sola era otro cantar. El

caballo trotó un poco a nuestra derecha y divisé en el camino a lo lejos un

coche negro que se dirigía

a la casa. Tornado resopló y volvió sobre sus pasos más rápido incluso que antes, esta vez no me dio

tiempo de sujetarme en condiciones y me quedé ridículamente casi colgando de medio lado

agarrándome a todo lo que vi que sobresalía de la montura.

En unos minutos llegamos a las caballerizas donde Bella me esperaba preocupada.

—¡Por fin! Creí que te habías perdido —me dijo la muy asquerosa.

—No pasa nada, ve dentro, me despido de Tornado y te sigo.

—De acuerdo, mi marido está a punto de llegar, dúchate tranquila y cenamos los tres juntos. Mi

hijo está pasando unos días con mis padres.

—Sin problema —le contesté deseando que se fuese y poder quitarme aquel bicho de la

entrepierna.

Con mucho esfuerzo logré que Tornado se dirigiese hasta el final del todo, pero casualmente

habían quitado la escalera y el cubo, así que no me quedó otra que tirarme al vacío. Coloqué las dos

piernas en la misma dirección y como si de un tobogán se tratase, me deslicé por el costado del

caballo hasta que caí al suelo encima de algo blandito. Al levantarme casi me echo a llorar al ver

que todo había salido medianamente bien. Solo había una cosa rara, ahora sí que olía a excrementos.

Me giré de un lado a otro y olfateé un poco y el olor no disminuyó, miré abajo y descubrí que lo

mullido en lo que había aterrizado realmente era una boñiga de más de kilo y medio y llevaba la

mitad pegada al culo. Cuando me decidí a andar para correr al dormitorio antes de que nadie me

viere algo me detuvo. Me dolían las piernas a rabiar, era como si me costase trabajo dar un paso, así

que tuve que hacerlo imitando a los pingüinos. La cara la tenía llena de sudor y pelos, el culo de

color marrón y me había escardado para siempre. Anduve como pude hasta la puerta de la casa.

Bella me esperaba en el salón y al verme se le abrieron los ojos como platos.

—¿Qué te ha pasado?

—Digamos que Tornado no es muy amigo mío todavía y al bajarme he sufrido un pequeño

accidente —respondí agachando la cabeza.

En ese momento la puerta principal se abrió y oí como unos pasos se acercaron hasta nosotras. Yo

permanecí de espaldas intentando volverme invisible, pero no lo logré.

—¡Adam, ya estás aquí! Hemos ido a montar a caballo un rato para hacer tiempo y mi amiga Ariel

ha tenido un pequeño percance con Tornado —saludó Bella a su perfecto

marido.

A medida que me fui girando y vi la silueta del esposo de Bella la tensión se me fue bajando y noté

como una pequeña arritmia en el corazón. El hombre se agachó y besó a su mujer en la frente de

manera fraternal, me miró y me alargó la mano cortésmente. No podía respirar, no sabía cómo

reaccionar, la habitación me daba vueltas, me estaba mareando. Le devolví el saludo y subí como

pude las y pico mil escaleras que conducían a mi dormitorio sin articular palabra. Una vez dentro

cerré la puerta, fui al baño, me quité la apestosa ropa, me metí en la bañera, encendí la ducha y rompí

a llorar como un bebé.

¿Y ahora qué iba a hacer? Si me marchaba de repente parecería demasiado sospechoso, necesitaba

un plan. Cogí el móvil y le mandé un mensaje de auxilio a Mérida.



A los cinco minutos me respondió diciendo OK junto con una carita malvada al lado. Sé que se

pensará que estar con Bella durante casi todo un día había sido suficiente calvario para mí y que

necesitaba oxígeno, pero la realidad era que aquello era más de lo que podía digerir.

—Me puse un pantalón azul marino de tela ancho y una camisa escotada en uve blanca con encajes

y transparencias tanto en el pecho como en los hombros. Me ricé el pelo como sabía que a él le

gustaba y lo dejé suelto. Intenté pintarme lo mejor que pude, me calcé unos zapatos de tacón ancho

para evitar seguir haciendo el ridículo y caerme como de costumbre.

Hice el amago de salir del dormitorio unas veinte veces, mi mano hacía el gesto de girar el

picaporte, pero eso nunca sucedía. Hasta que alguien llamó a mi puerta y yo casi escupo mi corazón.

—Ariel, ¿te falta mucho? La cena está lista —la voz de Bella atravesó la puerta y entonces mi

cerebro decidió que era mejor no acudir sola. Abrí y le sonreí.

—Estaba saliendo ahora mismo.

Bella estaba tan deslumbrante como siempre, un pequeño surco negro bajo los ojos enturbiaba su

mirada, pero eso tan solo alguien que la conociera tan bien como yo podría notarlo. Las dos nos

dirigimos al salón donde una estupenda mesa estaba dispuesta para cenar. Su marido estaba de pie

junto a una silla esperándonos. Al verme se quitó el botón del cuello de la camisa y tragó saliva, lo

que significaba que mi plan de ponerme súper buenísima de la muerte había surtido efecto. Él

encabezó la mesa con Bella a un lado y conmigo al otro. Un mayordomo nos fue sirviendo la comida.

Mi voz fue incapaz de salir de mi garganta.

—Ariel, ¿estás bien? Llevas más de diez minutos sin decir nada y eso es lo máximo que recuerdo

que hayas estado callada desde que te conozco —me preguntó Bella—
¿Recuerdas a Adam?

Le miré conteniéndome las ganas de tirarle la puñetera sopa encima y dije la verdad.

—Pues la verdad es que no te recordaba, Adam. Refréscame un poco la memoria. ¿De qué nos

conocemos? —le atacó sutilmente de manera que solo él se diese cuenta.

—Pues cuando estábamos en el instituto yo era bastante distinto a como soy ahora, me habrá

pasado como a ti, que hemos ganado con los años, querida Ariel. —«Si tenía la desfachatez de

volverme a decir querida le iba a clavar el tenedor en un ojo y me iba a quedar tan pancha».

El sirviente retiró los patos y trajo un surtido de marisco individual para cada uno con un cuenco

de la sabrosa sopa de limón limpia dedos tan depurativa.

—¿Sabes, Bella? La última vez que me pusieron esto en un restaurante creí que era para tomarla.

Menos mal que un listo de una mesa contigua me avisó a tiempo, si no, no sé qué habría sido de mi

estómago.

—Menos mal, creo que lleva un poco de lejía para eliminar el olor a marisco —se alegró Bella.

—Sí, justo a tiempo de bebérmela —continuó. En ese momento al señor Adam le dio un fuerte

ataque de tos.

—Cariño, tienes que dejar de dormir con la ventana abierta.

—Pues tú no tienes pinta de estar enferma, Bella, estás tan reluciente como siempre —le mentí.

—Nuestro hijo está enfermo y llevo algún tiempo durmiendo en su misma habitación —me

explicó. Pero yo sabía que la verdad era muy diferente.

—Por mucho que pienso no logro caer en usted, señor Adam —volví a meterle los dedos.

—Eso debe de ser porque cuando éramos jóvenes me llamaban por mi apellido, Best, y me pasaba

el día jugando al fútbol sin hacer demasiado caso a las bellezas que pasaban por mi lado y por

consiguiente ellas tampoco a mí —respondió.

El timbre de la puerta sonó, el mayordomo le susurró algo a Bella y ella se disculpó y salió de la

sala cerrando la puerta.

—¡Eres un hijo de la gran puta, embustero!

—Ariel, yo no sabía que te ibas a enterar así. Te lo juro.

—¿Ah no? El todopoderoso señor B no tenía dentro de sus planes que viniera a ver a su querida

esposa. ¡Farsante! Debería contarle a Bella todo y dejarte con el jodido culo al aire.

—No lo harás.

—¿Cómo estás tan seguro de eso?

—Porque te conozco.

—¡¡No me conoces una mierda!! —le grité justo cuando Bella regresó al comedor seguida de

Mérida y se quedó muerta con mi grito.

—¿Pasa algo? —quiso saber.

—No, perdona, me he emocionado hablando de las pinturas de los cuadros. El arte no es lo mío y

tu amor de marido estaba pacientemente explicándomelos —me excusé.—
Mérida, ¿qué haces aquí?

¿Ha pasado algo? —comencé con el teatro.

—Mmmm, sí. Blanca dice que tienes que ir, que tiene un ataque de nostalgia y necesita que

estemos todas. —«¿Realmente eso era lo mejor que podía ocurrírsele?»

—Bueno, me ha encantado la velada, Bella, pero el deber me llama —me disculpé.

—¿Queréis que vaya con vosotras? —preguntó preocupada Bella.

—Nooo —respondimos Mérida y yo a la vez.

—No es necesario. Descansa y aprovecha que estáis a solas este hombretón y tú, sin el crio, no

queremos molestar. Mañana vengo por mis cosas. Un placer, señor B, digo Adam —me despedí, cogí

a Mérida de la mano y salí corriendo de allí.

—¿Se puede saber qué ha ocurrido ahí dentro? —me preguntó Mérida una vez que estuvimos en el

coche.

—Prefiero no hablar del tema ahora mismo, estoy demasiado enfadada como para pensar con

lucidez. Gracias por venir a buscarme en vez de llamar —le respondí.

Sabía que sus preguntas no iban a parar así que decidí hacerme la dormida el resto del camino,

tenía mil cosas que analizar y la incansable verborrea de mi fiel amiga no era de ayuda en estos

instantes.

En casa de Blanca me disculpé fingiendo una jaqueca enorme y me fui a la cama a maquinar un

plan B, nunca mejor dicho. No me gustaba que se aprovecharan de mí y mucho menos dos tíos en un

mismo día. Ya era hora de comenzar a hacer yo lo mismo.

Esa noche casi no pude dormir y cuando lo hice soñé con Bella apuñalándome y gritándome

traidora. En mi sueño yo tenía las manos y los pies atados y el señor B yacía en el suelo sobre un

gran charco de sangre. A la mañana siguiente me vestí con un chándal y dije que me iba a correr para

desintoxicarme de la cerveza, mis amigas creyeron que estaba enferma. Mi lema número uno durante

toda mi vida ha sido siempre el mismo: Correr es de cobardes... así que no era de extrañar su

escepticismo. Cuando hube girado la primera manzana notaba como el corazón se me iba a salir de la

boca, la falta de costumbre, el tabaco, el alcohol y una vida sedentaria como la mía habían logrado

que andar un poco más rápido de lo normal ya fuese para mí como una maratón, ya no digo correr de

verdad. Saqué el teléfono y llamé a un taxi en cuanto estuve lo suficientemente lejos como para no ser

descubierta.

—¡Hola! —saludé alegremente a mi taxista calvo favorito, quien no se alegró tanto al comprobar

de quién se trataba.

—¿Dónde vamos esta vez? ¿Al bar? —me preguntó sin ninguna gana.

—No. A la comisaría de policía —le sonreí. Él frunció el ceño y condujo a más de mil para

librarse pronto de mi molesta presencia. Desde luego era la número uno haciendo amigos...

Esperé apoyada en el coche que estaba justo frente a la puerta. La verdad es que vigilar una

comisaría era de lo más entretenido, vi a un montón de polis macizos, presencié como sacaban de los

coches e introducían en el edificio a la fuerza a varios maleantes de tres cuartos. Digamos que unas

horas y varios cigarros después encontré a mi primera víctima y le seguí con cuidado. Cuando

llevábamos andados unos cien metros, Jim se dio la vuelta y me miró.

—Ariel, eres malísima como espía, has hecho ruido más cinco veces, casi te

chocas con la farola

y has pisado a un perro. ¿En serio pensabas que no me había dado cuenta de que me seguías? —me

dijo moviendo la cabeza.

—A ver, no soy profesional a diferencia de ti, todo esto de las mentiras y del fraude se te da

bastante mejor. He de reconocerlo —le insinué.

—¿Has venido hasta aquí para insultarme? —me preguntó.

—Pues mira, ya que lo mencionas, no. Más bien quiero que me invites a tomar algo en el bar de la

esquina y que charlemos un ratito. —Sin permitir que me pusiera ninguna excusa, me colgué de su

brazo y casi que lo obligué a ir en la dirección que yo quería. Una vez dentro me miró nervioso.

Sinceramente estaba disfrutando con aquello. Cuando muera iré al infierno, lo sé, pero en el cielo

seguramente hace frío y los que están son tontos.

—Ariel, ya tengo bastantes problemas por mandar a la mierda la investigación. Tu amiguita se ha

acogido a la inmunidad de su padre. Ahora no tengo jurisdicción sobre ella.

—Hablando de eso mismo. Tus superiores no saben que fuiste tú quien filtró información para

ayudarla. ¿No? —Jim comenzó a sudar, yo me envalentoné y seguí con mi discurso—. Sería una pena

que lo descubriesen y que perdieras tu trabajo por acostarte conmigo y contarme cosas indebidas. Sé

que lo pasamos bien y todo eso, pero tampoco fue para tanto.

—Ve al grano, ¿qué quieres? —me apremió.

—Querer, lo que se dice querer, no quiero gran cosa. Necesito que hagas en condiciones esta vez

un trabajito. Te voy a dar un nombre y quiero que averigües quién es el padre de su hijo. —Jim

intentó interrumpirme, pero fui más rápida— Y no vale que me digas que un policía secreto con tu

experiencia que ha estado a punto de desarticular una red de chantaje no es capaz de algo así.

—No iba a decir eso, Ariel. Sé que me merezco que me trates con esta indiferencia y repudio y

también sé lo importante que es para ti la amistad y que lo haces por alguna de tus amigas. Lo haré,

no te preocupes. Dame unos días.

Jim, dejó unos billetes sobre la mesa, se agachó, me cogió la barbilla y me susurró al oído.

—Lo hubiera hecho sin necesidad de que me amenazases. Y no me arrepiento de lo nuestro, al

contrario, me apena que esto haya terminado así. —Me besó en la mejilla y se fue. Si en algún

momento pensé que tenía al toro cogido por los cuernos, ese beso y descubrir el verdadero nombre

del señor B acababan de derrumbar mi torre de naipes.

Decidí contarle a Mérida absolutamente todo lo que había pasado, si había alguien totalmente

imparcial esa era ella. La llamé y quedamos en el mismo café en el que ya estaba, entre el caballo

ayer y la carrerita mis piernas no daban para más.

Me encantaba decirle chismes a ella, su cara era para fotografíarla con cada nuevo dato y luego

montar un video, sería graciosísimo.

—Eso es todo.

—¿Eso es todo? ¿Te parece poco? A ti nadie te contó el chiste de cuando vayas a explicar algo

muy, muy gordo primero tienes que decir: ¡La abuela se ha subido a un árbol! De ese modo la otra

persona ya está preparada para lo peor. ¡No que casi me da un infarto! A ver, te resumo. Le has

puesto los cuernos a Bella con su marido, ella se los ha puesto a él con no sabemos quién aún y tiene

un hijo que se puede morir si no recibe un trasplante. ¿Correcto?

—Digamos que sí.

—¡Será puta y mala madre la tía! ¿Y qué hacemos?

—Jim ha quedado en contestarme en unos días, espero que él pueda encontrar la incógnita de la

ecuación. —Mérida llamó al camarero y pidió dos cervezas y dos tequilas.

—¿Qué? ¡No me mires así, tú has tenido tiempo para asimilarlo, yo estoy en shock!

Mi teléfono comenzó a vibrar.



—Por lo menos ahora sé cómo se llama —suspiré.

—¿Es él? Mándalo a la mierda o no, espera, mejor, dame su número, lo llamo y lo hago por ti —

me pidió Mérida frotándose las manos.

—¿Qué hago? —le pregunté nerviosa.

—No ir.

—Pero quiero ir.

—Y yo tirarme a Whitney Houston pero me detendrían por necrofilia, así que me fastidio.

—¡¡Burraaa!!

—Ya, ¿pero a que te pongo? —me dijo con la mayor de sus sonrisas.

¡Adoraba a esta loquita! Quizás tenía razón y debería quedarme tal y como estaba y no remover

más la mierda. El caso es que no tenía ni idea de qué cojones hacer en ese momento.

Tras unos cuantos chupitos más, mi necesidad de ir al servicio era inminente y mi buen juicio

comenzó a nublarse poco a poco.

—Voy al baño, ahora vuelvo —le mentí.

El servicio de la cafetería tenía una pequeña ventanita encima del inodoro, después de mirarla

durante algunos minutos, decidí ir a mi cita con el destino. Cerré el pestillo y me subí sobre la taza

del váter para lograr llegar hasta ella. Debía de hacer años que no la abrían, apreté con todas mis

fuerzas, perdí el equilibrio y mi pie fue a parar a darse un remojón en el agua, al menos, había

tomado la precaución de tirar de la cisterna y era simplemente agua. «¡Ariel uno, karma cero!». Me

costó la misma vida conseguir que se moviese un poquito. Miré detenidamente la abertura y luego

observé mi trasero, las medidas nunca fueron lo mío pero apostaría mi pelo a que era capaz de pasar

por esa rendija. De un salto llegué hasta ella, usé la puerta del mini baño para

impulsarme. Como era

de suponer, no habían reparado en gastos a la hora de instalarla, estaba hecha como de cartón del

malo y le hice un boquete bastante considerable. ¡Menos mal que para cuando se diesen cuenta ya me

habría largado! Pasé sin demasiado esfuerzo la cabeza y los hombros, pero cuando le tocó el turno a

la zona de las caderas mis piernas se quedaron colgando en el aire sin nada con lo que hacer fuerza.

Traté de hacer de Spiderman y con las manos en la pared exterior intenté sacar el resto del cuerpo

del atolladero, pero al levantar la espalda la ventana cayó y me aprisionó aún más. De pronto me vi

con medio cuerpo fuera del edificio a un metro y medio de altura y la otra mitad colgando sobre un

váter. No era capaz de moverme ni para un lado ni para el otro. ¡Perfecto! Mérida llevaba ya una

borrachera considerable y de seguro que el tiempo lo calculaba a un ritmo distinto al del resto de los

humanos.

La dichosa ventanita daba a un callejón en el que depositaban la basura y donde no había ni gatos.

A los quince minutos de estar allí una señora intentó entrar y al ver el pestillo echado, se disculpó y

se fue, sin que me diese tiempo a reaccionar. El estómago me estaba comenzando a doler a rabiar y el

aire me faltaba. Cuando estaba a punto de desmayarme escuché la voz de mi amiga.

—¿Ariel?

—¡Socorrooooo! ¡Ayúdame, no puedo salir! —le grité.

—¡Retírate de la puerta, voy a intentar abrirla! —«Como si eso fuese tan fácil».

Después de oír al otro lado unos cuantos golpes, algunos ¡uis!, más de una palabrota y demasiados

gritos al camarero por parte de Mérida, escuché como, por fin, se quitaba el cerrojo.

—¡¡¿Qué coño haces?!!

—Tomar aire, no te jode. ¡¡Bájame!! —le sugerí.

Cada vez que Mérida tiraba de mí la ventana se me clavaba en la espalda y se cerraba

aprisionándome más. Dejé de sentir las piernas y al poco o al mucho, no sé cuánto tiempo pasó,

escuché una sirena, lo que no era muy de extrañar teniendo en cuenta que estábamos relativamente

cerca de una comisaría de policía. La vista empezó a nublárseme y perdí el conocimiento.

—¡Señora, no se preocupe! ¡Vamos a sacarla! ¿Señora? ¡Daos prisa con la sierra, esta mujer no

aguantará mucho más! —Escuché esas palabras como si fuese un sueño y noté como me colocaban

algo en la boca. De buenas a primeras podía volver a respirar. Abrí los ojos

despacio y me encontré

la preocupada cara de un muchacho de unos veintitantos con un casco de bombero puesto. ¿Estaría

muerta? ¡Realmente estaba para mojar pan el muchachito!

—¡¡Como le hagan daño los capo!! —La voz de Mérida me trajo de vuelta a la realidad. Abrí más

los ojos y contemplé el panorama.

Un camión de bomberos, escalera desplegada incluida, estaba intentando liberarme de la dichosa

ventana. Dos coches de policía estaban aparcados a pocos metros de la pared y de entre todos los

maderos de la ciudad, era Jim quien estaba allí abajo mirándome. No sé si su rostro era de inquietud

o de desolación.

Me pusieron una manta por encima de la espalda y algo empezó a echar chispas y a hacer un ruido

terrible demasiado cerca de mí. Al rato escuché como la ventana se caía al suelo y el cristal se hacía

añicos. El bombero jaló de mí y me cogió en brazos para bajarme hasta la camilla de una ambulancia

que aguardaba en la esquina del callejón.

—¿Se puede saber dónde coño ibas?! Te prometo que llevaba dinero para pagar, estúpida —me

regañó Mérida, y eso fue lo último que escuché.

Capítulo siete y medio

El engaño de Bella

Desperté de nuevo en esa triste habitación de hospital, en esta ocasión llevaba un gotero puesto y

estaban monitorizando mis constantes con un cacharrito en mi dedo. Nada más abrir los ojos vi a Jim

sentado en el butacón de mi derecha con la mirada fija en la ventana, totalmente abstraído en sus

pensamientos.

—No sabes qué hacer para estar conmigo, ¿eh, chiquitín? —le dije como pude. Él se sobresaltó,

se levantó y se sentó en la cama conmigo. Me tocó el pelo y me contempló de la manera más tierna

que nadie había hecho jamás.

—Ariel, eres realmente consciente de que tu vida es un jodido desastre y de que tú estás como una

cabra, ¿verdad? ¿Qué puñetas hacías en esa ventana?

—Si te soy sincera, no lo recuerdo demasiado bien, creo que quería fumar un cigarrillo —le mentí,

pero su gesto me dio a entender que no se había creído ni una sola palabra. Entonces llegó Mérida y

al verme me dio un cosqui en la cabeza.

—¡¡Eh, que estoy malita!!

—¡¡Malita no, carajota más bien!! ¡Te juro por Dios que como todo esto haya

sido para irte a ver a

ese neandertal la próxima vez que lo vea se va a enterar de lo que vale un peine! —vociferó sin

ningún tipo de tacto ni precaución al hablar. Casi se me cayó la cara al suelo de vergüenza, me sentí

la persona más retorcida del mundo.

—Jim, yo...

—Ariel, no estamos juntos, no te preocupes. Pero la próxima vez sal por la puerta, no siempre vas

a tener tanta suerte.

—Oye, yo si fuera hetero me lo tiraba. Además, es muchísimo más mono que el otro, qué quieres

que te diga. —El desparpajo y la desfachatez de mi amiga me ruborizaron mientras que Jim se partió

de la risa.

—Bueno, tengo una buena noticia. Quiero ir ganando puntos para que no me larguen de la

comisaria —me dijo guiñándome un ojo y me dio una carpeta que ponía confidencial.

—No iba a hacerlo, Jim, solo necesitaba esa información y después de lo que pasó no vi otra

forma de pedírtela —me disculpé.

—Pues ahora que lo sé le va a costar un poco más cara, señorita. Se la cedo a cambio de que

venga conmigo la semana que viene al baile de princesas que hacen en el centro de la ciudad.

—Claro que vamos —respondió Mérida por mí mirándolo con cara de estúpida.

—Entonces tenemos una cita. Te dejo descansar y que leas eso tranquila. —Se agachó y me dio un

tímido beso en los labios casi sin rozarlos y dejándome con ganas de más.

—Definitivamente tú estás tonta —me insultó mi amiga del alma, que acababa de concretar una

cita con esa magnífica persona.

—Mi móvil, ¿sabes dónde está?

—Sí, no ha parado de sonar, así que lo he apagado, me tenía de los nervios. No les he dicho nada

a las demás para que la señora cornuda y, por consiguiente, el señor macizo no se enterasen de lo que

ha pasado.

Al abrirlo vi tres llamadas de Bella y un mensaje de voz en el contestador.

«Ariel, no sé qué ha pasado. Mi marido ha hecho las maletas y se ha ido de casa. Dice que ya no

aguanta más y que lo nuestro se ha acabado. ¿Qué hago?»

—No ser tan puta podría ser un buen consejo —finalizó Mérida.

No tenía ningún mensaje de Adam, seguramente pensó que al no ir no quería volver a verlo y no

había querido molestarme. Tenía la cabeza hecha un lío de sentimientos.

—¡Mente fría! —dije en voz alta bajo la atenta mirada de mi loca amiga. Miré el dossier que me

acababa de entregar Jim, suspiré y lo abrí.

En su interior había unas fotografías del día de la discoteca, pero en estas sí que se podía ver

perfectamente la cara de la mujer que estaba con Felipe en el coche y abrí los ojos más que un búho

en plena noche.

—¿Qué? Dime, ¿qué has visto? —Le pasé temblorosa las fotografías— ¡¡Ostia puta, con la tonta!!

Como se entere Aurora la mata —exclamó Mérida.

En las imágenes se veía perfectamente la cara de Bella besando a Felipe. No salía de mi asombro,

ahora comprendía por qué estaban hablando en el entierro y por qué lloraba. Pero cómo iba a

mantener esa farsa durante tanto tiempo. ¡¿Sería capaz de arriesgar la vida de su hijo para continuar

con la mentira de su vida?!

—¿Qué hacemos? —me preguntó.

—No tengo ni puñetera idea. Lo primero, salir de aquí y pensarlo por el camino —le respondí.

Cuando logré convencer a medio hospital de que estaba bien y de que no había sido un peculiar

intento de suicidio, me dieron el alta voluntaria. En el trayecto a casa de Blanca mi cabeza no paró

de dar vueltas. Me sentía menos culpable por haberme acostado con el marido de una de mis amigas,

pero a su vez estaba como el culo por ocultar todo lo que sabía. Al menos, Mérida compartía la

carga de los secretos conmigo y, aunque parezca que no, eso ya era un alivio.

Me di cuenta de que la conductora había cambiado de dirección y que no era el camino para ir a

casa de Blanca.

—¿Dónde vamos?

—Ariel, al toro se le pilla por los cuernos.

—No me asustes. ¿Eso qué quiere decir?

—Que vamos a hacerle una visita a Bella y a ver qué tiene que decir sobre todo esto.

—¡¿Venga ya, en serio?! ¿Lo has pensado bien? Lo mismo nos echa a patadas.

—A mí lo máximo que me va a sacar esa es la lengua.

El resto del viaje lo pasamos calladas. En mi cabeza imaginé todas las maneras posibles de

decirle que sabíamos todo lo que estaba pasando, pero ninguna de las conjeturas acababa bien. El

recorrido se me hizo demasiado corto, para cuando me quise dar cuenta ya estábamos delante de la

increíble mansión y Mérida estaba aparcando el coche.

Bella salió a recibirnos con los ojos hinchados y algo nerviosa. Nos instó a que nos quedásemos

en el patio y nos tomásemos algo. Realmente necesitaba beber algo fuerte, pero decidí estar en mis

cinco sentidos por lo que pudiese pasar. Mérida, sin embargo, con toda la poca vergüenza del mundo

le pidió una cerveza y tres chupitos de tequila.

Cuando estuvimos sentadas y con el refrigerio en la mesa, Mérida cogió los pequeños vasos, los

colocó delante de cada una, tomó aire y se dirigió a Bella.

—Sabemos que le estás poniendo los cuernos a Aurora y a tu marido con Felipe y que el niño es

de él.

Bella y yo nos miramos, cogimos el chupito y nos lo bebimos de un trago. Era buen momento para

contarle a Mérida el chiste de: La abuela se subió a un árbol...

—¿Quién más lo sabe? —preguntó con demasiada tranquilidad. De pronto me la imaginé como en

la película *El resplandor* de Jack Nicholson, volviéndose loca y atacándonos con un hacha.

—Nosotras y un detective privado —me apresuré a contestar un poco asustada, gracias a mi ávida

imaginación y a mi exceso de tiempo libre nocturno.

Entonces nos sorprendió echándose a llorar como una magdalena.

—Quiero a mi marido, o lo quise en algún momento de nuestro matrimonio, pero los negocios

eclipsaban su mundo. Estaba siempre sola en esta gigantesca casa sin nadie con quien hablar y un día

me encontré con Felipe y comenzamos a quedar. Al principio era solo un buen amigo, pero la cosa se

nos fue de las manos. Adam tenía tantas ganas de tener un hijo y había sido tan bueno conmigo

durante todos estos años que no tuve corazón ni valor de confesarle la verdad —nos explicó entre

sollozos y lágrimas. Creo que hasta Mérida se mitigó un poquito al verla de esta guisa.

—¿Ibas a ser tan fría y tan puerca de sacrificar la vida de tu hijo para continuar con esta vida de

telarañas? —le recriminó Mérida. «¡Ah, pues no se había ablandado!»

—¡¡Claro que no!! En el funeral estuve hablando con Felipe sobre el tema del donante que mi hijo

necesita y que él era de los pocos compatibles, pero no sabía cómo hacerlo.

—¿Y ahora? —le pregunté.

—Ahora ya es inútil seguir con esta farsa —se lamentó—. ¡Felipe! —gritó.

El capullo integral salió de la cocina desde donde había estado oyendo toda nuestra conversación

a hurtadillas. Mérida se levantó y lo enfrentó.

—¡Hombre, si está aquí el señor bragueta floja!

—¡Mérida, por favor! —le rogué. Todavía no descartaba la escena del hotel maldito y ahora se

habían igualado las fuerzas. Con un muerto, una casi muerta, un incendio y dos visitas a urgencias

tenía bastante por un tiempo.

—Déjala, Ariel. Comprendo su actitud —respondió tan suave y encantador como siempre. Juraría

que ese hombre cuando hablaba soltaba pequeños destellos de los dientes. Se acercó y se sentó junto

a Bella cogiéndole la mano de forma delicada y afectuosa. Realmente se les veía enamorados.

—Ariel, te conozco y sé que harás lo correcto. Yo hablaré con Adam y se lo explicaré todo, pero

necesito que tú tengas la misma charla con Aurora, eres su amiga y no lo entenderá de nadie más que

no seas tú —me pidió de buenas a primeras.

—¿Nadie conoce el chiste de la abuela? —les pregunté asombrada.

—¿El qué? —respondió Bella desorientada.

—Nada. A ver. Aurora va a descuartizar a quien le dé la feliz noticia de vuestro idilio. Adam no

tengo ni pajolera idea de cómo se lo va a tomar, si te pega te jodes, que para eso te has estado

beneficiando a su mujer y encima ha mantenido a tu hijo. Pero por qué cojones tengo que decírselo yo

a Aurora, que lo haga Bella que es quien se ha metido en esto solita —le respondí cruzándome de

brazos.

—¡Bien dicho, *sister!* —me alentó Mérida cogiendo la misma pose que yo en plan peliculera total.

Pero en ese momento sucedió, el puto karma estaba atento a todo lo que hacía para no dejarme vivir

tranquila ni un solo segundo.



No hube terminado de leer el mensaje cuando el teléfono comenzó a sonar con esa estúpida

melodía que le puse en su momento, la cual me pareció graciosa pero que ahora mismo era una gran

mierda, el exorcista de *Mike Oldfield*. Colgué rápidamente con dedos ágiles y nerviosos, les estaba

echando una bronca del carajo a estos dos por liarse y engañar a sus

respectivas parejas cuando yo

era igual de culpable que ellos y me estaba callando como las putas...

—De acuerdo, lo haré —dije para desconcierto de todos.

—¿Lo haremos? —me preguntó Mérida asombrada.

—Sí. Larguémonos de aquí, pero esta vez, por favor, déjame a mí dar la noticia o Blanca no tendrá

seguro que pague las costas de los estropicios —le advertí.

Nos fuimos de allí, no sin antes escuchar a Bella repetirme unas cien veces lo agradecida que

estaba y lo que sentía esta situación. Y la verdad es que no dudaba de su sinceridad, pero tampoco

ponía en entredicho el polvo que iban a estar echando mientras yo pasaba el peor trago de mi vida.

—¿Se puede saber qué coño te ha pasado? No te habrás creído todo ese amor de cuentos de hadas

que flotaba en el ambiente mientras se cogían de la mano y se miraban con complicidad, ¿no? —me

preguntó Mérida, bastante mosqueada.

—Mérida.

—¡No me vengas con esa mierda del karma de las narices que tan solo crees tú y la vieja a la que

casi nos cargamos!

—Mérida.

—Sí, claro, y ahora me dirás que tenemos que ser buenas personas para que las cosas nos vayan

bien y que carpe diem y que quid pro quo y...

—¡¡Méridaaaaa!! ¡¡Me estoy acostando con su maridooo!! ¡¡Un poquito de por favor, soy tan o más

puta que ella!! —le grité dejándola sin más argumentos durante un buen rato.

—Pues se lo dices tú —dijo finalmente.

Capítulo ocho

La revelación

Blanca y Aurora estaban ayudando a Jasmine a hacer el equipaje para el viaje, se iba en unos días

y Jasmine quería recoger algunas cosas de su casa antes de irse y fardar un poco delante de las chicas

de su espectacular vivienda. ¡Genio y figura hasta la sepultura!

Cuando entramos en la casa de Jasmine, a Mérida pareció olvidársele el motivo de nuestra visita y

comenzó a flipar con las cosas que Jasmine tenía en las habitaciones. Cuando vio el jacuzzi del

dormitorio en el que me hospedaba casi se cae de espaldas, sin embargo, a mí me dio pena recordar

lo bien que lo pasé esa noche junto a quien creí era un simple camarero antojado de acostarse con

mujeres maduras.

Aurora estaba en la cama de Jasmine charlando animadamente. Odiaba tener

que fastidiarle así la

velada, pero si algo había aprendido era que Lilo tenía motivos para hacer las cosas rápidas y

dolorosas. Y es que cuanto antes se acabe el sufrimiento, mejor. Y ahora mismo quien lo estaba

pasando realmente mal era yo.

—¿Cenamos? Os tengo una sorpresa preparada para que no olvidéis esta noche —nos dijo

Jasmine. Conociéndola, aquellas palabras daban mucho, pero que mucho miedo.

Bajamos al salón, donde ya estaba preparada la mesa con todos los cubiertos y unos entrantes.

Decidí no aguarles la fiesta y dar la noticia después de la cena. Cuando estuvimos todas sentadas

Jasmine cogió una campanita que tenía a su derecha y la hizo sonar de manera teatral. Al instante

cinco hombretones con pajaritas como los del pub entraron con los platos de cada una en la mano y

con una copa de vino en la otra. No sabía a cuál de todos mirar primero, era como si la muy jodida

hubiese cogido un calendario de bomberos o de policías buenorros, los hubiera recortado y se

hubieran materializado allí de repente.

—Ariel, lo siento mucho, pero, por razones obvias, tu querido Jim no se encuentra con nosotras

esta noche, aunque creo que su suplente no te desagradará —me dijo sonriente y se me acercó un

moreno de ojos verdes y pelo rizado, con unos dorsales que parecían velas y unos abdominales en

los que se podían reproducir los sonidos de un xilófono si los aporreabas con un simple tenedor. Los

demás tampoco dejaban nada a la imaginación y eran del estilo de mi camarero particular, pero creo

que Jasmine estaba más agradecida de lo que creí en un principio y había dejado el mejor de todos

solo para mí. Me sentí agradecida y turbada por su forma de gratificar las cosas. Digamos que era

bastante peculiar y pienso que desde lo de su marido ya nunca cambiará su forma de ver a los

hombres. En estas últimas semanas yo misma había comenzado a mirarlos como algo más que un

simple polvo o una mera diversión transitoria y no sé si me terminaré arrepintiéndome por ello.

La cara y la poquísima vergüenza que había sacado nuestra viuda de oro tras unas copas de vino

eran horribles, estaba en un acoso y derribo con el muchacho que le había tocado que le sirviese.

Creo que si se hubiese parecido a una rana en vez de a un príncipe también le estaría magreando de

la misma manera. Jasmine pasaba totalmente del suyo y lo trataba de la misma manera despectiva con

la que a sus excéntricos clientes. Mérida estaba enfadadísima por tener que ver tanto tío junto.

Aurora se mostró de manera recatada y educada ante su adonis, que era el que más ganas de marcha

denotaba de todos, y yo simplemente quería que todo aquello pasase rápido para poder tener esa

conversación que tenía pendiente.

Cuando llegamos a los postres todos salieron de la sala y regresaron al rato empujando una

especie de camilla con alguien encima. Nos levantamos para ver de qué se trataba y el camarero que

me correspondía estaba totalmente desnudo cubierto por un sinfín de exquisiteces de las que

engordan para toda la vida repartidas por su espléndido cuerpo. Casi me dio un infarto cuando

Blanca fue directa a comerse con la boca unos flanes que estaba cubriendo precisamente la zona que

más peligraba de levantarse de todas y que, como es obvio, tras el lametón terminó por levantar la

bandera haciéndonos a todas tirarnos al suelo de la risa. Blanca tenía la cara llena de nata y la boca

llena como un hámster de flan de vainilla pero estaba más feliz que una perdiz ante el espectáculo del

muchacho empalmado, sudando la gota gorda debajo de toda esa comida.

—Ariel, ¿tienes un cigarro? —me pidió Aurora entre risas.

—En mi bolso, cógelo —le respondí, pero para cuando me hube dado cuenta de mi error ya era

demasiado tarde.

—¡¡No puede ser!! —El chillido de Aurora retumbó en toda la casa. Nos volvimos asustadas y fue

cuando lo comprendí.

Estaba en pie al lado de los pufs del salón, con mi bolso en el suelo, sosteniendo la fotografía que

Jim me había dado en la que se revelaba la imagen de la mujer con la que le estaba engañando.

—Cagada —susurró Mérida. El resto no entendía nada de lo que sucedía.

—¡Chicos, fuera de aquí! —ordenó Jasmine a sus empleados, quienes salieron casi corriendo de

la sala.

—¿Qué es esto, Ariel? —me gritó Aurora tirándome la foto a la cabeza.

—Puedo explicarlo —le dije intentado subsanar el fallo. Blanca, aún llena de nata, se agachó y

cogió la reproducción del suelo, quedándose casi tan de piedra como Aurora y mirándome como si

fuese yo la que salía en la imagen. Jasmine se acercó con curiosidad y le quitó la foto a Blanca.

Cuando la vio se le abrieron casi del todo esos preciosos y achinados ojos negros que tenía.

—Ariel, explícanoslo —intentó suavizar las cosas Jasmine.

—¡¡No tiene absolutamente nada que aclarar!! ¡¡Está todo lo suficientemente clarito!! —gritó

Aurora—. Es cómplice de estos dos y ha estado callada.

—¡Eh, eso no es cierto, nos hemos enterado hace un rato! —exclamó Mérida metiendo todavía más

la pata.

—Aurora, venía a contártelo todo pero...

—¿Pero de pronto viste a estos tíos y decidiste, buena idea, dejarme pasar un buen rato antes de

amargarme la vida?

—Sí, digo, no. —«De aquella me iba a costar trabajo salir».

Aurora se abalanzó sobre mí y me tiró encima de la mesita auxiliar que habían olvidado los

camareros al salir del salón. Caí sobre el sofocado chaval que estaba debajo de los postres y los tres

fuimos al suelo, junto con la nata, los susos, los tocinos de cielo y todos los dulces del mundo,

haciéndonos un ovillo de cuerpos y restos de comida bastante asqueroso.

Mérida intentó ayudarme y

quitarme de en medio, pero se resbaló por culpa del mejume formado y cayó de rodillas en el suelo

apoyando su cara en los genitales del asustado muchacho, llenándose la cara de crema. Se levantó

con la mayor cara de repugnancia que había visto poner a nadie en mi vida. Me quedé sentada junto a

Aurora en el suelo e intenté hablarle.

—Aurora, te juro que no tenía ni idea de quién se trataba hasta hace tan solo un rato.

Ella me miró con lágrimas en los ojos y masa de hojaldre en la cara, se levantó dando algún

traspie y se fue de la sala seguida de Blanca.

—¡La que has liado, pollito! —me dijo Jasmine ayudándome a levantarme.

—¡Claro, me parece perfecto! ¡¡Dejemos aquí a la lesbiana junto al nabo a ver si así se

transforma!! —exclamó Mérida, que todavía continuaba, para su gusto, demasiado cerca del chico

desnudo, quien se levantó y salió despavorido de aquella locura.

—Jasmine, no era mi intención hacerle daño. Al contrario.

—Ariel, deja de intentar no lastimar a la gente, lo haces como el culo —en ese momento llamaron

al timbre de la mansión.

Salí tras Jasmine a ver de quién se trataba ahora y me topé con Jim en la puerta vestido de

uniforme con un coche patrulla con las luces puestas en la entrada.

—¡Mira, ya estamos todos! ¡Ya puedes irte con él porque aquí no pintas nada!
—me escupió

Jasmine.

Salí corriendo y llorando al jardín con Jim siguiéndome y me senté en la enorme fuente con forma

de mujer de la entrada.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté enfadada.

—Unos camareros del pub han llamado para avisarme de que a mi antigua jefa se le ha ido la

pinza y se le ha ido de las manos una orgía que había preparado.

Tras escucharlo no pude más que seguir y seguir llorando. Me agarró sin importarle mancharse de

todo de lo que yo estaba pringada y me acurrucó junto a él. En el interior de la casa se escuchaba a

Mérida gritar y al rato oí algo roto. Jim se levantó alertado, lo sostuve de la mano y lo miré.

—Quiero irme de aquí —le rogué. Me levantó y nos fuimos en el coche de policía hasta una

barriada céntrica de la ciudad.

Entramos en una casa baja con un jardín precioso y nos recibió un perro con las dimensiones de un

caballo, que se acercó y babeó mi ventanilla del coche.

—Perdona, es Pluto. Es un poco bruto, pero muy noble. Creo que se ha pensado que eres una tarta

por el olor. Espérate aquí a que lo ate, mejor —me aconsejó.

Una vez que mi admirador estuvo amarrado, me condujo al interior de una bonita y acogedora

casa, el salón estaba un poco revuelto, pero esta sí era el tipo de hogar que imaginaba que Jim

tendría. La otra era una tapadera que solo podría convencer a quienes no hubiesen hablado durante

más de cinco minutos con él antes.

—¿Quieres darte una ducha? —me preguntó.

—La verdad es que sí, necesito quitarme el merengue de la mejilla y la opción de Pluto en estos

momentos no me entusiasma demasiado —le confesé.

Me llevó hasta el final del pasillo y dentro del dormitorio de matrimonio me topé con el típico

cuarto de baño de hombre soltero en el que las cuchillas de afeitar estaban a la vista, la toalla en el

suelo para poner los pies era perenne, y la colonia más femenina y peculiar que tenía en la estantería

era una de bebés.

—No tengo potingues de los que te gustan, pero al menos podrás dejar de oler a pastelería —se

disculpó.

—No te preocupes, gracias —le dije sin ganas de parecer agradable o de fingir encontrarme mejor

de lo que estaba.

Me desnudé y abrí la ducha esperando que saliese el chorro de agua caliente que tanto necesitaba

que me cayera en la cabeza en estos momentos, pero en su lugar me conformé con un hilito de agua

templada con la que fue una odisea quitarme el champú del pelo. La ducha duró menos de lo que

deseé, salí al dormitorio con una toalla puesta en la cintura y en la cabeza y vi encima de la cama una

camiseta interior blanca de tirantas y unos pantalones de pijama a cuadros verdes y azules junto con

unos calcetines grises calentitos. El suelo era de madera en toda la casa, las zapatillas eran

inservibles allí y lo agradecí. Lo que me faltaba ya era también ponerme sus zapatos para echarme a

llorar para siempre. Entré en el salón con el pelo todavía chorreando y lo miré. Él ya se había

quitado el uniforme y vestía de manera parecida a la mía.

—Oye, tampoco estás tan mal —me piropeó guiñándome un ojo.

Me senté derrotado a su lado y puse las piernas sobre él, me quitó los calcetines y se puso a

masajearme los pies. Simplemente se quedó allí esperando a que yo quisiera hablar.

—La he cagado.

—No será para tanto.

—¿Recuerdas las fotos que me diste?

—Sí, claro.

—Pues iba a decirle a mi amiga con quién la engañaba su marido, pero Jasmine organizó la cena

esa de las narices y decidí esperar a que terminase para no aguarle la fiesta, pero fue a mi bolso a

coger un cigarro. Por cierto, ¿puedo fumar? —Jim asintió con la cabeza y me acercó un cigarro

encendido y un cenicero—. Bueno, pues la cosa es que descubrió las fotos ella misma antes de que la

avisase y ahora todas se creen que soy un monstruo. —Terminé la frase con los ojos colmados en

lágrimas que pedían salir de nuevo a la luz.

—¿Y lo de restregarte con el tío en bolas que vi salir de la casa lleno de dulces fue antes o

después de eso? —me preguntó divertido.

—¡Venga ya! —le dije a la vez que me incorporaba y le daba un puñetazo en el hombro.

—Eso es acoso a la autoridad, señorita. —Me aguantó las manos, me miró fijamente y me besó.

Fue el beso más dulce y tierno de mi vida. Rozó su lengua delicadamente por mis labios y me

mordisqueó suave y lentamente. Se apartó y me acarició la mejilla con su enorme mano.

—¿Qué hago contigo, Ariel? Me tienes loco y me vas a volver loco. He tenido que decir en el

trabajo que estaba enfermo para poder quedarme contigo esta noche. Pero, ¿sabes qué?

—Dime.

—Sabía que si no lo hacía terminarías en los brazos del otro y me arrepentiría de ello el resto de

mi vida.

Ahora sí que me sentía culpable y mala persona. Por mucho que Jim me interesase, por mucho que

él me cuidase y me amase, mi puñetero corazón salía desbocado cada vez que escuchaba el móvil

vibrar.

—No creo que sea buena idea que me quede contigo esta noche, Jim —le confesé.

—¿Tienes a dónde ir?

—Sinceramente no.

—Hagamos un trato. Esta noche hacemos sesión cine y vemos las películas que quieras, comemos

palomitas y pedimos comida basura sin postre, en ninguno de los sentidos. Prometo no volver a

besarte más y mañana ya vemos cómo lo arreglamos todo. ¿Te parece?

—Trato —le dije estrechándole la mano y encogiéndome el estómago tras su contacto.

Mi querido y oportuno teléfono hizo acto de presencia y sonó.



Sonreí tras leerlo y le contesté que a la mañana quedaba con ella y que estaba bien.

—¿Tu amigo? —me preguntó celoso Jim.

—No, Mérida, quería saber si ya había decidido si cortarme las venas o dejármelas largas —le

respondí y noté como suspiró aliviado al descubrir que el remitente era femenino.

«Me quedaría aquella noche solamente, no podía seguir jugando con los sentimientos de las

personas y Jim no se merecía que le hiciesen daño».

Vimos la saga entera de Harry Potter, por lo visto era tan friki como yo. Comimos pizza y bebimos

cerveza en cantidades industriales. Hizo dos veces palomitas, pero de las normales, de las que solo

tienen sal, y no las cosas raras que inventan ahora. Y me reí mucho cuando se enfadaba si yo decía

algún diálogo antes que los protagonistas. Me acababa de dar cuenta de por qué nunca podría tener

nada romántico con él, lo había adoptado como mi nueva «amiga» y, a no ser que seas Mérida, una

no se enamora de las amigas. Era demasiado bueno para estar conmigo, era demasiado noble,

responsable y honrado para ni siquiera plantearme merecerme ningún tipo de relación con él. Era el

hombre que toda mujer querría tener a su lado el resto de su vida y el yerno que toda madre desearía

para su hija. Hacía el amor como nadie y te trataba con dulzura y delicadeza. Lo era todo y, sin

embargo, sabía que nunca llegaría a ser nada. Mi cabeza era una gran mierda que no sabía qué

cojones quería de la vida.

Nos dormimos en el sofá, me despertaron los ladridos de Pluto y el olor a café recién hecho. Jim

ya estaba levantado y se había entretenido en pasar las pocas horas que le quedaban de sueño

haciendo la colada, lavando y secando mi ropa para que estuviese lista para cuando me despertase, y

la había colocado encima de una silla para que no se me arrugase. Cuando

entró en el salón con un

vaso de café en la mano y unas tostadas en la otra me puse a llorar como una niña chica.

—Si llego a saber que el café te da la misma reacción que las cebollas no lo te lo preparo.

—No es el café, eres tú —sollocé.

—¡Hombre, gracias, si es así no pasa nada! —bromeó.

—Deja de hacerlo.

—¿Que dejé de hacer qué?

—De ser tan perfecto. —No pude soportarlo más, me levanté de un salto, le quité las cosas de las

manos y le besé ardiente y apasionadamente conduciéndolo de espaldas hasta el dormitorio.

Lo senté sobre la cama, me coloqué encima de él y le quité la camiseta para revolverla en el suelo,

le besé el cuello y los hombros. Él deslizó sus dedos suavemente por mi piel bajo la ropa, estaba

siendo demasiado sutil, para variar, pero esta vez no necesitaba eso, quería que me amase y que me

hiciese olvidar toda la mierda que tenía en la cabeza. Le di una pista de mis intenciones y me saqué

la camiseta quedándome con los pechos al descubierto. Lo tumbé y me bajé hasta la zona de sus

pantalones, los cuales salieron con facilidad por sus tobillos para dejarlo tan solo con unos estrechos

bóxer negros. Intentó incorporarse y decidida estiré una mano y lo detuve apretándola contra su

pecho. Con la mano que me quedaba libre descubrí su erecto sexo y lo introduje en mi boca

haciéndole cerrar los ojos de placer. Me apetecía hacer esto por él, tenía ganas de hacerle disfrutar

como nunca nadie lo había hecho antes, mi vagina estaba preparada para galopar encima de él. Me

incorporé de nuevo, me apoyé sobre su pecho con ambas manos y eché mis braguitas para un lado

para que pudiera penetrarme cuando de pronto algo enorme me tiró al suelo. Comenzó a besarme, a

arañarme y a tirarme de los pelos, me puse en posición fetal para intentar defenderme del monstruo

que estaba intentado atacarme. Al abrir de nuevo los ojos, asustada vi a Jim gritándole a Pluto e

intentando llevárselo a rastras de la habitación. Me llevé el susto más grande de mi vida. El puto

gran danés le había quitado todo el erotismo al momento.

—¿Estás bien? Lo siento, de verdad, perdona. Esta mañana lo solté, pero el jodido es como el

velociraptor de *Jurassic Park* y ha aprendido a abrir las puertas. Perdona.

—No pasa nada —le dije incorporándome y vistiéndome de nuevo.

—Te lo compensaré en el baile. Te lo prometo. —«¡Para bailes estaba yo ahora!»—. Tengo que

irme a la comisaría. No te vayas, quédate el tiempo que quieras —me pidió. Esas palabras fueron

demasiado familiares para mí. En cuanto se hubo ido llamé a mi ángel de la guarda y salí a esperarla

al porche junto al corta puntos de Pluto.

—Tú en la calle no te quedas, ¿eh? —me dijo Mérida sonriente desde el coche.

—Vamos a desayunar, pero a algún sitio en el que no vendan alcohol ni haya ventanas en los

cuartos de baños, por favor —le pedí montándome en el vehículo.

—¡Oído cocina! —bromeó, para variar—. ¿Hueles a perro?

—Mejor no preguntes. ¿Aurora está mejor?

—Puf. ¿Qué te digo, la buena, la mala o la peor?

—La mala, por favor.

—Ha roto la mitad de las figuritas de porcelana que tenía Jasmine en la segunda planta y ha jurado

mataros, a Bella, a Felipe y a ti.

—¿Y la buena?

—Qué después de no dormir en toda la noche y darle una caba impresionante he conseguido que te

perdonase.

—¿Y la peor?

—También ha dicho mil veces que piensa follarse al marido de Bella para

hacerle lo mismo.

—¡Amo el karma!

Capítulo ocho y medio

La vida de Ariel

—¿Qué vas a hacer ahora? —me preguntó Mérida preocupada.

—Pues, sinceramente creo que me vuelvo a casa. Necesito un respiro de todo esto.

—¿Y eso no es huir?

—Es lo que mejor se me da, bueno, eso y emborracharme, caerme, matar gente, manchar a

personas, quedarme encerrada en sitios y enamorarme de la persona menos indicada.

—Ariel, eso no es verdad. Me has ayudado a enfrentarme a mi familia y salir del armario. Blanca

no era ni la sombra de lo que es ahora. Venga, vale, te has cargado al marido, pero ese hijo de puta

se lo merecía y no sé cómo te las apañas que siempre sales indemne de todo. Jasmine tenía una vida

de perversión y lujuria, bueno, tal vez a ella sí que le fuese bien. —Se burló —. Aurora estaba

deshecha porque no sabía qué había ocurrido con su vida y gracias a ti se ha enterado, mejor o peor,

pero lo ha hecho. Bella tenía un castillo de arena por vida y su hijo estaba a punto de morir. ¡Has

salvado una vida! ¿No te parece bastante para sentirte orgullosa de ti misma?

—En el camino, he matado a un hombre, he mandado al hospital a una vieja, he dejado a dos tíos

sin conocimiento en un bar. Le he roto el corazón a Aurora, he defraudado a mis amigas. Jim está

enamorado de mí y yo ni sé lo que siento y el señor B está esperándome y ha dejado a su familia. Si

hago balanza de todo, no sé si salgo ganando en eso de sentirme bien o no. Mérida, quiero ir a casa,

necesito estar cerca de algo que me resulte estúpidamente familiar y hacer todas las cosas que hacía

a diario antes de toda esta locura. ¿Me puedes llevar?

—Si es lo que quieres, lo haré. ¿Vamos a recoger las cosas?

—Prefiero no encontrarme con las chicas, no tengo valor de enfrentarme a nadie ahora mismo —

confesé. Mérida asintió y cogió la carretera que regresaba a mi patética, pero tranquila vida.

Cuando hubieron pasado un par de horas, frenó en medio de toda la circulación y se echó a un lado

dándome un susto de muerte.

—¿Qué? ¡No me digas que hemos atropellado algún animal, por favor!—le grité.

—¡Escúchame, señorita Ariel! ¡Te vas a ir a tu puñetera casa! Voy a hacer el gran sacrificio de

quedarme contigo en esa pocilga, a la que llamas hogar, una semana al igual

que tú hiciste conmigo y

luego volvemos a esa mega fiesta de princesitas en la que me voy a hartar de ver a titis buenísimas de

la muerte con las tetas medio fuera. ¿Entendido?

Se me saltaron las lágrimas y no pude más que abrazarla. En ese momento, un estúpido nos tocó el

claxon y nos gritó.

—¡¡Iros a un hotel!!

—¡No me lo puedo creer! ¡¡El puto calvo ese me está persiguiendo!! — exclamé.

—¿Quién, el feo del taxi?

—Sí, o eso o tiene muy mala suerte.

—¡¡Agárrate!! —me aconsejó Mérida acelerando el cochazo.

Cuando estuvimos lo suficientemente cerca del culo del taxi se acercó más hasta que le besó el

culo con el guardabarros delantero, haciendo que el coche del viejo diera un bote. La miré asustada,

a Mérida cuando se le iba la cabra, se le iba...

—¡¡Échate para atrás!! —Obedecí de inmediato. Cogió una botella de agua que tenía al lado, le

quitó el tapón, colocó el vehículo a la misma altura del otro y arrojó la botella por mi ventanilla

atinando de pleno encima del conductor, que al verme se le descompuso la cara. Supongo que cuando

me gritó no me había reconocido. Este pegó un frenazo y se salió a la cuneta. Aceleramos y vi por el

espejo retrovisor como el hombrecillo se había apeado del taxi y estaba sacudiéndose el agua de los

pantalones.

—¡Eres una gamberra!

—Ya. ¿Pero a que te pongo? —me dijo riendo.

Seguimos el camino sin más accidentes. Cruzamos el aburrido pueblo que conducía hasta el

inservible faro en el que vivía. Ya hacía mucho tiempo que habían construido uno gigante y

totalmente automatizado a unos cuantos kilómetros del mío. Me dijeron que iban a demolerlo, pero

mi querido padre fue bastante previsor y compró los terrenos, así que, al menos, de aquí nadie podía

echarme. La cara de Mérida cambió cuando entró en mi propiedad, lo cierto es que la jardinería

nunca fue mi fuerte. Bueno, ni eso, ni el bricolaje, ni casi nada de nada, y aquel lugar estaba digamos

que un poquito abandonado.

Aparcó en la puerta. Se giró, me miró y me dijo muy seria:

—¿Hay cucarachas? ¿Ratas? ¿Tienes agua potable en los grifos? Por favor, dime que hay

electricidad.

—No seas exagerada. Es un faro, claro que hay luz. —Le puse una mirada maliciosa y salí del

coche.

Amaba ese olor a sal, a agua, a humedad, a verde mezclado con arena, para otras personas

seguramente simplemente era el aroma de la playa, pero para mí era el olor de la libertad, de la

niñez, de la vida. Aquel perfume tenía la capacidad de devolverme la alegría y a la vez lograba

sumirme en la más profunda de las tristezas. Solo las personas que amen el mar como yo podrán

entender mis palabras.

—¿Te pasa algo? —me preguntó Mérida al ver el gesto de mi cara.

—No te preocupes, me sucede siempre que estoy algún tiempo alejada de aquí. Sé que es un

desastre y que lo tengo bastante abandonado, pero son mis raíces, es mi tierra y estar cerca del mar

me da la vida —le confesé.

—Te entiendo, bueno, es mentira, no sé qué tiene de agradable vivir aquí. ¡Pero para gustos los

colores!

—¡Eres única mintiendo! —No tuve más que reírme al imaginarme lo que pasaría cuando entrase

dentro.

—Ten cuidado con las escaleras, hay algún peldaño roto —la avisé al subir pero fue demasiado

tarde. Tropezó en el tercero y cayó de culo en el rellano de la entrada llenándose de barro y

profiriendo maldiciones a diestro y siniestro.

Al llegar a la parte habilitada como casa, sus ganas de irse no cambiaron mucho. Era una pequeña

salita con un sofá, una mesa y una tele de plasma colgada en la pared. De allí la llevé a la cocina,

mejor no cuento los azulejos que se habían caído y que no estaban repuestos, el cuarto de baño era

rosa, a mi madre le encantaba el rosa, mi padre decía que era porque le recordaba al color de mi

pelo y que mis mejillas siempre estaban sonrosadas. El baño se componía de una ducha, un inodoro y

un lavabo con un mini espejo enmarcado por dos luces de las cuales una estaba fundida desde no

recuerdo cuánto tiempo. Seguimos subiendo las escaleras hasta llegar a lo que en su día era el

corazón del edificio, el faro, el responsable de alumbrar a los barcos y evitar que colisionaran con

los acantilados rocosos, ese lugar en el que mi padre pasó tantísimos años de su vida y en donde

prácticamente crecí mirando el mar y las estrellas. Aquella estancia cuando mi padre falleció la

transformé en mi dormitorio y tras la separación no encontré mejor lugar al

que regresar que este.

Dejé que Erick se quedase con la casa, el coche, el perro y con mi conciencia.
Al menos, durante

muchos años así fue. Mi dormitorio estaba rodeado por ventanas, desde las
que podía dormirme casi

creyendo estar sobre las nubes cuando hacía niebla. Un pequeño armario
estaba apostado en uno de

los lados y una mesita de noche bloqueaba el paso para dar la vuelta completa
al habitáculo.

—¡Ariel!

—Dime. Sé que no es mucho, si quieres irte, lo entiendo.

—¡Esto es jodidamente sorprendente!

—¿Te gusta? —le pregunté confusa.

—Me encanta, siempre y cuando no haya ningún tsunami, ¡esto está que te
cagas! Ya tengo ganas

de que se haga de noche para fliparlo todavía más.

—Bueno, primero creo que deberíamos ir a cenar algo, ¿no te parece?

—Perfecto, lléveme usted a la antigüedad de nuevo, por favor —me dijo en su
habitual tono

teatrero.



Salimos de allí, no sin que antes se diese un golpe en la cabeza con una viga que estaba encima del

último escalón y se acordase de la familia del constructor.

Mi móvil vibró, ya casi me había olvidado de él, aquí no es que nadie me escribiese muchos

mensajes, la verdad. Justo antes de cogerlo volvió a sonar en mis manos.

—¿Solicitada? —me preguntó Mérida mientras abría el primer mensaje.

Realmente era encantador, creo que debería darle una oportunidad, se merecía que lo intentase,

pero no que destruyese su vida como le hice a Erick.

Abrí el segundo mensaje y lo leí, quedándome con la boca abierta.



En serio, mi vida era una mierda, iba a tirar el móvil al mar y que las sirenas decidieran por mí.

Le enseñé a Mérida ambos textos y me observó alucinada.

—Una de dos, o haces el amor de maravilla o das una coba impresionante, porque te juro que a mí

me gustan las tías, y hazme caso, tengo buen gusto, y tú, a ver, sin ánimo de ofender, estás bien, pero,

amiga, tampoco para tanto.

Me senté sobre la hierba y apoyé la cabeza en las manos.

—Y ahora, ¿qué hago según la seductora número uno del planeta? —le pregunté.

—Cenar, emborracharnos y ya luego con la resaca todo se ve de otro color — me respondió

agarrando mi mano y levantándose del suelo.

—¿Cogemos el coche? —me preguntó.

—Estamos en el culo del mundo, si no quieres pegarte una pateada de media hora de noche y a

oscuras, yo diría que sí.

Le indiqué cómo volver al pueblo fantasma. Ya eran casi las nueve de la noche y aquella gente

vivía como los Lunnis, les faltaba poner la cancioncita por la megafonía general e instalar toque de

queda. Solo estaban los bares en los que los marineros ahogaban sus penas y en los mismos en los

que no había ninguna mujer que no quisiese ser descuartizada por las habladurías a la mañana

siguiente, claro.

Entramos en una tasca con mesas de billar, cerveza, dardos y comida basura. Encima de la barra la

cabeza de un pez espada, más antiguo que el propio pueblo, presidía el lugar. Cuando nos adentramos

en la sala, todos los allí presentes se giraron a ver de quién se trataba. Al verme se volvieron a girar

y siguieron con sus vidas. «¡Yo también me alegro de veros, mancha de

catetos!». Nos sentamos en

unos taburetes en la barra, pedimos unos sándwiches y bastantes cervezas. A nuestro lado había dos

gigantes hablando de que los hombres eran más fuertes que las mujeres y de que no podíamos realizar

los mismos trabajos que ellos. Por desgracia, el oído de Mérida era tan bueno como el mío, se

levantó y se colocó justo enfrente de ellos, sin que me diese tiempo a evitarlo.

—¿Le pasa algo, señorita? —le preguntó uno de los dos.

—La verdad es que sí, sintiéndolo mucho no he podido evitar escuchar su conversación y me

preguntaba si estaría dispuesto a demostrar lo que acaba de decir —le contestó sonriente.

«¡Ya la hemos liado!», pensé.

—No me molestes, niña —le respondió el marinero a mi amiga.

«¡Mentira, ahora sí que se ha formado!», me corregí a mí misma.

Mérida volvió a darle unos suaves toquecitos al hombre, que se había girado hacia la barra y la

estaba ignorando por completo. Cuando se volvió de manera aburrida, esta le dio un puñetazo en toda

la boca y lo tiró de la silla. El tipo enfadado se levantó tambaleándose, el amigo fue más inteligente y

se retiró, yo me mantuve al margen hasta que necesitase ayuda o sería yo la que me llevase el golpe.

El hombre arremetió contra ella con todas sus fuerzas, pero mi ágil e inteligente amiga se agachó y

este se dio de bruces contra la mesa de billar, haciéndose los dientes añicos. El mosqueo y la

indignación del caballero iban en aumento. Mérida le llamó y le dijo con tono sensual:

—¡Grandullón, si me atrapas te la chupo, pero si te gano invitas a todos los presentes!

El pobre e incrédulo marinero aceptó con un gesto de cabeza, pilló un taco de billar e intentó darle

en la cabeza, pero un chaval que estaba jugando la interrumpida partida, silbó a Mérida y le lanzó

otro justo a tiempo de que ella lo usase como florín y comenzase una pequeña clase de esgrima.

Siempre fue la mejor en esa asignatura. Yo casi siempre me rajaba algún dedo con el puñetero florín

por muy difícil que la gente dijese que fuera hacerlo.

Mérida le vaciló y cogió el palo con una sola mano mientras que bostezaba con la otra. Al

marinero le faltó echar humo, mandó a tomar por saco el palito y volvió a intentar darle un puñetazo,

pero en ese momento mi amiga cogió una jarra de cristal de las gordas, de esas en las que cabía un

litro de cerveza, y la interpuso entre la mano de su adversario y su cara. Se hizo añicos y el tío dio un

grito de dolor, se sentó sobre el billar, arrugó la frente, se metió la mano en el

bolsillo y arrojó

encima del tapete un fajo de billetes para a continuación salir del bar apesadumbrado, lleno de

sangre, amoratado y vencido. Mérida hizo un saludo como en las obras de teatro, recogió el dinero y

se lo entregó al tabernero, que estaba flipando como el resto de los clientes del bar.

—Una ronda para todos y otra para nosotras, por favor —le pidió Mérida al camarero. Este puso

cara de asustado y corrió a llenar los vasos de todos, que, tras un minuto de silencio, vitorearon a mi

amiga, quien se había hecho la fama del lugar en cuestión de minutos, mientras yo había intentado

pasar desapercibida toda mi vida. A partir de hoy seré la amiga de la que ganó al grandote...

Los días transcurrieron con normalidad. Mérida se estaba adaptando perfectamente al pueblo, yo

me quedaba en el faro leyendo o intentado reparar alguna cosa y ella se iba a la tasca en la que ya era

conocida y respetada por todos.

—¡¡Ariel!!—me gritó Mérida mientras que subía las escaleras hasta mi habitación y se iba dando

porrazos a diestro y siniestro con todo lo que pillaba a su paso.

—¿Quééééé?

—He ligado —me dijo sonriendo.

—¿Ahora te van los marineros?

—¡Que no! Con una tía, imbécil.

—Si ha ligado contigo, normal que sea imbécil —bromeé.

—Venga yaaaa. Que es de verdad, me he enamorado, hazme caso.

—A ver, ¿de quién se trata?

—Se llama Esmeralda, es morena, alta, tiene unas caderas de vértigo, unos ojos marrón chocolate

que quitan el sentido y unos labios que...

—Y es gitana y está comprometida, ¿lo sabías?

—Mérida, es mi ciudad, me gustaría poder regresar a ella. Por favor, aunque solo sea por esta vez.

No me metas en líos —le supliqué.

—Eres una aguafiestas, que lo sepas. Bueno, ¿te has decidido ya?

—No.

—En un rato nos vamos, tenemos que comprar los vestidos. Te quedan seis horas para aclararte,

amiga. No me gustaría estar en tu lugar.

—Sinceramente, a mí tampoco.

Capítulo nueve

La decisión

De nuevo en la ciudad, no sabía qué iba a hacer, me había llevado todo el camino dándole vueltas

a la cabeza y releendo los dichosos mensajes del telefonito de las narices.

—Ariel.

—Dime.

—Hay algo que no te he contado.

—No traerás a Esmeralda en el maletero, ¿verdad? —me alarmé.

—No, desde luego, no se puede hablar contigo en serio. Pues nada, te aguantas y te lo ves del tirón

—no entendí muy bien a qué se refería hasta que entramos en una de disfraces. Allí estaban Blanca,

Bella y Aurora sentadas esperándonos y hablando tranquilamente. Deseé que la tierra me tragase. Las

tres se levantaron al verme y fue el momento más incómodo de mi vida, y mira que de esos he tenido

unos cuantos.

—Aurora, yo... —comencé a decir.

—No pasa nada, Ariel, Mérida me lo explicó y luego hablé con Bella y lo hemos arreglado. Me

contó lo de su hijo y la verdad es que no sé si yo en su lugar hubiese hecho lo mismo. Siento que

hayas sido tú la que ha sufrido mi ataque de cojones —se disculpó Aurora.

—Ariel, perdóname a mí también, después de todo lo que has hecho, al menos, merecías el

beneplácito de la duda —sollozó Blanca agarrándose a mi cuello como una lapilla.

—Ariel, la verdad es que no debí pedirte que hicieras eso por mí. Eres una buena amiga —

continuó Bella. «Lo tuyo lo acepto por haberme estado tirando a tu marido, no hay problema», pensé.

—Bueno, ¿y si nos dejamos de tonterías y buscamos un disfraz, que es a lo que realmente hemos

venido? —agregó Mérida rompiendo todo sentimentalismo que pudiese haber en el ambiente.

Todas cogieron distintas ropas y empezaron a probárselas como posesas.

—Blanca, con ese vestido de campanilla pareces un higo chumbo —se burló Mérida.

—Sí, ¿y tú de qué irás, de capitán Garfio? —se defendió Blanca.

—No, he encontrado un traje irlandés con unas flechas que me vendrá de muerte con el color de

mis ojos —contestó orgullosa.

Bella se puso un elegante vestido en forma de campana de color oro que le quedaba precioso,

Aurora uno largo, rosa, ceñido a la cintura de gasa caída. Blanca por fin encontró el único que le

quedaba bien, era de dos piezas porque de otra forma no había manera de meterle el culo, la falda

era azul y la camisa amarilla con adornos rojos en las mangas. Las cuatro estaban realmente guapas.

Yo me había limitado a mirarlas y esperar a que pasara el tiempo.

—Ariel, ¿y el tuyo? Si es por el dinero no te preocupes, que yo te lo pago —

me dijo Blanca.

—Puf. La verdad es que no tengo aún claro si quiero ir a esa fiesta —confesé.

—Tienes que venir. Ya no pasa nada. Mira, Bella irá con Felipe, Blanca con el jardinero, Mérida

con la pobre que tiene por novia y yo iré con uno de los chicos de la reserva, que lleva bastante

tiempo tirándome los trastos pero nunca le di una oportunidad. Tú seguro que tienes pareja. ¿Qué

pasó con el policía? —me instó Aurora.

—Eso, Ariel, ¿qué pasó con el poli, no te había invitado a ir? —preguntó de manera malvada

Mérida.

De repente, Bella salió con un precioso traje blanco con brillantes por todos lados y un vuelo de

princesa de las de las películas de cuentos, era estrecho en la parte de arriba con un escote en uve

precioso y la parte de abajo tenía unas diez capas. Si lo soltaba en el suelo de seguro que se mantenía

en pie.

—¡Pruébatelo! —me animaron todas.

Cuando salí del probador con el vestido, se quedaron boquiabiertas al verme. Mérida salió

corriendo y regresó con una pequeña tiara transparente con pedrerías en la mano, me la colocó en la

cabeza y cuando yo misma me miré al espejo me sorprendí de mi propia imagen. Ahora el único

problema era llegar allí y tener a dos príncipes esperándome.

Al salir de la tienda una limusina rosa nos estaba esperando en la puerta, nos miramos las unas a

las otras a ver de quién había sido la brillante idea de esto, pero ninguna tenía ni idea. Un caballero

vestido de príncipe con una pajarita de color rojo salió del vehículo, nos abrió la puerta y nos dijo:

—¿La señorita Ariel? —las sinvergüenzas tardaron medio segundo en reaccionar y en empujarme

hacia delante—. La señorita Jasmine desea que pase una inolvidable velada y le presta su coche para

que lo disfrute. Me ha pedido que le lea una nota y cito textualmente: «Ariel, aprovéchate del coche o

del conductor, son todos tuyos. Lo siento.»

Casi hizo que se me saltasen las lágrimas. Ella y su forma de pedir disculpas eran realmente

originales. Entramos, abrimos unas botellas de champagne y brindamos por la amistad. Al poco

llegamos al recinto donde se organizaba la dichosa fiesta. Todas se fueron hasta la puerta hablando y

riendo y yo me quedé un poco rezagada todavía dudando de si entrar o no. Mérida se volvió y se

acercó a mí.

—¿Estás bien?

—Necesito un cigarro. Entra tú, ahora te sigo.

—Y los niños los traen las cigüeñas. Me quedo contigo hasta que estés lista, pero te aviso de que

cuanto más tardes más triunfal será tu entrada. —Y en eso tenía razón, ya casi estaba el aforo

completo, pero no podía evitarlo, estaba demasiado nerviosa. Después de tres cigarros y de volver a

la limusina a terminar con la reserva de alevines del pequeño frigorífico, me armé de valor y

atravesé las puertas casi temblando.

El sitio estaba decorado como los castillos de princesas, lo primero que se veía eran los reflejos

de una gigantesca bola de discoteca blanca que había colgada en medio del techo del lugar y a

continuación unas escaleras. Todo el mundo estaba en la pista, bailando, bebiendo y hablando.

Alguien llamó a Mérida, que se entretuvo hablando con una chica disfrazada con el mismo diminuto

vestido de campanilla que se había probado Blanca. Suspiré y bajé escalón tras escalón agarrada a la

barandilla, lo último que me hacía falta era tropezarme y liarla. Esta vez no pensaba ser el centro de

atención por patosa. Juro que por un instante me pareció que toda la sala se quedaba en silencio y

miraba como bajaba. Mi traje relucía como la esfera del techo y emitía pequeños destellos que se

reflejaban contra todo lo que chocasen, era como si yo misma fuese la puñetera bolita. Llegué al final

del todo, orgullosa de mí misma por no liarla, y me acerqué a la mesa de bebidas. A alguien le

pareció buena idea que unos querubines desnudos de hielo estuviesen repartidos por todas las mesas

y de ellos saliese la bebida para que cada uno se sirviera a su antojo. Cogí un vaso y me lo llené. Me

estorbaban las manos, me sudaba hasta el bigote, quería irme de allí y decidí que era lo mejor que

podía hacer. Cuando me di la vuelta para regresar por donde había venido alguien me cogió de la

mano.

—Pareces una princesa de verdad. —Jim me miraba como si fuese la primera vez que me veía.

Llevaba puesto un esmoquin gris y una camisa blanca con una pajarita rosa, la verdad es que él

también estaba guapísimo—. Gracias por venir. Al no saber de ti en todos estos días dudé que lo

hicieras, pero, finalmente, aquí estás.

—No creas, soy un holograma, Ariel se quedó tranquilita en su casa en el pueblo para no meterse

en más líos —le sonreí y él me pilló por sorpresa y me besó en la mejilla. Con los nervios, sin

querer derramé un poco del vino encima de su camisa—. Lo siento, perdona, espera, te ayudo. —Y

me puse a rebuscar en el mini bolso un jodido pañuel. Él me sostuvo la mano, me miró y me dijo:

—He venido preparado, tengo otra camisa, ahora vuelvo. No te escapes.

—Me has leído la menté —bromeé, siendo, sin embargo, lo más cierto que había dicho en

semanas.

Vi a las chicas al fondo del salón con sus respectivas parejas y a Mérida tonteando con la

muchacha de las alitas, que resultó ser su novia, solo que no la reconocí la primera vez que la vi.

Decidí ir al servicio a echarme un poco de agua en la cara o a vomitar, no lo tenía demasiado claro,

cuando me tropecé con un hombre vestido de negro con una máscara de bestia en la cara. Sus ojos me

resultaron más familiares de lo que deseé. Al quitársela reveló a mi querido señor B, Adam me

sonrió, me agarró de la cintura y me sacó a la pista de baile. Lo seguí casi sin que mis pies rozasen el

suelo, iba como en una nube. Por un momento me olvidé de que todo el mundo me estaba mirando y

comencé a bailar con él, su mano fue bajando poco a poco hasta casi rozarme el culo, me apretó



contra su pecho con fuerza y me susurró al oído:

—Desearía que estuviésemos solos y poder quitarte ese precioso vestido aquí mismo.

Antes de que pudiese reaccionar, alguien le dio a Adam unos golpecitos en la espalda, detuvo el

balanceo y se giró para atender a quien le estuviese llamando. Al ser el patrocinador no era de

extrañar que mucha gente quisiese saludarlo.

—Disculpe, señor Adam, la señorita viene conmigo y todavía no hemos tenido oportunidad de

bailar. ¿Me la devuelve? —le dijo Jim a Adam con toda la tranquilidad del mundo, ajeno a que

realmente venía con los dos. Adam se sorprendió ante su petición y todavía más relajado le contestó.

—Lo siento, pero no voy a dársela ahora que la he recuperado.

«¿Dónde estaban las galletas de Alicia en estos momentos?!»

Me coloqué entre los dos e intenté explicarles el malentendido, casi sin saber qué decir, cuando mi

teléfono comenzó a vibrar, cosa rara, porque los dos que acostumbraban a escribirme estaban delante

de mis narices. Miré la pantalla y vi el mensaje.

¿Algo más? Me quedé en medio de ellos con una mano puesta en el pecho de cada uno. Si

quisiesen hacer un trío sería la ostia, pero mucho me temía que no iba a ser el caso. Les miré a los

ojos y vi en ellos enfado, desconcierto y temor. Me lancé a Adam y le di un beso en los labios, Jim

se dio la vuelta decepcionado, lo sostuve por la pajarita, giró la cabeza y le planté el mismo beso

que le acaba de dar a Adam. Fue entonces cuando sí que todos nos miraron y la música cesó

permitiendo que mis palabras resonasen en la sala.

—Me gustáis los dos cada uno a vuestra manera. Adam, tú me mentiste y no me confesaste que

estabas casado hasta que no te pillé. Sé que tenías miedo de perderme, pero

todavía no me puedo fiar

de ti, lo siento mucho. —Jim sonrió aliviado—. Jim, tú hiciste lo mismo que él, no me dijiste quién

eras hasta que no lo descubrí yo solita, eres especial y encantador y cualquier mujer se volvería loca

por ti y yo moriría si eso pasase. Preciso tiempo para centrarme y decidirme. Además, una amiga

necesita mi ayuda y a estas alturas ya no creo que ningún príncipe vaya a rescatarla, pero estoy

totalmente segura de que esta princesa hará todo lo que pueda por ayudarla.

Salí corriendo de allí, me remangué el traje, pero me lo enganché en uno de los salientes de las

escaleras, dejando la mitad del vestido tras de mí y quedándome en bragas sobaqueras delante de

todas aquellas personas. Entré en la limusina de un salto intentando esconder mis vergüenzas y casi

me como a alguien que ya estaba adentro.

—¡Oye, si llego a saber que te gusto tanto dejo antes a la Campanilla de los huevos!

—¿Y tú qué haces aquí?

—¡Ayudarte a ser la princesa Xena y salvar el mundo!

—¿En serio?

—No, qué va, Jasmine también me llamó —se rió Mérida.

—¿Y Campanilla?

—La trinqué con Peter Pan limpiándole el sable en el servicio.

El coche arrancó y nos fuimos yendo despacio del lugar. Saqué la cabeza por la ventana superior

de la limusina y vi a Adam y a Jim con trozos de mi vestido en las manos mirando atónitos como el

supuesto amor de sus vidas se largaba en un coche con pinta de salchicha rosa.

Me sentí libre de nuevo y no pude hacer otra cosa más que gritarles y despedirme con la mano

como las princesas de verdad.

—¡¡¡Volveré!!!

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado. O no...



Biografía

G.G. Tacón, nació en Cádiz en el 1981. Estudió en el Liceo Sagrado Corazón.

Actualmente es propietaria de la cafetería biblioteca "La Buhardilla" y es una de las principales

promotoras de la cultura en San Fernando.

La primera novela de la saga "La Reina de las Sombras, Escondida", representó su debut en el

mundo literario. En su momento, le llegó el turno a "Vencida", continuación de la exitosa saga creada

por Gema. Y ahora, la autora nos sorprende con una nueva incursión en otro género, el Chick Lit, con

la obra: "¿Qué pasó cuando se terminaron las perdices".

Agradecimientos

A mi querida Mari Carmen Mesa por estar siempre apoyándome a las duras y a las maduras y por

seguir manteniendo esa fuerte convicción en mí.

A mis lectores cero: Sandra Doval, Loli MA, Rebeca Padilla, Nuria Allende, Ana Belén González

Rico, Laura Alonso Batista y a mi querida zipi Noni García, Andalucía Morales, gracias a todas por

esos consejos y esas reprimendas.

Como siempre sin la ayuda de mi marido, mi madre, ni de mi familia este libro no vería la luz y es

por ellos por los que escribo cada día. Gracias, os quiero.

Agradecer a Lola P.Nieva por ese precioso prólogo, eres grande, amiga.

En esta ocasión también quiero dar las gracias a quienes no daban un duro por mí, en especial a

todas esas personas les debo mi perseverancia y mis ganas de seguir.

Table of Contents

[Prólogo](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo dos y medio](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo tres y medio](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cuatro y medio](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo cinco y medio](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo seis y medio](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo siete y medio](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo ocho y medio](#)

[Capítulo nueve](#)

[Biografía](#)

[Agradecimientos](#)

Document Outline

- [Prólogo](#)
- [Capítulo uno](#)
- [Capítulo dos](#)
- [Capítulo dos y medio](#)
- [Capítulo tres](#)
- [Capítulo tres y medio](#)
- [Capítulo cuatro](#)
- [Capítulo cuatro y medio](#)
- [Capítulo cinco](#)
- [Capítulo cinco y medio](#)
- [Capítulo seis](#)
- [Capítulo seis y medio](#)
- [Capítulo siete](#)
- [Capítulo siete y medio](#)
- [Capítulo ocho](#)
- [Capítulo ocho y medio](#)
- [Capítulo nueve](#)
- [Biografía](#)
- [Agradecimientos](#)